



CARTAS DE UN ESCÉPTICO

Debate sobre temas del
cristianismo entre un creyente
y su padre incrédulo

DR. GREGORY A. BOYD Y EDWARD K. BOYD

CARTAS DE UN ESCÉPTICO

UN HIJO SE ENFRENTA A LAS PREGUNTAS DE SU PADRE SOBRE EL CRISTIANISMO

En *Cartas de un escéptico* el Dr. Gregory Boyd y su padre Edward Boyd «analizan» muchas objeciones al cristianismo, la Iglesia y la Biblia.

¿Por qué está el mundo tan lleno de sufrimiento?

¿Conoce Dios el futuro?

¿Cómo podría creerse que un hombre haya resucitado?

¿Por qué cree que la Biblia es inspirada divinamente?

¿Se irán al infierno todos los que no sean cristianos?

¿Cómo es que se puede ser santo y pecador al mismo tiempo?

Greg Boyd inició este intercambio de correspondencia con su padre con la esperanza de que este pudiera finalmente llegar a Cristo. Después de 3 años, 30 cartas y numerosas llamadas telefónicas, Edward K. Boyd hizo exactamente eso. *Cartas de un escéptico* le ayudará a bregar con los fundamentos racionales de su propia fe. También le ayudará a saber cómo hablar de esa fe con sus seres queridos escépticos.

Edward K. Boy reside en Lake Placid, Florida. Trabajó 35 años como administrador de ventas en Uniroyal Tire Company. Después de años de agnosticismo, se convirtió al Señor a los 73 años de edad.

Gregory A. Boyd es profesor de Teología en Bethel College en St. - Paul, Minnesota. Es ministro ordenado y pastor de Woodland Hills Church en St. Paul, Minesota. Es autor de tres libros y numerosos artículos sobre temas teológicos. Está casado con Shelley Boyd y tienen tres hijos.

ZONDERVAN
EDITORIAL

WWW.ZONDERVAN.COM

Vida
DEDICADOS A LA EXCELENCIA

WWW.EDITORIALVIDA.COM

Cubierta diseñada por O Design

ISBN 0-8297-3657-3

EAN



9

780829 736571

Categoría: Teología / Apologética



CARTAS DE UN ESCÉPTICO

Debate sobre temas del
cristianismo entre un creyente
y su padre incrédulo



DR. GREGORY A. BOYD Y EDWARD K. BOYD


Vida

DEDICADOS A LA EXCELENCIA

La misión de *EDITORIAL VIDA* es proporcionar los recursos necesarios a fin de alcanzar a las personas para Jesucristo y ayudarlas a crecer en su fe.

EX LIBRIS ELTROPICAL

© 2004 EDITORIAL VIDA
Miami, Florida

Publicado en inglés con el título:
Letters From a Skeptic
© 1994 por SP Publications, Inc.

Traducción: Eugenio Orellana
Edición: Rojas & Rojas Editores, Inc.
Diseño de cubierta: O'Design.
Diseño interior: Rojas & Rojas Editores, Inc.

Reservados todos los derechos.

ISBN: 0-8297-3657-3

Categoría: Teología/Apologetica

Impreso en Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

04 05 06 07 08 ♦ 07 06 05 04 03 02 01

Contenido

Prefacio:

La invitación: A mi papá, con esperanza

13

PARTE 1: PREGUNTAS SOBRE DIOS

Carta 1

¿Por qué el cristianismo ha hecho tanto daño?

17

Carta 2

¿Por qué el mundo está tan lleno de sufrimiento?

21

Carta 3

¿Vale la pena tanto sufrimiento a cambio de libertad?

25

Carta 4

¿Conoce Dios el futuro?

29

Carta 5

¿Por qué Dios crea terremotos y hambrunas?

32

Carta 6

¿Por qué Dios creó a Satanás?

38

Carta 7

¿Es tu Dios todopoderoso?

44

Carta 8

¿Por qué es tan importante creer en Dios?

49

Carta 9

¿No habrá sido todo una casualidad?

53

Carta 10

¿Por qué Dios no se compadeció de tu madre?

58

Carta 11

¿Por qué un Dios todopoderoso necesita de la oración?

63

Carta 12

¿Por qué Dios se preocupa de nosotros, pequeñas criaturas humanas?

69

PARTE 2: PREGUNTAS SOBRE JESUCRISTO

Carta 13

¿Por qué creer en los relatos de los Evangelios?

77

Carta 14

¿No están los Evangelios llenos de contradicciones?

87

Carta 15	
¿Quién escribió los Evangelios, y cuándo?	92
Carta 16	
¿Cómo puedes creer que un hombre se haya levantado de entre los muertos?	99
Carta 17	
¿Cómo se puede creer que un hombre era Dios?	110

PARTE 3: PREGUNTAS SOBRE LA BIBLIA

Carta 18	
¿Por qué Dios hace tan difícil creer en él?	119
Carta 19	
¿Por qué piensas que la Biblia es inspirada?	126
Carta 20	
¿No está la Biblia llena de mitos y de venganzas de Dios?	131
Carta 21	
¿Fue la Iglesia Católica la que compiló la Biblia?	138
Carta 22	
¿Por qué hay tantas diferentes interpretaciones de la Biblia?	144
Carta 23	
¿Qué me dices de los «libros santos» de otras religiones?	149

PARTE 4: PREGUNTAS SOBRE VIDA CRISTIANA Y DOCTRINA

Carta 24	
¿Van al infierno todos los que no son cristianos?	155
Carta 25	
¿Cómo puede un Dios de amor torturar a la gente en un infierno eterno?	160
Carta 26	
¿No es que la vida cristiana es imposible de vivir?	166
Carta 27	
¿Cómo puede perdonarme la muerte de otro hombre?	172
Carta 28	
¿Cómo puedo ser santo y pecador al mismo tiempo?	179
Carta 29	
¿Cómo puedo estar seguro de que todo esto es verdad?	183
Epílogo: Yo creo	189

Edward K. Boyd reside en Lake Placid, Florida. Es padre de seis, abuelo de quince, y bisabuelo de nueve. Trabajó por 35 años como gerente de ventas para Uniroyal Tire Company. Después de años de agnosticismo, el Sr. Boyd fue convertido a Cristo a la edad de 75.

Gregory A. Boyd es un profesor de teología en Bethel College en St. Paul, Minnesota. Recibió su licenciatura en filosofía de la Universidad de Minnesota, su maestría en divinidades de la Escuela de Divinidades de Yale, y su doctorado del Seminario Teológico Princeton. Es un ministro ordenado y el pastor predicador de la Iglesia Woodland Hills en St. Paul, Minnesota. Ha escrito tres libros y varios artículos sobre temas teológicos. Está casado con Shelley Boyd y tiene tres hijos.

DEDICATORIA

En afectuosa memoria de Arlyle Boyd

PREFACIO

Excepcionalmente inteligente, absolutamente escéptico, con una fuerte personalidad y setenta años a cuestas, ¿podría encontrarse mejor candidato a la conversión que mi padre? Sin embargo, me había dado muy pocas esperanzas. Mi padre nunca mostró interés en el evangelio. Solo tenía resentimientos hacia la iglesia y no vacilaba en expresar su animosidad cuando se trataba de esos «tipos nacidos de nuevo». Las pocas veces que hablamos sobre la fe en los catorce años que yo había sido cristiano hasta que comenzaron a ir y venir nuestras cartas, había sido un tema difícil, muy breve y totalmente intrascendente. Para ser franco, había perdido toda esperanza que llegara a ser salvo.

Pese a todo, a comienzos de marzo de 1989 sentí fuertemente que el Señor quería que hiciera un nuevo intento de compartir la fe cristiana con él. Esta vez, sin embargo, no cara a cara como lo había hecho antes, sino a través del correo. Le propuse intentar un largo diálogo en el cual pudiéramos poner todas nuestras cartas sobre la mesa. Él tendría la oportunidad de exponer todas las objeciones que quisiera sobre la verdad del cristianismo y yo la de responder a esas objeciones así como presentarle bases sólidas que sustentaran la fe cristiana. Para ser sincero, al principio no tenía muy claro si resultaría. Pero no tenía nada que perder con intentarlo.

Para mi sorpresa, mi padre aceptó la invitación. Casi tres años y treinta cartas después que se iniciara nuestro intercambio de correspondencia, el 15 de enero de 1992, Edward K. Boyd hizo de Jesús el Señor y Salvador de su vida.

Hubo varias razones para que sintiera que debería hacer público este intercambio de correspondencia. Primero, hay multitudes de cristianos que, como yo, tienen seres queridos que no son creyentes. Algunos quizá sean racionalistas, escépticos y, como lo era mi padre, «un caso aparentemente perdido». Es mi oración que estas cartas entre mi padre y yo puedan ser útiles no solo como una fuente de esperanza, sino también como un recurso de información para creyentes en situaciones similares. Las preguntas y objeciones presentadas por mi padre son las preguntas y objeciones que con mayor frecuencia tienen los que no son creyentes sobre el cristianismo.

Segundo, el diálogo puede ser provechoso para creyentes que luchan con los fundamentos racionales de su fe y también para los que no son creyentes que, como mi padre, están dispuestos a pensar en la verdad del cristianismo. Nuestras cartas no son otra cosa que una crítica y defensa exhaustivas de la fe cristiana. Las incisivas preguntas de mi padre tocan casi todos las objeciones relevantes y muchas de las consideraciones importantes en defensa de la fe cristiana.

Finalmente, esta correspondencia puede ser un servicio, supongo, a estudiantes de apologética y evangelización personal. Con demasiada frecuencia vemos los estudios de apologética como una disciplina que se desarrolla dentro de una «torre de marfil», con muy poca relevancia a lo que realmente tiene que ver con la expansión del evangelio. Con frecuencia asumimos que las objeciones a la fe cristiana son «realmente» asuntos morales y no intelectuales en su naturaleza. Lo que los pecadores necesitan es predicación, no razones.

Es mi esperanza que este diálogo empiece a disipar este mito. Por supuesto, siempre hay una dimensión espiritual en la resistencia de un incrédulo al evangelio (2 Co 4.4) y las razones nunca son en sí mismas suficientes para convertir el corazón de uno de ellos. La oración y la guerra espiritual siempre son necesarias. Pero esto de ninguna manera implica que los obstáculos racionales a la fe que los incrédulos tienen sean poco sinceros ni que los creyentes no tengan la responsabilidad de conocer y compartir los fundamentos racionales de la fe que ellos sustentan. La Biblia asume tal responsabilidad (1 Pedro 3:15).

Este intercambio de cartas es una ilustración de cómo los elementos intelectuales y espirituales de la resistencia de un incrédulo al evangelio pueden ir de la mano, y cómo una persona puede manejar ambos elementos en forma simultánea. Es una ilustración de cómo la apologética puede ser práctica y efectiva. Es un ejemplo de cómo Dios puede usar las consideraciones intelectuales para alcanzar y cambiar el corazón de alguien cuya mente y corazón habían estado previamente insensibles a la luz del Evangelio. Y, finalmente, estas cartas son un testimonio del poder transformador del amor persistente y la comunicación sincera al compartir el Evangelio.

Quizá deba decir una palabra más. Mi padre y yo, junto con los editores de este libro, buscamos preservar hasta donde fue posible las cartas tal como fueron escritas originalmente. No obstante, y para los

efectos de claridad y organización del material (como por ejemplo, las cartas originales no fluyen temáticamente como aparecen en el libro) se hizo necesario cierto trabajo de edición; sin embargo, como queda dicho, se ha tratado que las expresiones originales queden tal como estaban. En muchos casos, por ejemplo, no tratamos de «purificar» la forma en que mi padre se expresaba. De haberlo hecho, habríamos caído posiblemente en debilitar la autenticidad del diálogo. Pedimos disculpas si algunos lectores encuentran esta forma ofensiva. De igual manera, en defensa de la autenticidad, conservamos la forma un tanto informal con la que con frecuencia cité la Biblia. Allí donde las citas bíblicas son textuales, usamos la *Nueva Versión Internacional* de la Biblia.

Quisiera expresar mi gratitud a todos los que han cooperado en dar a esta correspondencia escrita forma de libro. Agradezco sinceramente a los alumnos de apologética de la Universidad Bethel con quienes trabajé interinamente en 1992. Sus agudos comentarios y sugerencias editoriales sobre esta colección de cartas fueron valiosísimos. Fue un placer compartir con ellos el gozo de la conversión de mi padre durante ese curso. También agradezco a los miembros de mis anteriores clases de apologética —tanto en Bethel como en la Iglesia de la Puerta Abierta— por los valiosos comentarios que me enviaron al leer varias de las cartas de mi padre mientras se desarrollaban las clases.

Obviamente, tengo que expresar una gratitud profunda a mi padre por haberse abierto a este diálogo y por haber expresado tanto de sus pensamientos, sentimientos, tiempo y vida en esta correspondencia. Su sinceridad, genuinidad y actitud de no considerar todo esto una «tontería» brilla en una forma refrescante a través de nuestra correspondencia. Y le doy gracias por esto. También tengo que agradecerle que me haya dado permiso para dar a leer estas cartas a mis estudiantes y ahora, por permitirme presentarlas en un diálogo franco con usted.

Finalmente, mi padre y yo expresamos nuestra más profunda gratitud a Cristo Jesús, nuestro Señor. Como es evidente en las vidas de ambos, su gracia es realmente maravillosa. Nuestra oración es que esta colección de cartas ayude para que de alguna manera otros —algunos considerados como sin esperanza— sean atraídos a la misma «maravillosa gracia».

Dr. Gregory A. Boyd

La invitación: A mi papá, con esperanza

10 de marzo de 1989

Querido papá:

Espero que todo vaya bien con usted y Jeanne en la soleada Florida. Aparte de una pequeña gripe que anda rondando la casa, estamos soportando bastante bien la última y tan prolongada etapa del invierno aquí en Minnesota. ¿Llegará algún día la primavera?

Tengo algo para contarle que quizá le interese. Ayer, el Centro Islámico de Minnesota me invitó a participar en la Universidad de Minnesota en un debate público con un bien conocido erudito islámico sobre el tema de la Trinidad. Quizá contrariando mi mejor juicio, acepté. Este hombre es un polemista profesional cuyas credenciales académicas son casi enciclopédicas. Siento un poco de miedo, aunque también me entusiasma la oportunidad. El debate se efectuará el 13 de abril.

Este asunto me lleva al punto central de mi carta. Como usted sabe, enseño apologética aquí en Bethel. Apologética es el estudio de la defensa de la fe cristiana contra las objeciones que los que no son cristianos tienen y la presentación de razones positivas sobre la veracidad de la fe cristiana. Como asunto académico, esto constituye mi primer amor. Mi debate con el erudito musulmán en abril será un ejercicio de apologética.

Lo que usted no sabe porque nunca se lo había dicho es que tengo que expresarle mi gratitud por iniciarme en este campo. Muchas gracias. Cuando abracé la fe cristiana hace catorce años, usted estaba legítimamente preocupado que me estuviera involucrando en alguna suerte de secta sin sentido (quizá por aquel tiempo no estaba muy equivocado). Por eso, usted continuamente desafiaba mi fe con preguntas y objeciones. Eso no me hacía mucha gracia, pero ahora se lo agradezco, y lo quiero por eso. Usted me obligó a pensar seria y críticamente sobre lo que creía y por qué lo creía. Usted me introdujo en la apologética.

Después de un año, sin embargo, nuestras discusiones sobre el cristianismo se interrumpieron. Su preocupación disminuyó, supongo, mientras que mi cris-

tianismo se hizo más maduro y menos «ritual» y obtuso. Desde entonces y en forma bastante general, he tocado con usted en varias ocasiones el tema del cristianismo. Pero nunca lo hemos abordado con mucha profundidad. Y esto me trae al punto de la presente carta.

Papá, me gustaría entrar con usted en un diálogo profundo sobre por qué he continuado siendo cristiano en los últimos catorce años. No es solo, ni siquiera primariamente, porque ame la apologética. Es principalmente porque lo amo a usted. Nadie podría culpar a otra persona por querer compartir algo que considera de mucho valor con alguien a quien ama, y eso es lo que me gustaría hacer con usted. Mi fe en Jesucristo, mi experiencia de su poder salvífico y su amor es para mí la cosa más preciosa en el mundo, y creo sinceramente que es lo más precioso para cualquier ser humano sobre esta tierra. También creo que una relación con Cristo es lo más importante que una persona puede tener ya que, según mi opinión, tiene consecuencias eternas.

Me pareció extraño y errado que pasara tanto tiempo discutiendo sobre el cristianismo con otros cuando no lo he hecho con detenimiento con mi propio padre, cuyo interés y preocupación me introdujo en este campo. Usted tiene ya setenta años y, para serle franco, creo que ha llegado el tiempo de que empecemos esta discusión. También me parece justo como parte de nuestra relación padre/hijo que seamos amplios el uno con el otro sobre nuestra visión del mundo.

Como lo conozco, sé que con «predicarle» no ganaría nada. (Traté de hacerlo el primer año de mi conversión, ¿recuerda?) Créame, no tengo ninguna inclinación a hacer eso. Lo que sí me gustaría es que iniciáramos una discusión sobre el cristianismo. Me gustaría darle la oportunidad que me presente todas las razones que usted tiene para no ser un cristiano, y me gustaría que me diera la oportunidad de presentarle las razones para serlo.

¿Estaría de acuerdo en hacerlo? Creo que por lo menos sería estimulante para ambos, y nos permitiría conocernos todavía mejor. El que le cuestionen a uno la fe —cualquiera que sea la fe que uno sustente— es siempre algo bueno. Si no puede «resistir el fuego», una fe no es digna de que se le crea, trátase del cristianismo o el ateísmo. Así es que, en amor, desafiémonos el uno al otro. ¿Qué le parece?

Suyo sinceramente, con esperanza,

Greg

Parte I

Preguntas sobre Dios

CARTA 1

¿Por qué el cristianismo ha hecho tanto daño?

13 de marzo de 1989

Querido Greg:

Ayer recibí tu carta y me parece que llama a la reflexión.

Déjame decir en primer lugar que me entusiasma la idea de tu debate con el erudito islámico; ¡cómo me gustaría estar allí! ¿Sería posible que me hicieras llegar una grabación? Te lo agradecería.

También me gusta tu idea de discutir conmigo el tema del cristianismo. Con entusiasmo acojo la idea. Dispongo de suficiente tiempo. Pienso que quizá me estás dando demasiado reconocimiento. Mi creencia (o falta de ella) no está basada demasiado en una postura positiva que yo sustente, sino más bien en una cantidad de ideas negativas. Puedo encontrar muchos errores en asuntos religiosos y políticos, pero personalmente no estoy muy seguro de lo que creo, a lo menos en cuestiones religiosas. En realidad, no tengo una «fe» ni «cosmovisión» de ningún tipo. De lo que estoy seguro es de lo que *no* creo. Además, a diferencia de ti, no tengo estudios filosóficos de modo que si me escribes como escribiste en tu disertación, ¡olvidalo! No estoy en condición de seguir tu línea de pensamientos. Así es que es mejor que te mantengas a un nivel sencillo.

Como sabes, admiro la educación que has alcanzado. A menudo me he preguntado cómo has podido seguir identificado con el cristianismo después de haber estudiado en esas instituciones liberales donde lo has hecho. No lo entiendo. Todo esto lo encuentro bastante poco razonable. Pero nunca me pierdo la oportunidad de discutir, así que ¿por qué hacerlo ahora?

Me invitas a que exprese todas las objeciones que vengan a mi mente, lo que no dudes que haré. Aquí hay una que me ha molestado por mu-

cho tiempo: ¿Cómo podría, un Dios todopoderoso y todo amor, permitir que la Iglesia cause a la humanidad tanto daño por tan largo tiempo? ¿No es esta, supuestamente, su representante sobre la tierra? Por lo menos eso fue lo que me enseñaron en mis días de católico.

Así es que me pregunto, ¿dónde estaba Dios cuando los cristianos mataban a musulmanes y judíos por montones, [mujeres y niños incluidos] durante las «santas» cruzadas? ¿Por qué Dios permitió que «su pueblo» quemara a casi toda la población de judíos «incrédulos» en España, durante la Inquisición en aquella nación? ¿Por qué un Dios amoroso habría de permitir que su Iglesia tomara parte en algo como el Holocausto (quizá estaba mirando en otra dirección) y que todas estas cosas se hicieran «en su nombre»?

Para mí, esto por sí solo es suficiente para probar que la Iglesia no tiene ninguna filosofía verdadera. Y fue esta Iglesia la que decidió cuáles libros eran «divinos» y podían integrar la «Santa Biblia». Es mi opinión, esto basta para que la Biblia no se tome en serio.

¿Querías una objeción? Ya la tienes. Quedaré a la espera de tu respuesta.

Da mis saludos a Shelley y a los niños.

Con el amor de siempre,

Papá



16 de marzo de 1989

Querido papá:

Muchas gracias por su carta. En cuanto al debate, si puedo conseguir una grabación para usted, tenga la seguridad que la tendrá. Entiendo que ellos graban en video estos debates (¡el hombre con quien voy a discutir tiene un archivo como de 300 videocintas!), pero no conozco los planes que la asociación musulmana tiene con esto. En todo caso, lo mantendré informado.

Me alegra de que esté dispuesto e interesado en tratar conmigo el tema del cristianismo. Estoy seguro que será cautivante y de mucho interés para ambos. Sé que usted es una persona, como dice, mucho más segura de lo que no cree que de lo que cree. No hay problema. Siempre ha sido más fácil probar que una teoría falsa es falsa que probar que una teoría verdadera es verdadera, por eso es más razonable hablar sobre lo que usted considera falso que sobre lo que cree que es verdad. Hacerlo es tener una mente saludable y crítica.

Solo le pido que trate de mantener la mente lo más abierta posible a la verdad, o a lo menos a algunas de las creencias centrales del cristianismo como se han enseñado tradicionalmente. Mi única pretensión —y es lo que intento defender— es que las creencias fundamentales del cristianismo son las creencias más razonables en que uno puede cimentar la vida. La creencia que hay un Dios personal y amoroso que se reveló en y a través de Jesucristo, quien ha provisto salvación por gracia al mundo a través de este hombre y que ha inspirado la Biblia como nuestro medio de aprender de él e interactuar con él mismo. Estas creencias, sostengo, son más sustanciadas y mucho más satisfactorias que cualquiera otra cosmovisión que alguien pudiera sustentar. Y mi meta, dicho francamente, es convencerlo de la verdad de estas creencias y traerlo a una relación con Cristo. Conozco de primera mano la plenitud de vida, la paz y el gozo que da esta relación y quisiera hablarle de ella. Como me lo ha pedido, le prometo mantener la discusión al nivel de una persona común y corriente.

La objeción que usted presenta en su carta es realmente interesante. (No creo que le esté dando «demasiado crédito», como usted humildemente dice.) En primera instancia, le contesto que no creo que haya que culpar a Dios por lo que la Iglesia Católica —o cualquiera otra iglesia o la religión que sea— haya hecho o haga. Desde mi perspectiva, el Dios de quien habla la Biblia y a quien encarnó Jesucristo, es un Dios de amor y esto supone que es un Dios de libertad, porque no puede haber amor sin libertad. Fuimos creados con la habilidad de escoger el amor y también con el potencial de escoger lo opuesto, lo malo.

Asumir que Dios es responsable de lo malo que hacemos, incluso lo malo que se comete «en su nombre» es, me temo, suponer que los humanos son robots que sencillamente actúan según un programa divinamente preplaneado. Pero aun si tal fuera el caso, nunca podríamos ser seres amorosos. Quiero afirmar que, en última instancia, todo lo malo en el mundo procede de voluntades libres que no

tienen nada que ver con Dios. Lo que Dios hace y hará es siempre bueno. Lo que no es bueno tiene su origen en alguien o en algo que no es Dios.

El hecho que haya sido la «iglesia cristiana» la que decidió hacer lo malo acerca de lo cual usted escribe, y que lo haya hecho en el nombre de Dios, lo único que me demuestra es que todo lo que lleva el nombre «cristiano» no es necesariamente cristiano. El cristianismo no es una religión o una institución: es una relación. Dentro de la religión llamada cristianismo hay, y siempre ha habido, cristianos genuinos —gente que tiene una relación de salvación y transformación con Jesucristo—. Y eso explica el tremendo bien que el cristianismo ha traído al mundo (a pesar de lo malo). Pero la «religión» cristianismo, la «institución» de la Iglesia, no es en sí cristiano. Solo las personas, no las instituciones, pueden ser cristianas.

Por lo tanto, quiero distinguir enfáticamente entre el cristianismo que estoy defendiendo y la «iglesia cristiana»: los dos lo único que tienen es un nombre en común. No soñaría con tratar de defender todo lo que se ha hecho bajo la etiqueta del cristianismo. Como a usted, mucho de ello me enfurece.

Bueno, gracias por responder. No sabe qué feliz me siento de que dialoguemos tan abiertamente como lo estamos haciendo. Piense en mi respuesta y deme su opinión. ¿Le parece bien?

Con amor,

Greg

CARTA 2

¿Por qué el mundo está tan lleno de sufrimiento?

23 de marzo de 1989

Querido Greg:

Gracias por tu pronta respuesta. Me sorprende que puedas disponer de tiempo para mantener el ritmo de este intercambio de correspondencia pese a tu recargada agenda. Yo no tengo problemas con mi tiempo, de modo que mantén el ritmo. Como tú, estoy disfrutando la oportunidad de ventilar nuestros pensamientos.

Bueno, tu distinción entre «iglesia cristiana» y «cristianos» es interesante y novedosa pero, francamente, no me convences. ¿No se dice que la Iglesia es la autoridad delegada de Dios sobre la tierra, o eso es nada más que una idea que capté del catolicismo? En cualquier caso, deberías pensar que Dios por lo menos tendría que supervisar *algunas* de sus actividades si es que va a ser su vehículo para salvar al mundo.

Pero esto es solo parte del gran problema que tengo con el concepto de un Dios que es todo amor. El problema no es solo lo malo en la Iglesia, sino lo malo en todo el mundo. Si Dios creó este mundo y se preocupa por él, ¿por qué tanto sufrimiento? En tu carta, la respuesta que me das es que a Dios no se le puede responsabilizar porque él dio al hombre la libertad de elegir entre lo correcto y lo incorrecto. Pero, Greg, no creo que la cuestión se pueda resolver tan fácilmente. Cuando la libertad para causar daño resulta en dolor y sufrimiento para gente inocente, Dios sencillamente no está siendo el Dios «amoroso» que dices que es.

Cuando leía tu carta pensaba en aquel lunático allá en Florida que soltaron de la cárcel después de pasar allí siete u ocho años por violar a una adolescente, cortarle ambos brazos y luego abandonarla para que muriera. Él eligió cometer el crimen, pero ¿qué oportunidad de elegir tuvo la chica? ¡Parece que tu Dios «amoroso» y protector se olvidó de ella!

¿Por qué Dios respeta la libertad del criminal pero no la libertad de la víctima?

Otra situación parecida es la de las sequías en África que son las causantes de la muerte por hambre de millones debido a la falta de lluvia. Aquí no hay posibilidad de escoger. Sencillamente la naturaleza no ha proporcionado el agua, y esto ha causado una muerte horrible a millones de personas, todas inocentes y muchas de ellas niños. ¿Dónde estaba el Dios «amoroso y protector», o sencillamente se olvidó de ellos? ¿O los estaba castigando Dios por algunos pecados, o por ser musulmanes, como he oído decir a algún imbécil evangelista cristiano? Eso sería peor que el que Dios se olvidara de ellos.

El punto es que este mundo no parece ser la clase de lugar donde hay un Dios todopoderoso y todo amor. Y no creo que tu explicación de libertad mejore mucho la situación.

Bueno, suficiente por ahora. Espero tu carta.

Con amor,

Papá



29 de marzo de 1989

Querido papá:

Tengo que reconocer que usted está presentando argumentos muy buenos. Son algunas de las preguntas más difíciles que un teísta debe confrontar. Su carta constituye un muy buen material.

Ahora bien, usted pregunta cómo un Dios que es todo amor puede permitir que un psicópata viole y mutile a una muchacha. No le convence la explicación de que Dios dio a este hombre libre albedrío porque esta explicación no toma en consideración el (violado) libre albedrío de la niña.

Esta es una cuestión muy delicada, al punto que parece hasta insensible dar una respuesta. Y, sin duda, bajo el impacto emocional de esta pesadilla será perfec-

tamente comprensible estar furioso con Dios y con cualquiera otra persona en el mundo. Para las personas afectadas por esta tragedia, la ira es la única reacción inmediata comprensible. La Biblia misma registra las preguntas sinceras, y las oraciones incluso enojadas, de algunos «héroes de la fe» (p.e., Job, David, Jeremías). Dios no está amenazado por nuestra rabia ni por nuestras dudas.

Pero cuando finalmente el polvo se asienta, viene el tiempo de empezar a pensar quién es de veras el culpable del mal. Y cuando lo hacemos, yo digo que la culpa no se la podemos atribuir a Dios.

Me parece, papá, que si Dios va a dar libre albedrío a sus criaturas, tiene que permitirles la posibilidad de usar mal esa libertad aun si eso significa causar daño a otros. Ser significativamente libre es ser moralmente responsable, y ser moralmente responsable significa ser moralmente responsable unos con otros. ¿Cuál es la libertad de amar o no amar a menos que sea libertad de enriquecer o dañar a otro? Dios estructuró las cosas de esta manera porque la alternativa sería tener una raza de robots que no pueden amar genuinamente, y eso no habría valido mucho la pena que lo crearan, ¿verdad?

Entonces, ¿por qué Dios no interviene cada vez que alguien va a hacer mal uso de su libertad y causar daño a otra persona? Yo creo que la respuesta se encuentra en la naturaleza misma de la libertad. Una libertad imposible de ejercerse cada vez que fuera a usarse mal no sería libertad.

Veámoslo de esta manera: Si le doy a Denay cinco dólares, ¿podría yo controlar completamente la forma en que ella quiera gastarlos? Si yo interviniera cada vez que ella fuera a usar el dinero en forma poco sabia (de acuerdo a mi criterio, por supuesto), ¿sería realmente suyo ese dinero? ¿En realidad le habré dado algo? Si las únicas cosas que ella pudiera comprar fueran cosas que a mi juicio valen la pena, ¿es realmente suyo ese dinero? ¿No sería todavía mi dinero que yo estaría gastando indirectamente a través de ella?

De igual modo, si Dios de verdad nos da libertad esta debe ser, a lo menos, irrevocable. Él debe tener, dentro de ciertos límites, una actitud de no intervención. Dios crea personas libres de hacer lo que les parezca, no instrumentos que siempre terminan haciendo lo que él quiere.

Bueno, espero que esto proyecte un poco de luz sobre este difícil asunto. Si estoy en lo correcto, la horrenda maldad que vemos a la gente infligiéndose unos a otros en este mundo es una posibilidad necesaria si este va a ser la clase de mun-

do donde el amor es posible. Ni siquiera Dios podría tenerlo en una manera diferente. Dígame si lo ve diferente, y qué diferente.

Espero su respuesta.

Como siempre, con todo mi amor,

Greg

CARTA 3

¿Vale la pena tanto sufrimiento a cambio de libertad?

8 de abril de 1989

Querido Greg:

Confío que todo va bien contigo y tu familia. ¿Cómo progresan los preparativos para tu debate con el musulmán? Discúlpame que me demoré un poco en responder tu última carta, pero tuve que pensar bastante.

Tu punto sobre la relación entre libertad y responsabilidad quizá tiene sentido. Es muy interesante. Pero tengo otra pregunta complicada. Uno tiene que poner en duda la sabiduría de un Creador que tiene que apostar tanto por la libertad. ¿Vale la pena? Crear un mundo en el cual hombres malos como Hitler y Stalin pueden usar su libertad para quitar la libertad [y la vida] a millones de otras personas, es, para ser francos, una muy pobre administración. Si valora tanto la libertad, ¿por qué la hizo tan frágil que la voluntad de uno pudo destruir la libertad de millones?

¿Vale la pena todo esto? La libertad es buena, pero no estoy seguro que valga la pena ante todo el mal y el dolor que vemos en este mundo. Estoy seguro que si pudiera preguntarle a la niña que violaron y mutilaron, ella me diría que no valió la pena. Si pudiera hablar con las víctimas judías de Auschwitz, ellos le dirían que se fuera al infierno con el libre albedrío de Hitler. Si pudiera hablar con la madre del niño etíope que muere en brazos de ella cuando trata de extraer una gota más de leche de los deshidratados pechos de ella, dudo que diría que valió la pena.

Lo siento si he sido demasiado duro, pero creo que la pregunta es válida.

Te quiere mucho,

Papá



11 de abril de 1989

Querido papá:

Aprecio la seriedad con que está tomando nuestra correspondencia. Está poniendo en ella con toda claridad una gran cantidad de pensamientos, lo que aprecio muchísimo. Sus preguntas son dignas de una respuesta.

Hay cuatro puntos que quisiera analizar en respuesta a su pregunta. Primero, el riesgo de la libertad debe estar en proporción directa con su potencial para bien. Si yo tengo la libertad de amar a una persona solamente, tengo la libertad de herir a una persona solamente. Si tengo la libertad de amarla un poco, tengo la libertad de hierirla un poco. Si puedo amarla mucho, puedo hierirla mucho. Y así por el estilo.

El hecho de que nosotros los humanos tengamos un potencial tan grande para hacer el mal me indica que también tenemos un tremendo potencial para hacer el bien. Sí, en el mundo hay Hitler y Stalin. Pero también hay Ralph Walen-berg, Madre Teresa, Martin Luther King, Jr. Y no me imagino cómo podríamos tener los últimos sin al menos la posibilidad de tener los primeros. Si tenemos el potencial para oprimir o matar a millones, es porque también tenemos el potencial de libertar y amar a millones.

Puedo entender por qué usted pudiera ver esto como «mala administración» y quizá lo sería si hubiera alguna otra forma de hacer las cosas. Pero no creo que la haya. Para mí, la proporcionalidad entre las posibilidades de lo bueno y lo malo inherente en la libertad es lo que llamamos una verdad metafísica. Es como los tres lados de un triángulo. Si usted tiene libertad, tiene que correr este riesgo.

¿Valdrá la pena todo esto? Este es mi segundo punto. Bajo el impacto de una tragedia de horribles proporciones, es comprensible que uno pudiera pensar que no. Pero piense en estas tres cosas: primero, en nuestras propias vidas sabemos que

el amor puede causar dolor. A menudo, amar a otra persona, criar a los hijos, desarrollar amistades profundas, nos causa mucho sufrimiento. Yo sé que usted ha experimentado su cuota de esto en su propia vida. La gente nos rechaza, las personas mueren, los hijos se rebelan, etc. Y, sin embargo, seguimos amando. Por lo general, nos referimos a esto como cobarde, como trágico y como terriblemente enfermizo. Si una persona nunca amó, nunca sufrió. Pero entonces, de nuevo, nunca realmente vivió.

Pero ¿no está Dios en esta misma posición, solo que en una escala cósmica? Negarse a crear un mundo donde el amor fuera posible porque los riesgos eran demasiado grandes pareciera ser indigno de Dios. ¡El amor, realmente, es la única razón de crear! No es la libertad por la libertad en sí lo que Dios aprecia. Es el amor. La libertad es simplemente la única forma posible de lograrlo.

Esto me lleva a mi tercer punto. Desde una perspectiva cristiana, los riesgos envueltos en la creación no son solamente, ni siquiera primariamente, para los seres humanos. Dios mismo asume un tremendo riesgo al crear el mundo. La perspectiva bíblica de Dios revela a un Dios que a través de la historia ha sufrido por las decisiones equivocadas de los seres humanos, y sufre porque ama. En el libro de Oseas, Dios se describe como uno que ama profundamente y se casa con una mujer que no le será fiel. Al prostituirse, ella se causa dolor a sí misma, a su marido y a sus hijos. De igual manera, con gran dolor, Dios repetidas veces intenta atraer a su pueblo, a su esposa, a una relación de fidelidad con él.

De hecho, tan riesgosa es para Dios la creación que, según la Biblia, lo llevó a convertirse en un ser humano y sufrir una muerte espantosa en la cruz. A pesar de nuestra rebelión contra él, Dios amó al mundo tanto que estuvo dispuesto a llegar hasta el extremo de tener una relación eterna con nosotros. En la cruz del Calvario, Dios echó sobre él todos los pecados del mundo, y todo el dolor y el castigo que ese pecado produce. Él no tenía por qué hacerlo. Lo hizo por amor, porque el amor lo merece. Valía la pena morir, aun desde el punto de vista de Dios.

Y esto me lleva al cuarto punto. Necesitamos hacer la pregunta de si el amor es digno visto desde la perspectiva más amplia posible. Si esta vida breve es todo lo que hay, si la dolorosa muerte de las víctimas marca el definitivo final de su existencia, es posible que legítimamente tengamos que reconocer que el riesgo no valió la pena, al menos para las víctimas.

Pero si el cristianismo es verdad, ese simplemente no es el caso. Nuestras vidas

temporales y terrenales son solo un preludio de lo que habrán de ser para siempre. Por una buena parte, esta vida está sin duda llena de dolor y sufrimiento, pero desde una perspectiva eterna, esto es solo una pequeña parte de toda la historia. Jesús murió en la cruz para que los humanos pudieran existir eternamente en la paz y el gozo de Dios —el cielo— y la promesa de la Biblia es que este estado del ser será tal que nuestros sufrimientos presentes no podrán compararse (Romanos 8:18). A la luz de Auschwitz, debe ser incomprensiblemente hermoso, y eso es exactamente lo que la Escritura dice (1 Corintios 2:9).

Si no hubiera cielo, papá, todos los sufrimientos, lágrimas y llantos de los hijos que mueren no tendrían respuesta. La vida sería finalmente trágica para todos nosotros. Todas nuestras esperanzas, anhelos, conflictos, esfuerzos no valdrían de nada, absolutamente de nada. «La vida es un dolor, y luego morimos». ¿Pero no hay allí, muy dentro de su corazón, papá, algo que se niega a aceptar esto como la verdad? ¿No hay algo dentro de usted que resuena con la proclamación bíblica de que esta historia debe tener un final feliz?

Tengo muchas razones para creer en Dios, y otras tantas para creer que el cristianismo es verdad, cosas que de las que espero hablarle en el futuro. Pero aun aparte de esto, sencillamente me niego a aceptar que la existencia sea la pesadilla sin sentido que parece ser si esta corta vida es la única vida que hay.

Espero su respuesta.

Lo amo, papá

Greg

CARTA 4

¿Conoce Dios el futuro?

17 de abril de 1989

Querido Greg:

Qué bueno que pudimos hablar contigo y Shelley el otro día por teléfono. Me pareció sentirte entusiasmado con tu próximo debate con el erudito musulmán. Yo también lo estoy. No dejes de contarme cómo resulta todo.

Como te dije por teléfono, me gustó mucho tu última carta. Tus pensamientos acerca del cielo me sonaron como algo muy deseado. ¿Quién dijo que la vida no «debería ser» tan trágica como lo es? Pero tus reflexiones sobre la libertad, el amor y la responsabilidad son impactantes. Y me hacen pensar en una nueva pregunta. Suponiendo que Dios todo lo sabe, ¿por qué no miró al futuro y vio quién usaría y quien no usaría la libertad correctamente, para crear solamente gente buena? Aun tendríamos libertad pero en un mundo sin sufrimiento. Me cuesta entender que Dios haya tenido que tomarse “riesgos”. ¿Acaso no está él (según tu opinión) en control total?

Mastica esto y dime lo que piensas.

Con mi amor de siempre,

Papá



29 de abril de 1989

Querido papá:

Bueno, mi debate con el Dr. Badawi, el erudito musulmán, resultó bastante bien. El auditorio estaba repleto, especialmente de musulmanes. Fue para mí una excelente oportunidad de presentarles las razones por las que creo que Jesús es Dios encarnado. El debate fue, en realidad, sobre la Trinidad, pero la mayor parte del tiempo la dedicamos a hablar de Jesús (ya que los dos asuntos son inseparables). Como era de esperar, todos los cristianos que estaban en la audiencia pensaron que mis argumentos fueron mucho más persuasivos que los de él. Sin embargo, estoy seguro que los musulmanes pensaron lo mismo respecto del Dr. Badawi. Él estuvo muy bien, pero creo que mi presentación y mis respuestas también lo estuvieron.

Hablemos ahora de nuestro debate. La pregunta en su última carta sobre la presciencia de Dios es muy buena, pero creo que está basada en un concepto equivocado de lo que la omnisciencia de Dios (su conocimiento de todas las cosas) supone. Desde el punto de vista cristiano, Dios conoce toda la realidad, todo lo que hay que conocer. Pero asumir que Dios conoce anticipadamente cómo cada persona va a actuar supone que la actividad libre de cada persona ya se conoce, aun antes de que haga lo que va a hacer. Pero no es así. Si se nos ha dado libertad, creamos la realidad de nuestras decisiones haciéndola. Y mientras no hagamos algo, ese algo no existe. Así que, por lo menos según yo entiendo el asunto, no hay nada mientras no lo demostremos haciéndolo. Por eso, Dios no puede prever las decisiones buenas o malas de las personas que él crea hasta que él las crea, y ellas, en cambio, crean sus decisiones.

Yo podría decirle que esta no es la posición cristiana tradicional. La comprensión cristiana tradicional es que Dios conoce de antemano las acciones libres de cada persona. Pero incluso aquí se sostiene que Dios las conoce anticipadamente solo porque estas personas van a hacer algo. El conocimiento de Dios está basado en las acciones (futuras) de las personas, no al revés. Por eso, sería imposible para Dios dejar de crear a estas personas sobre la base de sus acciones futuras. ¡No habría acciones futuras de parte de ellos sin que Dios los creara a ellos!

Yo personalmente creo que la última posición es filosóficamente insostenible.

Pero ambas posiciones niegan que Dios tenga un conocimiento del mundo que sea independiente del mundo mismo. Ya que el conocimiento de Dios está basado en el mundo creado, Dios no tiene la libertad de crear en forma selectiva un mundo perfecto sobre la base de un mundo imperfecto que él supuestamente conoce desde el principio de los tiempos.

Mi respuesta, lo sé, es un poco filosófica pese a que le había prometido mantener en lo posible el diálogo a nivel de «lenguaje común». Pero su pregunta fue también bastante filosófica, así es que no podía hacer otra cosa.

Mastique esto y dígame lo que piensa.

Con todo mi amor,

Greg

CARTA 5

¿Por qué Dios crea terremotos y hambrunas?

11 de mayo de 1989

Querido Greg:

Me alegro mucho que tu debate con el musulmán haya resultado bien. No te olvides de mandarme la grabación, si te es posible. Claro, un vídeo sería mucho mejor. Me encantaría verlo.

Tu última carta casi fue demasiado para mí. No solo tuve que leerla varias veces para entenderla, sino que mucho de lo que dices está totalmente opuesto a lo que me enseñaron sobre Dios en mis días de católico. Pareciera que ves a Dios en una forma mucho más «humana» que lo que siempre supuse que era. No soy una autoridad en Biblia, ¿pero no lo muestra ella como conocedor del futuro? Reconozco que tus razonamientos suenan mucho mejor que los más corrientes —no podría encontrarle sentido a todo eso— pero me pregunto si tu punto de vista es de tu propia creación.

En cualquier caso, has explicado suficientemente bien por qué Dios no puede garantizar por adelantado que la gente no va a hacer mal uso de su libre albedrío. Pero hay otra seria dificultad con tu creencia en un Dios todo amor que ni tu visión de la libertad ni el conocimiento de Dios tocan. ¿Cómo exoneras a Dios de las cosas malas que ocurren que no tienen que ver con decisiones humanas? Si Dios lo crea directamente todo, ¿por qué crea las hambrunas, los terremotos, los aluviones, el sida, los bebés que nacen deformes y muchas otras cosas? A nadie que tenga libre albedrío se le podría culpar de esto excepto a Dios. Si él es todo amor, uno podría pensar que está demostrando muy poco amor hacia su creación.

Suficiente por ahora,

Con amor,

Papá



29 de mayo de 1989

Querido papá:

Lamento que me haya demorado en responder su última carta, pero he estado atrapado en la locura de fin de semestre aquí en Bethel. Permítame primero referirme a la cuestión del conocimiento del futuro de parte de Dios y luego trataré de referirme al asunto de la maldad natural (las cosas malas que se dan en la naturaleza).

La opinión de que Dios no conoce las acciones libres futuras no es solo mía. Una buena cantidad de teólogos también la sustentan. Esta opinión no dice que Dios no conoce nada sobre el futuro. Solo afirma que Dios no prevé eternamente las decisiones libres que las personas harán en el futuro. Si hay aspectos del futuro que ya están determinados, sea por circunstancias actuales o por la propia voluntad de Dios, este Dios las conoce porque están allí para ser conocidas. Las acciones libres futuras, sin embargo, no lo están. De ahí que el futuro no esté tan abierto a Dios como lo está a nosotros, aunque sí está abierto hasta cierto punto. Hay riesgos en la creación, incluso para Dios.

En cuanto a si está o no este punto en la Biblia, los teólogos, por supuesto, difieren sobre esto; pero mi convicción es que esta opinión es muy bíblica. No lo quiero aburrir con detalles, pero yo encuentro al Dios de las Escrituras interactuando con las personas en una forma que da a entender que enfrenta el futuro con un cierto grado de espontaneidad. El futuro no es un asunto establecido eternamente. Por ejemplo, Dios frecuentemente cuestiona a personajes de la Biblia e incluso ocasionalmente cambia su propia opinión a la luz de las nuevas circunstancias. (Vea, por favor, Éxodo 32:14; 1 Samuel 15:11; Jeremías 18:7-10; 26:19). Esto, por supuesto, sería imposible si él tuviera un cuadro fijo de todos los acontecimientos que habrían de ocurrir.

Esta visión ilimitada de Dios es, supongo, más «humana» pero en mi opinión, es más precisa porque es más bíblica. La visión de un Dios que conoce y controla el futuro desde el principio es, en mi opinión, más el producto de la filosofía aristotélica que bíblica.

En cuanto al asunto de los desastres naturales, es verdad que ocurren sin que aparezca involucrada en forma directa una voluntad humana. ¿Pero significa eso que Dios es el culpable de que ocurran tales fenómenos? Quisiera manifestarle que creo que no. Por favor, papá, piense en las siguientes tres cosas.

Primero, creo que mucho del dolor y el sufrimiento en el mundo es el resultado de la maldad de la gente, no de la maldad de la naturaleza y que incluso el dolor que causan la mayoría de los desastres naturales podrían reducirse e incluso eliminarse si los humanos fueran lo que Dios quiso que fueran cuando los creó. Tomemos, por ejemplo, las hambrunas. ¿Cree que alguien se moriría de hambre si cada uno «amara a su prójimo como a sí mismo»? Algunos especialistas en el tema me han dicho que hay más que suficiente comida en el mundo para alimentar a todos los seres humanos. El problema es que hay unos pocos que tienen mucho más de lo que necesitan, a expensas de quienes tienen menos de lo que necesitan. La gente en los Estados Unidos, para ser más específico, constituye aproximadamente el siete por ciento de la población mundial, pero consumimos más de la mitad de los recursos de la tierra. Se me ha dicho que una persona promedio del primer mundo consume más de lo que necesita y que una persona promedio del tercer mundo consume menos de lo que necesita.

Piense cuánta maldad «natural» podría evitarse si no hubiera guerras políticas (como la tragedia de Etiopía), si no hubiera la carrera armamentista, si hubiera una distribución equitativa de los recursos del mundo, si los seres humanos que tienen los medios se preocuparan de invertir en la seguridad y el bienestar de los demás. Incluso las inundaciones en Bangladesh, me han dicho, son en muchos sentidos el resultado indirecto del descuido de la raza humana en cuanto al medio ambiente (p.e., el daño a la capa de ozono) y el bienestar de la gente de Bangladesh (p.e., se les podría ayudar a construir casas a prueba de inundaciones).

Así, papá, podría seguir mostrándole que mucho de lo que parece ser un mal «natural» no lo es tanto. Ese mal es fruto de corazones malos.

Segundo, es probable que una buena parte de lo que nosotros llamamos «mal» se deba simplemente al hecho que cualquier cosa de las que Dios creó tiene límites en ciertos aspectos. El hecho de que lo que Dios crea es menos que él mismo introduce limitaciones e imperfecciones en el cuadro general. Cualquier cosa creada debe, por ejemplo, tener un limitado número de características que excluyen la posibilidad de tener otras características incompatibles con aquellas. Pero esto puede llevar a algunas consecuencias desafortunadas. La roca en la que usted se

apoya tiene que ser tan dura que le causaría daño si tropieza con ella. El aire que respira tiene que ser tan tenue que le permita caer si no está sostenido por una superficie dura. El agua que sacia su sed debe ser, asimismo, tan densa para que usted no pueda respirar en ella, y así por el estilo. En ciertas circunstancias, la confiabilidad del mundo que hace posible que criaturas racionales y moralmente responsables vivan en él obra en contra de nosotros. Sin duda, cada hecho positivo de cualquiera cosa creada es, en ciertas circunstancias, potencialmente negativa.

Las limitaciones de la realidad, entonces, van de la mano con lo definido de la realidad. No creo que esto sea inherentemente malo; es solo la forma en que las cosas tienen que ser. Sospecho que si no hubiera sido por la caída de la humanidad, no tendríamos ningún problema con la limitada y a veces desafortunada naturaleza de las cosas.

Pero todavía queda alguna maldad natural que parece no deberse a las limitaciones del mundo ni al hecho de que las personas no son tan perfectas en su amor como fueron creadas. Los bebés deformes, por ejemplo, no tienen explicación dentro de lo que acabamos de ver. ¿Cómo respondería a esto un teísta? Esto nos lleva a mi tercera consideración.

Si la Biblia está correcta, papá, el libre albedrío de los humanos no es el único libre albedrío que ha sido creado. El universo está habitado también por innumerables seres espirituales libres, seres que no son físicos, a lo menos no como nosotros entendemos lo físico. Sé que esta idea le puede parecer ridícula, pero por lo menos debería tratar de aceptar que este es un punto de vista que ha compartido casi cada cultura que ha existido hasta ahora. Quizá aquí nuestra mentalidad científica «iluminada» nos impida entender algo que otros pueblos siempre han entendido.

La Biblia llama a estos seres «ángeles» o «demonios», pero no quiero que piense en seres con alas que tocan el arpa ni en seres rojos, con cuernos y un tridente en la mano. En la Biblia no hay ninguna referencia a esas necedades.

También se les conoce en la Biblia como «potestades» y «poderes», lo cual da mucho más la impresión de una «fuerza espiritual» que de una entidad corpórea.

En cualquier caso, el cristiano entiende, basado en las Escrituras, que estas entidades son, como nosotros, personales y libres y, como nosotros, algunas de ellas han usado su libertad para el mal. Estas fuerzas espirituales malignas —«de-

monios» si usted quiere— están actualmente en un estado de guerra contra Dios y todo lo que es bueno, y la tierra es (quizás también junto con otros lugares) su campo de batalla. En la Biblia hay suficientes datos para discernir que estos fueron seres cuyo potencial para amar estaba muy por encima de incluso los seres humanos. Pero, correspondientemente, su potencial para el mal era también muy grande. Satanás, como seguramente habrá oído, fue una vez «Lucifer» la más hermosa de las criaturas de Dios. Eso me hace pensar que tenía la máxima capacidad de amar. Ahora, sin embargo, él es maldad pura y refinada. ¡En la escala cósmica, es un Hitler! Y su poder para influir, lo mismo que el de los otros «demonios» es vasto (recuerde la correlación de amor-responsabilidad de que hablamos en nuestra correspondencia del 11 de abril).

Desde una perspectiva cristiana, entonces, la tierra ha estado literalmente sitiada por un poder exterior a ella. Hay un poder de maldad pura que afecta a cada cosa y a cada persona en la tierra. Ya el Creador no es la única influencia. Por esto la tierra puede, por un lado, ser increíblemente hermosa y, por el otro, increíblemente horrible. Vivimos, individual y colectivamente en medio de una contradicción del bien y del mal. La hermosura del mundo no podría ser producto de una casualidad indiferente, como tampoco el mal podría estar presente por un designio bueno. (Aquí radica todo el «problema del mal».)

Mi conclusión, entonces, es que la tierra es un campo de batalla. Estamos, como Normandía en la Segunda Guerra Mundial, entre dos fuegos de una batalla cósmica. Y en las guerras, como usted sabe, pueden ocurrir las cosas más terribles. En esta lucha, cualquier cosa se transforma en un arma potencial y cada persona en una víctima potencial. Y así ocurre en el cosmos que, según lo afirma la Biblia, se encuentra en un estado de caos (Romanos 8).

No pretendo entender exactamente cómo es que estas fuerzas demoníacas actúan en la naturaleza. La Biblia no dice nada al respecto. Pero es mi más profunda convicción que todo el mal que no podemos explicar achacándoselo a las limitaciones necesarias del mundo o a las voluntades malvadas de las personas se debe a la voluntad de seres como los que he mencionado. Al fin y al cabo, todos somos más o menos víctimas de esta guerra.

Bien, temo que esta última afirmación la va a encontrar un poco dura de tragar. Esto me pasó a mí un tiempo. Ahora la acepto como verdad; pero la acepto debido a que es una enseñanza bíblica y tengo muchas razones para creer que la Biblia es verdad. Esto solo hace la existencia de un Dios todo amor y todopoderoso

compatible con la «maldad natural». También tengo muchas razones para creer en este Dios. En algún momento me gustaría presentarle estas consideraciones positivas así como responder a sus preguntas.

Quedo a la espera de su carta.

Con esperanza,

Greg

CARTA 6

¿Por qué Dios creó a Satanás?

6 de junio de 1989

Querido Greg:

¡Vaya, vaya! ¡Tu última carta sí que fue una carta! Como sospechabas, mucho de lo que dices no me convence. Podría, supongo, aceptar tus especulaciones sobre las limitaciones de la creación, pero eso que dices del diablo y los demonios me parece tirado de los pelos. Incluso aceptaría que este mundo parece más un campo de batalla que una obra de arte salida de la mano de un Dios que es todo amor. Por eso, si alguien va a creer en un Dios así, creo que también tendría que creer en algo como este «conflicto cósmico» del que hablas. Pero para mí, esto es una indicación más de que tu visión de Dios está completamente errada.

En cualquier caso, tengo algunas otras preguntas relacionadas con esto que me gustaría planteártelas, si es que todavía no te cansas de mí. Primero, me pregunto cómo un graduado de Princeton y Yale como tú puede creer en ángeles y demonios. La idea de que hay criaturas invisibles que pueden hacer el bien y el mal en el mundo francamente se me parece a la Guerra de las Galaxias o a una superstición del medievo.

Otra pregunta que tengo es esta: ¿Por qué Dios tuvo que crear a Satanás? Tú probablemente digas que Satanás tenía libre albedrío para decidir ser malo, pero si fue creado tan hermoso, ¿cómo pudo hacer una decisión tan contraria a lo que era? Las personas malas hacen malas decisiones, que es lo que las hace malas. Y las personas buenas hacen buenas decisiones, que es lo que las hace buenas. Entonces, si Satanás era bueno, ¿cómo pudo hacer una decisión tan mala y ahora, supuestamente, hacer tanto mal?

Ahora que pienso en el asunto, veo que el mismo punto se aplica a los humanos. ¿Cómo pudieron todas las personas creadas por Dios, que originalmente eran buenas, llegar a ser tan malas? Tú tratas de justificar

a Dios en cuanto a los desastres naturales señalando la falta de amor y cuidado de los humanos, y estoy de acuerdo en esto. Pero ahora me pregunto si la excusa es realmente válida. Después de todo, él nos creó ¿no es así? Él nos dio la naturaleza que tenemos. Entonces, ¿no es él el culpable de todo?

Una última cosa viene a mi mente. En la Iglesia Católica me enseñaron que el cielo es un lugar permanente. Me imagino que una vez que uno está allí, lo estará para siempre. Satanás se dice que estaba en el cielo, ¿verdad? Pero cayó. Te pregunto: ¿Crees que una vez que esté en el cielo, la gente puede escoger el mal? Y si no, ¿por qué Dios no nos creó de una vez en el cielo, evitándonos el dolor de una vida terrenal? Me sigo preguntando por qué Dios tiene que correr tantos riesgos.

Pareciera que cada pregunta nos lleva a diez más. ¿Crees que estamos llegando a alguna parte con esto, Greg? A mí me parece que no. Durante décadas mi cerebro no había trabajado en estas cosas. Y me gusta. Sin embargo, me pregunto si no terminarás cansándote. Ciertamente te entendería si tal cosa ocurriera.

Con amor,

Papá



18 de junio de 1989

Querido papá:

No piense ni por un minuto que sus preguntas me aburren. Al contrario, las aprecio. Aun si fracasara en mi eterno intento de hacer de usted un predicador, seguiría creyendo que nuestro diálogo está resultando más valioso que cualquier tiempo y esfuerzo que pongamos en él. No importa. Sé que, tarde o temprano, usted va a terminar creyendo. Ya lo verá.

Vamos ahora a sus preguntas. Primero, puedo entender que este asunto del «conflicto cósmico» le suene a Guerra de las Galaxias. Yo pensaba lo mismo; ahora, sin embargo, tiene mucho sentido para mí. ¿Qué tiene de inverosímil la

idea de que existen «seres espirituales»? ¿Por qué la idea de que existen seres personales, no físicos, tiene que ser más difícil de aceptar que la noción de que existen seres físicos, personales? Si existen seres con conciencia, como nosotros —un hecho notable en sí mismo— ¿por qué no admitir la posibilidad de la existencia de otros tipos de seres personales? Me parece que lo que le da todo ese sentido de seres de ciencia ficción son los risibles dibujos de ángeles y demonios que vemos por todos lados. Pero de lo que estoy hablando no tiene nada que ver con esos personajes de tiras cómicas.

¿No es cierto que mientras más conocemos del universo, más extraño nos parece? La física del cuántum tiene que ver casi enteramente con una esfera del universo —la esfera subatómica— que es casi por completa invisible. No solo no se puede ver, sino que aun nos es difícil conceptuar cómo será un fotón, un neutrón, un quásar, etc. Solo mediante ecuaciones matemáticas podemos formular su comportamiento. ¡Lo cierto es que la mayor parte de la realidad no la podemos ver! Siempre me conmueve pensar que ahora mismo hay ondas de radio con voces y música que pasan a través de mi cuerpo. Pero no podré darme cuenta a menos que encienda un radio. Por todo esto, la noción que hay seres que no podemos ver no me parece tan descabellada.

Ni tampoco me parece extraño que tales seres puedan ser buenos o malos. Si el universo puede estar habitado por seres morales del tipo físico, ¿por qué no podría haber del tipo que no es físico?

Por supuesto, yo mismo nunca habría creído que tales seres existían si no hubiese tenido buenas razones para creerlo. Reconozco que en nuestra cultura moderna no es fácil sostener esto. Pero creo que tengo buena base para mantener lo que creo. El fundamento sobre el cual se levanta mi creencia de que Jesús es el Hijo de Dios y que la Biblia es la Palabra de Dios es firme. (En algún momento entraremos a considerar estas razones.) Si estas dos fuentes de autoridad describen a un mundo influenciado por fuerzas espirituales, mi base para creer en esas autoridades también constituye base para creer en la existencia de fuerzas espirituales.

Pero nos interesa, a usted y a mí, que me refiera a las preguntas legítimas que me ha planteado sobre estas creencias aun antes que consideremos la base para creer en las autoridades que dan base a ellas. De modo que aquí vamos.

Usted tiene una serie de muy buenas preguntas que están muy relacionadas en-

tre sí, así es que voy a tratar de contestarlas todas a la vez. El asunto central, me parece, es cómo una creación buena puede decidirse a hacer lo malo. Esto se advierte en el fondo de su pregunta sobre la caída de Satanás y sobre la tendencia de los seres humanos a pecar. También está presente en su pregunta sobre el cielo. En el cielo, presumiblemente, los habitantes serán perfectamente buenos y, por lo tanto, nunca caerán. Entonces, ¿por qué Dios no nos creó en este estado?

Sobre esto, yo creo lo siguiente. Como escribí en una carta anterior, el amor requiere de libertad. Esto debe escogerse. Y a mayor posibilidad de amar, mayor posibilidad de hacer lo malo. Creo que estamos de acuerdo en esto.

Pero no creo que esto implique que el amor debe ser siempre algo sutil. Los seres humanos tendemos a ser lo que son nuestras decisiones. Mientras más escogemos algo, más somos ese algo. Todos estamos en el proceso de solidificar nuestras identidades por las decisiones que hacemos. Con cada decisión que hacemos, damos un paso rumbo a esa decisión.

Con solo observar a las personas se puede, me parece, probar este punto. Conoció en cierta ocasión a una anciana que era la persona más fea, amargada y ruin con que me haya encontrado jamás. Me dijeron, sin embargo, que cuando joven había sido hermosa, guapa y simpática. Pero cuando tenía diecinueve años, su novio se fue con su hermana apenas tres días antes de su boda. Como es lógico, se sintió humillada y herida. Pero lo más trágico fue que decidió odiar y no perdonar a su hermana y a su ex novio por el resto de su vida. Aunque su hermana estaba extremadamente apenada por lo que había hecho y durante cincuenta años trató muchas veces de enmendar el error, esta anciana nunca cedió. Y con cada decisión contra el amor y el perdón solidificó su amargura. Como todas las emociones negativas que se guardan dentro de uno por mucho tiempo, su amargura terminó coloreando su forma de expresarse. Se hizo odiosa y amargada. Su tendencia a hacer tales decisiones se hizo irreversible. Ahora ya no tenía que optar; no podía ser otra cosa que la que había decidido ser. Todo lo bueno que Dios quiso que fuera lo consumió su decisión de odiar. Lo que comenzó siendo una decisión en ella terminó transformándose en su naturaleza.

Esto ocurre, me parece, en cada aspecto de nuestras vidas. Mientras más nos decidimos por algo, más difícil es elegir otra cosa hasta que finalmente nos solidificamos y eternizamos en nuestra decisión. El impulso de nuestro carácter llega a ser imparable. Creamos nuestro carácter con nuestras decisiones, y nuestro carácter, a su vez, ejerce más y más influencia sobre las decisiones que hacemos.

Esto está en la naturaleza de los seres creados libres, y no veo cómo podría ser de otra manera. La vida, supongo, se parece mucho a la proverbial bola de nieve que rueda ladera abajo.

Lo que se aplica a lo malo también se aplica al amor. Hubo un tiempo cuando tuve que decidir si amaba o no a Shelley. Había una buena posibilidad que decidiera no amarla (y viceversa). Era un «período de prueba», conocido como «cor-tejo». Pero con cada decisión que hacíamos en pro del amor, menos decisiones teníamos que hacer para amarnos. Menor se volvía la posibilidad de no amar-nos. Y ahora, aunque mi amor por ella sigue siendo «una elección libre», ya es parte de mi naturaleza. Y la bola de nieve sigue rodando.

El amor siempre debe empezar libre aunque su meta es llegar a no ser libre. En el amor, ser incapaz de no amar es la forma más elevada de libertad. (Por esto es que Dios es perfectamente libre y, aun así, la Biblia dice que «no puede pecar». Pero al ser eterno, nunca necesitó un «período de prueba» para llegar a ser lo que es.)

De modo, papá, que como veo las cosas, todas las criaturas que Dios crea para que compartan el amor deben pasar por un «período de prueba», en el cual tie-nen que decidir si aman o dejan de amar. No tendrían por qué ser creados «en el cielo». Una vez hecha la decisión, sin embargo, al cabo del tiempo que sea nece-sario (dependiendo de su naturaleza) su decisión se solidificará. Esto es lo que la Biblia quiere decir por cielo e infierno. Es la «eternización» del carácter de la persona.

Lucifer, pues, fue la más grande de las criaturas no por lo que era sino por lo que podía llegar a ser. Su grandeza descansaba en el magnífico potencial para amar que tenía. Pero esto también implicaba que tenía un potencial tremendo para el mal. Y una decisión marcó la diferencia. La diferencia entre un Hitler y una Madre Teresa comenzó en alguna parte con una pequeña decisión.

Esto fue también, en mi opinión, la «bondad» de la humanidad con que fue crea-da originalmente. De esto habla el relato bíblico sobre Adán y Eva. Tuvimos, y tenemos, el potencial de ser seres de un amor increíble. Pero eso significa que tu-vimos, y tenemos, el potencial de ser seres de destrucción increíble. Y nosotros, en mucho sentido, nos hacemos o lo uno o lo otro.

Permítame terminar con esto, papá. El «efecto de bola de nieve» que es verdad en el caso de las vidas individuales, es también verdad en la vida de las sociedades

y de la humanidad en general. Lo que puede ser claramente visto con nuestros ojos físicos, y que la Biblia claramente enseña, es que la humanidad va rodando cerro abajo ¡y en la dirección equivocada! Usted me preguntó cómo la humani-dad entera podía estar tan echada a perder. Y aquí está el porqué. El mal tiende a propagar el mal, individual y colectivamente. Y esto es parte de lo que la teolo-gía cristiana llama «pecado original».

El mensaje de la Biblia, papá, es que todos nosotros, individual y colectivamen-te, hemos ido demasiado cuesta abajo para ser «por nosotros mismos» lo que Dios deseaba que fuéramos. No podemos, por nuestras propias capacidades, po-nernos a cuentas con Dios, los unos con los otros e incluso con nosotros mismos. Necesitamos un nuevo comienzo, una nueva creación, un pizarrón limpio. Y esto, según el evangelio, es lo que Dios nos ha dado en Cristo Jesús. Él se hizo un hombre, vivió su vida, y murió en la cruz para lograr una reconciliación perfec-ta con Dios y darnos una nueva vida. La vida de Dios. Y esa vida está al alcance de todo el que esté dispuesto a creer. La única forma de llegar a ser la persona lle-na de vida, gozo y paz para la cual Dios nos creó —y la única forma de «eterna-lizar» este estado— es recibéndolo como un don. Y este don se obtiene cuando establecemos una relación personal con Cristo.

Nunca me canso de dialogar con usted sobre la fe, papá, porque quiero verlo en-trar en esta relación y así alcanzar también esta nueva vida.

Le ama siempre,

Greg

CARTA 7

¿Es tu Dios todopoderoso?

26 de junio de 1989

Querido Greg:

Bueno, tengo que reconocer que tienes una capacidad especial para hacer que lo que suena mal no suene tan mal. Sé claramente que no te voy a hallar desprevenido con mis preguntas. No es que me hayas convencido con aquello de la «guerra cósmica», pero por lo menos ahora puedo ver cómo una persona inteligente podría creer eso. Tu discurrir por aquello de «solidificarnos» con nuestras decisiones parece ser una verdad de la vida —un pensamiento que me asusta un poco a mis setenta años de edad— como asimismo las respuestas a la pregunta sobre cómo la gente originalmente buena puede llegar a ser mala. A menudo me he preguntado esto cuando oigo de criminales que parecieron haberlo tenido todo en años tempranos de sus vidas. Y luego están los «santos» que a veces surgen de trasfondos horribles. Mucho de esto como que tiene sentido ahora.

Pero cada vez que me sales con eso del libre albedrío me asalta esta pregunta: Siempre he pensado que los cristianos creían que Dios es todopoderoso así como todo amor. Cuando Arlyle murió, el sacerdote atribuyó su muerte a «la voluntad misteriosa de Dios». ¡Sin duda misteriosa! Aquello me molió emocionalmente y me dejó con cuatro hijos sin madre para criar, y sin medios para hacerlo. Pero ¿no dicen los cristianos «Dios tiene un propósito» cada vez que enfrentan una tragedia?

Sin embargo, tú pareces atribuir todo lo malo al propósito de la gente mala y al diablo. Si esto es así, ¿dónde cabe Dios en todo esto? Si él está en todo, no se puede culpar a otras personas. Y si tú culpas a otros, Dios no puede estar en eso. ¡Pareciera que tienes un Dios que no tiene control de las cosas! ¿Qué es todo eso de «confiar en Dios»? Si la palabra tiene relación con el libre albedrío de los seres humanos (con algún grado

de voluntad perversa adentro) ¿cuál sería el beneficio de creer en Dios? ¿Tienes un Dios que no puede hacer nada en cuanto a las cosas! ¿Qué pasaría si pierde esta «batalla cósmica»?

Me parece que el único Dios en quien vale la pena creer es uno que lo controla todo. Pero un Dios que lo controla todo no podría ser todo amor, y entonces, de nuevo, no valdría la pena creer en él. Es la de nunca ganar.

Como siempre, sospecho que tienes una respuesta y espero leerla pronto.

Con amor,

Papá



5 de julio de 1989

Querido papá:

Creo que ahora sé de adónde me viene mi aptitud para pensar teológicamente. De usted. Usted tiene una verdadera capacidad de ver los problemas e ir al fondo de las cosas. Quizá debió de haber sido profesor de teología como yo para apreciar lo escaso que es ese don.

Bueno, papá, me pregunta si Dios es todopoderoso, si está en control y si vale la pena creer en él. Déjeme contestarle en este orden.

¿Es mi Dios todopoderoso? Le contesto que sí y no. Me explico. Es mi opinión (que creo que es bíblica) que Dios es todopoderoso en el sentido de que poseía originalmente todo poder. Antes de la creación, Dios era el único ser que existía, por lo tanto, tenía todo el poder que había. Podía hacer lo que quisiera, y nada se le opondría.

Pero con la creación de criaturas libres, lo digo y lo sostengo, Dios necesariamente cedió algo de su poder. O quizá sea mejor decir que Dios delegó algo de su poder. Nuestra libertad es una pequeña pieza de «poder controlador» que nos cedió Dios. Para permitir que las criaturas fueran libres, Dios voluntariamente

nos dio una porción de su poder y, por lo tanto, renunció a su capacidad de «hacer siempre lo que quisiera». No creo que haya habido otra forma, porque la libertad implica que la persona libre puede decidir por sí misma, aunque su decisión no esté de acuerdo con los planes de Dios. Es completamente imposible que Dios esté siempre en control y que a la vez permita que los seres libres ejerzan algún control. Por eso, porque cedió esos poderes, ya no los utiliza.

Sin embargo, lo que es importante tener en cuenta, papá, es que esta «entrega» de control es un acto completamente voluntario de Dios. Si hay un «límite» en el poder de Dios, existe por propia decisión suya y no por un poder fuera de él. Si en algún punto Dios no puede hacer algo (p.e. quitar del mundo un mal en particular) es sólo porque decidió crear un mundo en el cual habría ocasiones cuando no podría hacer nada. Solo si algún poder fuera de Dios lo limitara, se podría decir que Dios no es omnipotente (todopoderoso). Por eso, a mi entender, Dios es en esencia todopoderoso, aunque haya decidido no serlo. Y la razón es que él desea una creación que sea capaz de amar, y para eso tiene que ser libre (teniendo algún «poder» en sí misma).

Ahora bien, ¿está Dios en control? ¿Hay un propósito divino detrás de cada cosa que ocurre? Mi respuesta es, de nuevo, sí y no. Y otra vez necesito explicarme.

Ya que es Dios mismo quien delega cuanto poder cada criatura tiene, Dios está, en este sentido, «en control». Él determina los parámetros de nuestra libertad dentro del flujo de la historia que dirige y, en este sentido, siempre está «en control». Por esta razón no hay ninguna posibilidad de que Dios pudiera perder esta «batalla cósmica». Por más poder que Satanás pudiera tener, el propósito final de Dios, amar a una creación que comparte amor con él, no está de manera alguna amenazado.

Sin embargo, Dios no controla cada individuo en particular, ya que cada persona debe ser libre hasta cierto punto. De ahí que, dentro de los límites que Dios ha fijado, un individuo puede proponerse hacer cosas que son totalmente contrarias al propósito superior de Dios. Por eso, cuando un individuo inflige dolor a otro individuo, yo no creo que debamos buscar en el hecho «el propósito de Dios». Por supuesto, Dios permitió que el hecho ocurriera porque su propósito superior incluye tener agentes libres; y esta libertad, como lo dijimos en una carta anterior, debe ser irrevocable. Pero «permitir» algo y «proponérselo» o «provocar» son dos cosas bien diferentes.

Sé que con frecuencia hay cristianos que, en medio de una tragedia causada por otro, hablan del «propósito de Dios». Este año hubo en Bethel una joven que un conductor borracho mató y muchos estudiantes se preguntaban cuál fue el propósito de Dios al «retirla de este mundo». Pero para mí esta era sencillamente una forma piadosamente confusa de pensar. El único responsable de la muerte de la joven fue el conductor borracho. El único propósito de Dios en todo ese asunto es su designio de conceder a personas moralmente responsables el derecho a decidir beber responsable o irresponsablemente.

Vamos, ahora, a su pregunta final. ¿Qué sentido tiene creer en Dios si él no está en control total del mundo? Mucho podría decirse sobre esto, papá, sin embargo, seré breve esta vez. Quizá podamos volver a esto más tarde en nuestra correspondencia. Pero para decirlo en una frase, eso tiene mucho sentido.

Primero, desde la perspectiva cristiana, lo más importante en la vida no es esta vida, sino la que viene. Esta vida física, que es temporal, no es sino un preludio y «período de prueba» para una vida que durará para siempre. Desde esta perspectiva (pero solo desde esta perspectiva), tiene sentido la cesión por parte de Dios de algún poder durante este tiempo para dejar espacio para un estado maravilloso de cosas que no tendrán fin en la vida venidera. Si esto no es verdad, la vida sería, al fin de cuentas, trágica y absurda.

En un sentido similar, ya que Dios está aun en control del escenario cósmico, creer en Dios significa tener fe en que todo lo que Dios propugna —amor, verdad, justicia, paz, etc.— terminará en triunfo. Todas nuestras convicciones morales sobre cómo serán las cosas tendrán su debida respuesta. Si esto no es así, nuestras aspiraciones morales carecen de fundamento y no serán más que futilidades. En este tiempo de preludio temporal el mal puede presentárenos a través de personas que Dios no controla. Pero lo que Dios sí controla es el hecho que este mal no es la última palabra en nuestra existencia.

Otra cosa, papá, es esta: al creer en Cristo como Salvador, una persona recibe la plenitud de la vida de Dios en una forma en que ningún mal en el mundo puede tocar. El apóstol Pablo nos dice que «ninguna cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús» (Romanos 8:39). Ni la muerte la puede tocar. Cristo nos deja en libertad en los sectores físicos y públicos; pero en el corazón que se lo permite, ¡él es Señor absoluto!

Finalmente, si bien Dios ha dado a la humanidad y a otros seres espirituales

una gran porción de libertad, no les ha cedido todo el control. Él es, aun en este presente preludio, el ser más poderoso, aunque por decisión propia no ejerza todo su poder. Dios sigue ejerciendo la influencia dominante en este mundo, y solo él sabe lo que sería este mundo sin su constante y santa influencia.

Espero que haya contestado adecuadamente sus preguntas. Realmente lo felicito por su discernimiento teológico. ¡Seguimos adelante!

Con esperanzas, su hijo que lo quiere,

Greg

CARTA 8

¿Por qué es tan importante creer en Dios?

4 de agosto de 1989

Querido Greg:

Perdóname por mi tardanza en contestarte, pero he estado bastante ocupado con la Asociación de Propietarios de «Kingswood Manor». Además, tu última carta resultó bastante densa (te me estás poniendo bastante filosófico ¿eh?), por lo que me tomó bastante tiempo digerirla. ¡Todas tus respuestas «sí y no» las dices como un condenado teólogo!

Vamos al problema, Greg. Realmente tienes buenas respuestas a todas mis preguntas, y tengo que confesar que en cierto sentido has despejado algunos de mis obstáculos para creer en el Dios cristiano, pero todo esto me está empezando a parecer como un juego. Tienes todas esas excusas para sacar a Dios de una situación difícil y aunque son unas excusas muy bien planteadas, me parece que el deber de presentar pruebas lo tiene cualquiera que afirme creer en un Dios amoroso si desea mostrar que tal Dios existe. Si tienes que hacer toda esa gimnasia teológica para preservar tu fe quizá sea porque tu fe está equivocada. Si Dios existe, ¿por qué no se hace más obvio? Yo podría inventar mil razones por qué nunca podríamos ver a un hombre en la luna, pero tarde o temprano alguien sospecharía que quizá sea porque no hay un hombre allí.

Veo que todo tu material es convincente para una persona que ya cree en el Altísimo, pero ese no es mi caso. Yo siempre me he sentido inclinado a creer que debe de haber algo como un «poder superior» detrás de todo, pero no veo ninguna evidencia de que sea un ser personal con todo ese poder (en cualquier sentido) ni de que le importe un bledo la humanidad. Por cierto, no veo cómo nosotros podríamos pretender saber algo sobre él. Quizá tendríamos que resolver esto primero, pero como te dije antes, no tengo ningún sistema positivo de creencias. Solo hago las preguntas como me vienen a la mente.

De modo que ahí tienes. A ver qué me respondes.

Con mucho amor,

Papá



21 de agosto de 1989

Querido papá:

Parece que las hijas han heredado una buena porción del «brío de los Boyd». Participaron hace unas semanas en varias carreras y les fue estupendo. Denay ganó dos veces la media milla para corredores de menos de 12, y Alisha llegó tercera en ambas. Derrotaron a varios muchachitos, incluso a uno que era mayor que ellas. Natán anduvo también por ahí, aunque me temo que no se dio mucha cuenta de qué se trataba todo eso. Lo único que quería era hacer de «superniño» porque alzaba ambos brazos y corría hacia mí. Cómo me hubiera gustado que usted hubiese estado allí con nosotros. Se habría divertido de lo lindo que fue.

Bueno, parece que estamos alcanzando cierta altura en nuestra discusión teológica. ¿Por qué creer en Dios? Mi querido papá, tengo un montón de razones. Algunas proceden de mi cabeza, mientras que otras se originan en mi corazón. Algunas comprenden razonamientos filosóficos bastante sofisticados, mientras que otras son de lo más sencillas. Pero creo que puedo resumirlas todas en un solo argumento. Lo llamo «argumento antropológico» porque trata de demostrar la existencia de un Dios personal desde la naturaleza personal de los seres humanos. Le diré la esencia de este argumento y trataré de hacerlo lo menos técnico posible.

Mi línea básica de razonamiento es esta: nosotros los seres humanos somos seres personales. Esto significa, creo, que estamos constituidos por una mente que es autoconsciente y racional, un corazón que es libre y puede amar y que es, por lo tanto, moralmente responsable, y un alma (o llámela como quiera) que suspira por sentidos y significados. Conciencia, racionalidad, amor, moralidad y voluntad: todo esto, lo sostengo, constituye la esencia de lo que tiene que ser una persona en el complejo sentido del término.

El dilema que enfrentamos es este: o existimos en un ambiente (el cosmos) que es compatible con estos atributos, o no. O nuestro ambiente es congruente con estos atributos —los vuelve inteligibles y responde a ellos— o no. Para ilustrar, tenemos hambre, y para eso, hay comida. Tenemos sed, y para eso, hay agua. Tenemos instintos sexuales, y para eso, hay sexo. Nuestro medio ambiente, entonces, es congruente con nuestra hambre, nuestra sed y nuestros instintos sexuales naturales. Y dada la clase de mundo en el que vivimos, podemos entender por qué nos da hambre y sed, y por qué tenemos instintos sexuales. Nuestro ambiente cósmico «responde» a nuestros instintos naturales y por lo tanto los interpreta. ¿Me está siguiendo?

Pues bien, la pregunta es: ¿responde nuestro medio a los asuntos básicos de nuestra personalidad esbozados arriba? Lo que digo es que a menos que nuestro medio sea personal en sí mismo, a menos que el contexto último en el cual vivimos sea autoconsciente, racional, amoroso, moral y poderoso, nuestro ambiente cósmico no responderá a nuestro fin. En otras palabras, a menos que haya un Dios personal que sea la realidad final dentro de la cual existimos, los seres humanos solo podemos ser vistos como absurdos y torturados fenómenos de la naturaleza; porque todo lo que es esencial a nosotros está completamente fuera de lugar en este universo. Así que, por un lado, la naturaleza humana se hace completamente inexplicable. ¿Cómo podría la naturaleza bruta misma evolucionar algo tan fuera de sincronización con sí misma? Y, por el otro lado, significaría que la existencia humana, si vemos nuestra situación real, es extremadamente dolorosa. Somos el producto de un chiste cósmico cruel y enfermizo.

Así que, por ejemplo, los humanos asumimos instintivamente que la realidad debería ser racional, y que el razonamiento nos lleva más cerca de la verdad (y la ciencia parece decir que esta asunción es válida), pero en el fondo, la naturaleza es irracional. No hay una mente superior sobre ella.

Los humanos asumimos instintivamente que el amor es una realidad, que es el único ideal por el que vale la pena vivir y morir. Pero la naturaleza pareciera ser un proceso de colisiones químicas indiferentes, desafectas y brutales. De esta manera, nuestros ideales se reducen a meras reacciones hormonales.

Los humanos asumimos instintivamente que nuestras convicciones morales corresponden a la realidad, ¿no es cierto? Hay, por supuesto, gente que dice que las convicciones morales son «solo una cuestión de gusto», pero impídalas el paso en

una intersección y sus convicciones cambiarán. ¡Habrá cometido una gran injusticia!

Los humanos tenemos instintivamente hambre de sentido y propósito. Esto es posible verlo por todos lados, en la forma en que la gente se comporta. Nos esforzamos por dar a nuestras vidas alguna forma de propósito, alguna forma de sentido. Pero si nuestro cosmos es finalmente indiferente y carece de todo propósito, todo lo que somos, todo lo que hagamos y todo lo que creamos y por todo lo que nos esforzamos no es más que «polvo en el viento». Después de que existimos, no importa si alguien alguna vez ha existido o volverá a existir. Todo llega a carecer de sentido.

Por eso, a menos que la fuente última de toda existencia sea a lo menos tan personal como nosotros, papá, mi opinión es que lo que somos es tan inexplicable como extremadamente difícil de tragar.

Quizá he condensado demasiado este argumento, pero no quiero que me acuse de golpearlo demasiado duro. Así es que, déjeme saber qué le parece mi forma de pensar. Es posible que sus preguntas fluyan solas desde mi argumento.

Cúidese, papá. Lo quiero,

Greg

CARTA 9

¿No habrá sido todo una casualidad?

15 Septiembre de 1989

Querido Greg:

Fue lindo hablar contigo el otro día. De nuevo, me alegro que los niños estén disfrutando de esas actividades deportivas. Mucho me gustaría participar en estas cosas. Si fuera un poco más fuerte de lo que soy, quizá podría.

Ahora, vamos a tu «argumento antropológico». Greg, quizá no te entendí, pero sencillamente no veo con claridad lo que estás tratando de mostrarme. Me suena como si estuvieras diciendo que debe haber un Dios porque si no, la vida sería una porquería. Pero, ¡la vida es una porquería! Así es que, si bien estoy de acuerdo en que hay una parte de nosotros a la que le gustaría tener a un Padre amante en los cielos —supongo que debe ser un pensamiento reconfortante— no veo que sea más que una ilusión.

También dices que los humanos no tienen explicación a menos que haya un ser personal que nos haya creado, ¿pero no podríamos ser consecuencia de un accidente? ¿No es lo que los biólogos dicen? ¿No dice la teoría de la evolución que nuestras mentes y nuestra moralidad son solo parte de nuestro instinto de supervivencia? No estoy muy seguro sobre qué pensar acerca de la teoría misma, pero es una explicación de alternativa.

Pero de nuevo, no estoy negando que alguna clase de fuerza mayor que nosotros exista detrás del universo. Siempre he pensado que hay demasiado diseño en el cosmos para creer que todo fue un accidente. Este mundo no parece ser algo que pudo surgir de repente. Pero no veo cómo puedes estar tan seguro de que los humanos seamos tan importantes a esta fuerza como la Biblia dice que somos. Quien sabe si solo somos una suerte de subproducto en todo este despliegue de hechos. El

universo, después de todo, es un lugar demasiado grande. Nuestra tierra es menos que un grano de arena en la playa cósmica. ¡Muy poético el pensamiento!

Sigamos escribiéndonos. Encuentro que tus cartas me hacen pensar mucho. Las leo varias veces antes de escribirte las mías.

Con amor,

Papá



25 de septiembre de 1989

Querido papá:

Muy bien. Usted cree que hay alguna clase de «fuerza» que debe ser la causa de las cosas. Solo estoy tratando de averiguar cómo podría ser esa fuerza. Como un efecto no puede ser mayor que su causa, ¿no podría ser que así como los humanos (el efecto) son personas, la causa (la fuerza) también sea una persona?

La teoría de la evolución, si fuese verdad, solo puede darnos un supuesto biológico sobre cómo los humanos llegaron a existir. Pero la pregunta más importante es cómo produce la evolución la clase de resultados que produce. ¿Cómo tiene que ser la «fuerza» definitiva del universo para que la evolución tenga la clase de característica que tiene? Estoy preguntando algo sobre el proceso mismo. Esta es una cuestión metafísica (meta = por encima de). La ciencia no puede explicarlo.

Mi argumento, en dos palabras, es que el proceso mismo no puede ser pura casualidad. La única forma en que podemos entender por qué nuestras mentes pueden entender la realidad física es, en primer lugar, creyendo que el universo físico es «como la mente». Nuestro pensamiento sobre la realidad presupone que hay una correspondencia entre nuestra mente y la realidad. La ciencia opera con este supuesto. A esto es que Einstein llamó «la comprensibilidad incomprensible» del universo. ¿Cómo es, por ejemplo, que su teoría de la relatividad, que trabajaba estrictamente con fórmulas matemáticas, «encajara» en la realidad? El éxito de su teoría —la cual desde entonces ha sido demostrada empíricamen-

te (mediante experimentos)— significa que la realidad física tiene la clase de estructura matemática que Einstein resolvió. Einstein no impuso su teoría a la realidad: él la descubrió. El mundo era «como la mente» antes que Einstein llegara a verla.

Pero la casualidad, papá, sencillamente no puede producir fórmulas matemáticas. Y tampoco puede producir organismos como nuestras mentes que pueden saber y producir fórmulas matemáticas. Véalo de esta manera: Si nuestras mentes fueran nada más que «elementos químicos en movimiento» cualquiera verdad que creamos que podemos descubrir no sería más que una reacción química en bruto, y eso significaría que todas las verdades que podamos descubrir no serían más que, digamos, eructos. Las reacciones químicas, en este respecto, son todas iguales, no importa qué complejas sean. Por eso Einstein no hizo más que dar un complejo eructo de todas sus teorías.

¿Pero por qué entonces su teoría funciona? El éxito de su fórmula, y de toda ciencia, confirma nuestras suposiciones instintivas sobre la mente: nuestra mente es más que una red de reacciones químicas. Puede entender, racionalmente, aspectos físicos del mundo porque el mundo es racional. Y como no se puede tener racionalidad sin una mente racional —que no se puede tener solo por casualidad— debe haber una mente racional detrás del mundo físico. Nuestra «fuerza» debe ser racional.

Para mí, lo mismo se aplica en cuanto a la moralidad. Si la moralidad es simplemente el resultado de la casualidad, lo que algunas especies de primates necesitaban para que los ayudara a sobrevivir, nuestra pretensión moral no tiene un punto de referencia objetivo. No dicen nada sobre la forma en que las cosas son, excepto sobre la forma en que nosotros (por accidente o por evolución) las sentimos.

Pero cuando usted dice que Hitler «hizo mal» al matar a seis millones de judíos, o cuando me dice que aquel tipo loco acerca del que me escribió «hizo mal» al mutilar a la niña, usted está queriendo decir más que solo que «no le gusta lo que se siente». ¿No cree que estos hechos contradicen la forma en que las cosas tienen que ocurrir? ¿No le parece que está haciendo una afirmación no sobre la forma en que usted es, sino sobre la forma en que el universo es? ¿No está asumiendo que en el universo hay una ley moral, en la misma estructura de las cosas, que estos idiotas han violado?

Lo que es importante ver, sin embargo, es que la casualidad, puras reacciones químicas, no puede ser más moral que racional. Y ya que los efectos no pueden ser mayores que la causa, la «fuerza» que yace detrás del cosmos debe ser no solo racional: debe ser moral.

Y ahora «eso» está empezando a parecerse mucho a una persona.

Lo mismo puede decirse, me parece, en cuanto a la conciencia de nosotros mismos. Tenemos conciencia de nosotros mismos, y por eso somos libres. Pero ¿pueden las reacciones químicas fortuitas, por más complejas que sean, ser libres alguna vez? Así pasa con el amor. Y con el sentido.

Lo que estaba diciendo sobre qué intolerable puede ser una persona en un ambiente fundamentalmente impersonal no pretendía ser una alegación a favor de la existencia de Dios sobre la base de una ilusión. La intención más bien era plantear que es incongruente con lo que sea que sepamos sobre el mundo suponer que la naturaleza podría producir criaturas con anhelos que la naturaleza misma no puede satisfacer. Esto sería suponer, otra vez, que el efecto supera la causa, y en una manera desastrosa. Si el lienzo final contra el cual se pinta el cosmos no es personal como lo somos nosotros, entonces somos muy parecidos a un pez fuera del agua. Anhelamos desesperadamente el agua, pero el problema es que nunca existió el agua. ¿Pero cómo pudo haberse producido tal estado de cosas? ¿De dónde vino nuestro anhelo de algo que nunca existió y que nunca existirá?

Mi punto, entonces, es que las características de la personalidad, y los deseos que surgen de esa personalidad, requieren que la causa final y el contexto de la personalidad sea personal. Esto, a lo menos, es la única presunción racional que se puede hacer sobre «la fuerza».

Déjeme decirle una palabra final, papá, sobre por qué creo en Dios. De verdad siento que este argumento (y muchos otros parecidos) es válido. En un sentido, siento que consistentemente saca las implicaciones de todo lo que nosotros creemos sobre nosotros mismos y el mundo. Pero mi creencia en Dios no es una simple teoría que yo sostengo como verdad. Es una relación.

Cuando creí en Dios, confié en que el sacrificio de Cristo era la única manera en que podría estar a cuentas con esa «fuerza moral» a la que un día tendré que responder. Descubrí por experiencia que el deseo de la persona tiene «una respuesta». Yo era un pez reseco que descubrí que de veras existía el agua. ¡Y qué

hermosa, refrescante y satisfaciente era esa agua! Los corazones que la anhelan no solo reciben una explicación en la fe en Dios, sino que llegan a sentirse realizados. Mi esperanza, papá, es que algún día no solo llegue a estar de acuerdo con mi teoría, sino que comparta conmigo esta relación.

Quedo a la espera de su respuesta.

Su hijo que lo ama,

Greg

CARTA 10

¿Por qué Dios no se compadeció de tu madre?

18 de octubre de 1989

Querido Greg:

Tengo que reconocer que tu argumento es bastante persuasivo. Nunca antes había oído algo así. ¿Es de tu creación? Tiene sentido lo que dices sobre que nuestras características personales tienen que venir de alguna parte y deben tener sus raíces en algo. Me parece particularmente convincente lo que dices sobre la moralidad y la razón.

Por eso, mi «fuerza» tiene características personales. Pero no estoy seguro hasta dónde nos ha llevado, Greg, porque no veo que importen las características que tiene Dios. ¡Él sigue como muy poco interesado en nosotros! ¿Y cuál podría ser el beneficio de creer en un Dios cuyas características personales lo muestran muy poco interesado en ti o en mí? No quiero seguir insistiendo en lo mismo, pero si él estuviese personalmente interesado en nosotros los seres humanos en la forma que tú y los nacidos de nuevo dicen que lo está, no me explico cómo ha podido dejarnos ir cuesta abajo por tanto tiempo.

Solo piensa en esto, Greg: ¿Sabes qué fácil habría sido para Dios eliminar a Hitler y salvar la vida de todos aquellos niños judíos? ¿Por qué no abortar a aquel bastardo antes de que naciera? ¿O mandarle una enfermedad mortal cuando era niño? Ocurre a cada rato. ¿Por qué no a él?

Y aquí hay otro aspecto de la religión que jamás he entendido: la oración. Si Dios está interesado personalmente en nosotros como dices, podemos hablar con él. ¿Pero nos escucha? No lo creo. ¿Has pensado en cuántos millones de padres judíos golpearon a los oídos de Dios durante el holocausto? Todo lo que consiguieron fue silencio. ¿Dónde estaba su interés en la gente? La Biblia dice que los salvó de los egipcios separando el Mar Rojo. Pero en esta ocasión parece que estaba preocupado con otras cosas más importantes.

De modo que si Dios está interesado personalmente en nosotros, ¿por qué la oración es totalmente infructuosa? No puedo recordar ningún momento en mi vida en que las oraciones de alguien hayan sido realmente contestadas. Tony acostumbraba a decir que Leona y la abuela Raz eran «poderosas en la oración». Y yo siempre me pregunté qué las hacía «poderosas», porque para mí sus oraciones eran totalmente infructuosas. Leona amontonaba oraciones en las novenas y oraba hasta que sus rodillas no daban más. Y yo siempre pensé que su probabilidad de éxito en lograr la atención de Dios y que este contestara oraciones eran la misma que lo que se hace al azar.

Mientras Arlyle estaba muriendo, todos orábamos hasta que nos poníamos azules. Hasta los niños oraban. Quizá Dios no escucha las oraciones de adultos pecadores, pero a lo menos debería escuchar el clamor de los hijos de esos adultos. Pero no, ustedes se quedaron sin su mamá y eso puso en acción una historia desafortunada que conoces muy bien. Si Dios estuviera personalmente interesado en nosotros, se habría compadecido de tu madre y nos habría evitado un dolor tan grande.

Supongo que vas a tratar de explicar esto con tu teoría de la guerra cósmica, pero parece más fácil sencillamente llegar a la conclusión que él no hizo nada. Cualquiera que sea su agenda personal en relación con el universo, no veo que tenga mucho que ver con nuestro pequeño planeta Tierra.

A ver cómo contestas a esto, escrito con la mano en el corazón.

Con todo mi amor,

Tu papá



23 de noviembre de 1989

Querido papá:

Aprecio la sinceridad de su última carta. Sin duda que la escribió con la mano en el corazón. Merece una respuesta igualmente sincera.

Creo que es importante llegar a entender lo mejor que podamos a Dios y a nuestro mundo, pero puede llegar el momento cuando ese entendimiento se agote o sea incapaz de tratar con detenimiento los asuntos que nos preocupan. Un esposo y padre que pierde a su esposa y madre de sus hijos durante el bombardeo de (digamos) Dresden pudiera tener una respuesta intelectual sobre por qué se lanzaron las bombas, pero eso no mitiga su rabia por el hecho que fue su esposa, y la madre de sus hijos, la persona que murió. Yo creo, papá, que esta es, precisamente, su situación.

¿Y qué puedo decir? Yo también le he preguntado a menudo a Dios por qué murió mi mamá. Y tampoco nunca he recibido una respuesta. Y también me he puesto furioso. Dios no se ha sentido ofendido por esto. Ha sido una reacción sincera, y Dios aprecia la sinceridad.

Como cualquier otro niño, crecí con la necesidad de sentir el amor incondicional y la aceptación de una mamá, pero eso nunca lo tuve. Como usted sabe, a veces los niños captamos un mensaje diferente de parte de nuestra madrastra.¹ Yo siempre supe que usted me amaba y recuerdo haberme sentido siempre seguro cuando volvía a casa, pero su trabajo lo mantenía viajando la mayor parte del tiempo. De modo que, mirando hacia atrás, puedo ver que crecí con un agudo sentido de abandono. Toda la fuerza del dolor por esto no me vino a golpear sino hasta que fui adulto. Los niños tienen la capacidad de bloquear lo que no pueden manejar.

Pero cuando tendría unos 20 años, después de unos tres años de haber aceptado a Cristo, recibí algo que fue mucho más importante que una respuesta a mi pregunta «por qué». Recibí la sanidad (y la sigo recibiendo hasta hoy). Muchos recuerdos de mi infancia empezaron a venir a mi memoria, generalmente en los momentos en que estaba orando y a veces eran extremadamente dolorosos. Supongo que entonces no era lo suficientemente fuerte como para enfrentar esa situación. Pero en mi lucha con estos recuerdos, el Señor me trajo amor y sanidad.

Frente a las muchas cosas que interpreté cuando era niño como un comentario negativo sobre mi autoestima (por ejemplo, algunas de las formas aberrantes de castigo de mi madrastra), el Señor me mostró que yo era digno de ser amado y que ante sus ojos era infinitamente precioso. Y él hizo que yo experimentara esto. Frente al abandono que experimenté, el Señor me dijo: «Nunca te dejaré ni te desampararé» (Hebreos 13.5). Y ante mi necesidad del amor incondicional de una madre que nunca tuve, el Señor me dijo: «Quiero ser esa madre para ti». ¡Y lo es! Cristo no es nuestro adversario en tiempos de sufrimiento: Él es nuestra cura.

Cristo llegó a ser eso para mí. Mi alma fue, y está, llena del amor incondicional de Jesús. Y el amor incondicional es la única fuente de vida para el alma y la única medicina para sus heridas. Una respuesta intelectual nunca haría eso. Mis preguntas se mantienen, pero Cristo ha ganado mi confianza en él al mostrarme su belleza, la belleza de un amor, una gracia, una ternura y una fuerza apacible que ningún ser humano jamás podría igualar. Él ganó mi amor y confianza a través de la compasión sanadora de sus ojos y la cálida comprensión de su abrazo. Él me dio un entendimiento al corazón que la mente nunca podría lograr. (Por eso es que la Biblia dice que Dios da a los creyentes una «paz que sobrepasa todo entendimiento».)

Lo que también experimenté, papá, y que se ve a través del Nuevo Testamento, es que Jesús sufre con nosotros en nuestro sufrimiento. Así es como nos sana en nuestro sufrimiento. Uno de sus nombres en el Nuevo Testamento es «Emanuel», que quiere decir, «Dios con nosotros». No importa lo bajo que lleguemos, Dios está con nosotros. Está allá abajo, esperándonos. No está en un planeta distante, indiferente a nuestro apuro. Él está en medio de todo por lo que nosotros estamos pasando.

Quizá recuerde que durante mi primer año en la universidad pasé por un largo periodo de serias dudas sobre la verdad del cristianismo. Este problema que hemos venido analizando —el problema del mal— estaba en el centro de todo. Me sentía atrapado entre dos convicciones opuestas. El mundo, con toda su belleza, diseño, complejidad y características personales, demandaba que hubiera un Dios. Pero, al mismo tiempo pensaba que el sufrimiento del mundo dice que no puede haber un Dios. Todo eso cayó sobre mí una fría noche de febrero en que caminaba de regreso de una clase de astronomía en la Universidad de Minnesota. Al pensar en la grandeza de las estrellas que había estado observando, me en-

contré diciéndome: «Tiene que haber un Dios». Pero al pensar en la pesadilla de Auschwitz, me decía: «No puede haber un Dios». Los dos pensamientos batallaban entre sí a una velocidad increíble. Me sentía atormentado.

Finalmente, mientras me acercaba a mi auto, miré el cielo y grité, con una voz llena de ira: «¡El único Dios en el que puedo creer es aquel que sabe de primera mano lo que es ser un niño judío enterrado vivo, y sabe lo que es ser una madre judía que ve cómo entierran a su hijo!» Y solo entonces se me ocurrió (¿o me fue revelado?) que esa es exactamente la clase de Dios que el cristianismo proclama. No hay otra creencia que haga esto. Solo el evangelio se atreve a proclamar que Dios se mete en el medio del infierno que nosotros mismos hemos creado. Solo el evangelio se atreve a proclamar que Dios nació en un establo lleno de sangre y de excrementos, que vivió protegiendo a las prostitutas y a los leprosos como nadie más lo hizo y que sufrió, de primera mano, la muerte más horrible que nadie podría imaginarse. Solo la descripción que el evangelio hace de Dios compagina con el hecho contradictorio de que el mundo es, al mismo tiempo, tan hermoso y tan horrible.

Lo que estoy tratando de decir, papá, es esto. Yo no sé exactamente por qué Dios no respondió nuestras oraciones por Arlyle. Sé que si no fuera por el pecado humano, y si no fuera que estamos envueltos en una guerra espiritual, esta situación dolorosa nunca se habría producido. Pero más importante que esta explicación es este entendimiento: A través de todo, Dios estaba sufriendo con usted, conmigo, con Arlyle. él también lloraba. Y a través de su participación en nuestro dolor, él quiere la redención. Él quiere darnos a usted, a mí y a todos los que estamos involucrados en esto, toda la sanidad posible. La fuerza de su sanidad está en su vulnerabilidad al dolor. Él ha empezado a traer esta sanidad a mi vida. Puede hacerlo también en la suya.

Si pudiera, papá, imaginarse en su mente la belleza de Cristo, él se ganaría su amor en una forma que la razón jamás podría.

De nuevo, gracias por su sinceridad.

Con amor y esperanza,

Greg

CARTA 11

¿Por qué un Dios todopoderoso necesita de la oración?

15 de diciembre de 1989

Querido Greg:

Supongo que estás entrando en el espíritu navideño. Con tres niños en la casa, es difícil no hacerlo. Recuerdo aquellas mañanas de Navidad cuando ustedes eran pequeñitos. Todas son imágenes muy tiernas. No hay nada como eso. No sabes cómo me gustaría estar con ustedes en esta época del año. «Sueño con una Navidad blanca» aquí en Florida, con 80 grados. Diles a los niños que sus regalos van de camino.

Bien, Greg, para serte franco, no sé qué hacer con tu última carta. También aprecio la franqueza con que la escribiste. Confieso que estoy impresionado por lo que la fe ha hecho contigo. Y tu visión de Dios es emocionante (especialmente en estos días del año). Me pregunto por qué, si tu visión es la visión cristiana, nunca la había oído antes. Pienso que cuando la mayoría de la gente piensa en Dios piensa en un tipo barbudo, fuerte e intratable instalado allá arriba, sobre las nubes. Tu descripción es totalmente diferente. ¿Pero cómo encaja tu visión con la historia de Dios destruyendo Sodoma y Gomorra, dando muerte a los cananeos y enviando el diluvio sobre toda la tierra? A la luz de tales historias, la imagen de un Dios furibundo parece más exacta.

En cualquier caso, me gusta lo que dices. Pero sencillamente no puedo compartir tu fe. Aun tengo muchas preguntas. No pienso en términos «académicos» otra vez sino que, si quieres, podemos discurrir un poco más en torno al tema de la oración.

Como dije antes, no veo que la oración sea algo que funcione. No solo eso, sino que no veo cómo la oración *podría* funcionar. Si Dios es todo bondad y todo poder y le interesamos, ¿no habría querido ya lo mejor para nosotros? ¿Y por qué no hace, de una vez, lo que puede hacer por nosotros? ¿Qué es lo que le pides en tus oraciones, que se preocupe

más? Se supone que ya se preocupa todo lo que puede. ¿Que haga más? Presuntamente ya está haciendo todo lo que puede. ¿Le quieres informar de algún problema para que él haga algo? Supuestamente él lo sabe todo de antemano. Entonces, si no puedes informarle de nada, si no lo puedes presionar para que haga algo ni lo puedes capacitar para que haga esto o aquello, ¿para qué orar? A mí me parece sencillamente una pérdida de tiempo.

A ver qué me dices a esto. Que tengas una feliz Navidad Mando todo mi amor a Shelley y a las hijas.

Amorosamente,

Dad



29 de diciembre de 1989

Querido papá:

Gracias por su carta. Espero que usted y Jeanne hayan tenido una hermosa Navidad. La nuestra resultó muy linda... y cansadora. Con toda la parentela de visita, los hijos tuvieron, en realidad, cuatro celebraciones de Navidad, cada una con sus correspondientes regalos y todo en el mismo día. Pero usted tiene razón con lo que me dice en su última carta: los niños le dan el toque mágico a la Navidad y esto justifica el trabajo (y los gastos).

Vamos ahora a su pregunta acerca de la oración. El propósito más importante al hablar con Dios (en realidad este es el sentido de la oración) tiene poco que ver con pedir cosas, papá. Es un intento de fortalecer la fe y buscar una mejor relación con nuestro Creador y Redentor. ¿Qué clase de relación tendría con mi esposa Shelley si cada vez que nos hablamos fuera para pedirnos cosas? Sospecho que no muy agradable. Lo mismo ocurre con Dios. La función principal de la oración es, sencillamente, estar con Alguien a quien se ama: hablarle, escucharle o simplemente «intimar» con su Creador.

La mayor parte del tiempo cuando yo oro me formo en la mente una imagen de Jesús y le permito que me diga lo que quiera decirme, cosas que necesito oír. Dejo

que me recuerde lo que signifíco para él especialmente por lo que hizo por mí en el Calvario. Dejo que me permita sentir su amor, y, además, lo que valgo para él. Dejo que empiece a remendar algunas de las cintas negativas que he ido guardando en mi mente en el curso de mi desarrollo. Dejo que sane mis recuerdos. Así es como tiene lugar el crecimiento de la vida cristiana, sanando desde adentro, descansando en el amor de Dios.

Pedir cosas, lo que se conoce como «oración peticionaria» es, sencillamente, uno de los aspectos de esta relación en cuanto a un todo. No es que Dios necesite nuestras oraciones para estar al tanto o en condiciones de hacer algo. Usted tiene razón: él ya es todo lo bueno, todo lo preocupado, todo lo informado y todo lo todopoderoso que puede ser. Pero su más alta agenda hacia nosotros se basa en la relación amorosa que existe entre él y nosotros. Él fija el orden de las cosas de tal manera que facilita una relación amorosa con él. De esta manera, establece que algunas cosas se hagan solo a través de la oración.

Quizá ayude verlo de esta manera. Porque Dios nos ha amado como su más alta agenda, él nos da algo de «voz y voto» en el universo. Necesitamos esto si vamos a ser personas autodeterminantes y él debe tener personas autodeterminantes en su creación si quiere que el amor sea la meta de la creación. Ya hemos tocado este punto antes. Los humanos tenemos una buena cuota de poder para determinar el resultado de las cosas, para tener algo de «voz y voto» en nuestro pequeño rincón del universo.

La oración peticionaria es, sencillamente, el aspecto espiritual del «poder para influir» que Dios nos da. De la misma manera que él establece que no hará todo lo que quisiera hacer en un nivel físico para darnos libertad, así también establece cosas que no siempre hará y que le gustaría hacer en un nivel espiritual. Y nos da este derecho a «voz y voto» en un nivel físico para facilitar nuestra libertad, nuestra personalidad y una relación verdadera y amorosa con él.

Yo creo que una relación genuina puede ocurrir únicamente cuando hay una interacción directa entre dos personas, donde hay concesiones mutuas entre las partes. En otras palabras, cualquiera relación genuina demanda que ambas partes tengan algún poder sobre la otra y contra la otra. Esto es verdad tanto en nuestra relación con Dios como en nuestras relaciones con otras personas. Dios no quiere ser el único que tome las decisiones. El monopolio de una persona, aun cuando esa «persona» sea Dios, siempre aplasta la personalidad de otros. Por eso, Dios establece las cosas de tal manera que podamos, en algún grado, forta-

lecer nuestra relación con él. Él ordena las cosas para que podamos realmente influenciar al Creador, no porque nos necesite sino porque quiere que sea así. Y la oración peticionaria, en mi opinión, es el principio por el cual se da la influencia de lo humano en lo divino.

Yo creo que esto apunta a su pregunta concerniente a cómo podría funcionar la oración. Pero, para ser sincero, no apunta a lo que usted dice en cuanto a que en realidad la oración no funciona. Déjeme decirle un par de cosas acerca de esto.

Primero, papá, dado lo complejo de la realidad, creo que sería virtualmente imposible «probar» la efectividad de la oración. Sé de varios experimentos en hospitales que se han publicado para «probar» la efectividad de la oración (en lo que se llega a la conclusión de que hay una correlación positiva entre la oración y la sanidad), y mientras yo encuentro estas pruebas fascinantes, dudo que alguien que no creía antes en la oración las vaya a encontrar muy convincentes. Sencillamente, hay demasiadas variantes. No hay oración contestada que uno no pueda señalar como coincidencia, y no hay oración no contestada que uno no pueda justificar.

Pero quizá así sea como tiene que ser. Si la oración de petición pudiera «verificarse» plenamente, haría de Dios una especie de distribuidor cósmico automático. Haga su petición, tire la palanca y abracadabra, ahí tiene su deseo concedido. Pero esto defrauda el verdadero propósito de la oración de facilitar una relación de fe plena con el Creador. Así es que para orar se requiere fe, y fe para ver la respuesta a la oración.

Segundo, le reitero que mucho más importante que conocer la mecánica de la oración no contestada es saber que Dios está a su lado aunque la oración no haya sido contestada. Quizá lo siguiente ilustre lo que quiero decir. Vamos a decir que en las playas de Normandía había una pequeña casa habitada por estadounidenses cuando se produjo el día D. Y vamos a suponer que la familia que estaba en esa casa de tan desafortunada playa la formaban el hijo, la nuera y los nietos del capitán en jefe de la flota invasora. Allí estaban, en medio de dos fuegos, mientras se desarrollaba tan terrible batalla. Vamos a decir que tenían una línea de comunicación por radio con el capitán que les permitía radarle sus peticiones durante la batalla. Le decían que estaban en medio del fuego de los enemigos y de los soldados aliados. Que estaban muy heridos y que necesitaban ayuda, que estaban hambrientos y necesitaban comida, etc.

El capitán entiende y asume la gravedad de la situación de su hijo y su familia y desea ir en ayuda de ellos. Pero, al mismo tiempo, hay una gran batalla que librar, miles de otras vidas por las que preocuparse y el resultado de la batalla es de importancia crucial. Por tanto, a veces este capitán puede atender las peticiones de su hijo. Pero otras veces, dado lo estratégico de la batalla contra el enemigo, no puede. Y quizá a veces sus peticiones incluso no le ofrecían ninguna ventaja dado el curso que la batalla estaba tomando.

Pero la desafortunada familia en la casa de la playa no tiene esta perspectiva. Ellos solo saben que el capitán está de su lado, que sus peticiones han sido oídas y tomadas en cuenta, y que a veces son atendidas y otras veces no. Pero, sin la perspectiva estratégica, no tienen idea de por qué es este el caso. No tienen una visión que abarque todos los detalles de la batalla. Su perspectiva está limitada a las pequeñas ventanas de la casa.

Esto es, me parece, análogo a nuestra relación con Dios en nuestra actual condición caída. Sin duda que hay miles de millones de variables que tienen que ver con la interacción momento a momento de Dios con el mundo. Está su plan global para la humanidad y para el cosmos. Está el grado de libertad necesario para cada individuo, humano y angelical, con el cual contender. Está su plan para cada individuo. Está el número completo de fuerzas opositoras y fuerzas aliadas disponibles a considerar. Está la estrategia de la batalla en la cual participa. Está el grado en que él ha ordenado nuestra oración para que tenga consecuencias en el mundo. Y así por el estilo. ¡Y acerca de esto, sabemos menos que nada! Nuestra perspectiva es extremadamente miope. Sabemos infinitamente menos sobre la guerra cósmica en la que estamos envueltos que aquella familia en la casa de la playa de Normandía acerca de la batalla en que estaban atrapados.

En verdad, solo podemos saber esto: nuestro Capitán nos ama. Él quiere lo mejor para nosotros. Está a nuestro lado. Oye y es influenciado por nuestras peticiones, y cuando es posible promover lo bueno y evitarnos el dolor, lo hace. Pero en la guerra esto no siempre es posible —ni para Dios— ya que él tiene que cumplir con su más importante agenda que es amor y, por lo tanto, libertad.

Entonces, ¿por qué Dios no nos dejó a mamá? Sinceramente, papá, por a pesar de la opinión general de que este mundo está increíblemente afectado por la guerra cósmica, tengo que decirle que no tengo idea. La tendré algún día. «Ahora vemos de manera indirecta y velada, como en un espejo», dice la Biblia. Pero yo

creo que podemos ver lo suficiente como para saber que nuestras peticiones son tomadas en cuenta y seguir creyendo en la bondad y sabiduría del Capitán al que le estamos hablando. Y eso, creo, es mucho más importante, mucho más sanador, que conocer el mecanismo exacto de por qué nosotros y mamá, tuvimos que sufrir.

Espero que esto conteste el asunto que usted me ha presentado. Lo animo, papá, a que empiece a hablar a Dios, aunque sea para expresarle su rabia y disgusto con él. La Biblia está llena de oraciones como esa. Y Dios no se ha ofendido al escucharlas. Si se ofendiera, los que las dijeron no habrían hallado un lugar en su Palabra inspirada. Esta clase de oración quejumbrosa y furiosa puede ser para sanación en su vida. Si usted cree que Dios es una persona, debe creer que por lo menos escucha lo que usted está diciendo. Y decirle todo, lo que sea, es el principio de una relación con él.

Espero oír pronto de usted.

Con amor y esperanza,

Greg

CARTA 12

¿Por qué Dios se preocupa de nosotros, pequeñas criaturas humanas?

14 de enero de 1990

Querido Greg:

Me alegró que pudiéramos hablar por teléfono la semana pasada. Gracias de nuevo por la linda tarjeta y las flores para Jeanne y para mí. Espero que Alisha ya se haya recuperado de la gripe y que el resto de ustedes estén sobreviviendo al duro clima de enero por allí. ¿Cuándo van a decidirse a mudarse a un lugar donde no tengan que usar diecisiete capas de ropa la mitad del año?

Bueno, como te dije por teléfono, lo que dices sobre la oración creo que tiene sentido. Pero como dije, creo que ayudaría, cualquiera sea el propósito que el Todopoderoso tiene para la oración, que a lo menos ocasionalmente nos hiciera ver que nos escucha y que la oración tiene algún efecto positivo sobre las cosas. Entiendo eso de que no podría ser «una máquina distribuidora cósmica» pero creo que él está yendo en la dirección opuesta. Cuéntale de mi queja la próxima vez que hables con él.

En cualquier caso, me cuesta aceptar la idea de hablar con Dios, provisto que me molesta pensar que no somos el centro y ni siquiera importantes para lo que quiera que sea que él haga. Concedo que la fuerza todopoderosa detrás de la creación tiene características personales, pero sigo sin convencerme de que esto tenga algo que ver con nosotros. Su «agenda», como dices, parece tener que ver con alguien más en el universo. A mí me parece que somos un factor accidental en lo global de las cosas.

Hablas mucho de que Dios sufre por nosotros. ¿Pero por qué Dios habría de sufrir en la forma que dices que sufre por criaturas tan insignificantes como nosotros? Podría entender cómo la gente de la Edad

Media creía esto cuando se pensaba que la tierra era el centro de todo. Pero ahora sabemos que la tierra es un planeta pequeño e insignificante, en un relativamente pequeño sistema solar, en una galaxia relativamente pequeña que está localizada en alguna parte en particular en un universo incomprensiblemente grande. Entonces, ¿dónde está nuestra importancia? ¿Por qué no podría tener un propósito para el universo sin que nosotros seamos parte de él? ¿Hay algo que sugiera que somos importantes?

Tengo algunas otras preguntas en la mente, pero las dejaré para más adelante. Esto es todo por ahora.

Amorosamente,

Papá



4 de febrero de 1990

Querido papá:

Usted sigue pensando que los seres humanos son demasiado insignificantes para ser importantes en el esquema global de las cosas. Sospecho, papá, que usted está atrapado en el concepto generalizado que dice que lo pequeño, o lo poco, no es importante. Con frecuencia se piensa que porque somos tan pequeños en el cuadro físico global de las cosas, no podemos ser importantes en el cuadro espiritual de las cosas.

¿Qué nos lleva a pensar así? ¿Serán los elefantes más importantes que los niños recién nacidos, solo porque los elefantes son más grandes? ¿Será Júpiter más importante que la tierra debido a que es cien veces mayor? ¿Qué tiene que ver el tamaño en todo esto?

Yo creo que las características personales de Dios se manifiestan ampliamente en nuestra pequeñez. Así como admiraríamos a un rey muy rico que, por amor, está dispuesto a dejarlo todo por casarse con una hermosa campesina de la que se ha enamorado, el amor de Dios por nosotros se magnifica precisamente por nuestra pequeñez. La diferencia extraordinaria entre el que ama y el que es

amado habla de la naturaleza extraordinaria del amor del que ama. En este entendimiento, el amor de Dios luce «infinitamente extraordinario». Quizá esta sea una razón por la que nos hizo tan pequeños en el esquema físico de las cosas.

Pero me gustaría abordar su posición desde un ángulo diferente. Me parece que en su creencia de que Dios es personal pero no está personalmente interesado en nosotros hay cierta incongruencia. Usted está de acuerdo en que nuestras características personales solo pueden explicarse si nuestro Creador es personal, pero supone que quizá nuestra existencia personal no sea más que un accidente en la agenda total del Creador en cuanto a la creación. Sin embargo, la importancia de hablar de un Creador personal para explicar nuestras características personales deriva del hecho de que nuestras características personales (nuestras convicciones morales, nuestra razón, nuestro amor, etc.) no podrían ser producto de un accidente. ¿Ve el problema que se presenta aquí?

Permítame abordar este punto formulando unas cuantas preguntas diferentes. ¿No presuponen nuestras características personales imperfectas la existencia de un ser personal perfecto?

Por ejemplo, ¿no presuponen nuestras convicciones morales imperfectas la existencia de un modelo moral perfecto? ¿De qué otra manera podríamos enterarnos de nuestra imperfección? ¿Y no presupone nuestro razonamiento y conocimiento imperfectos la existencia de un «razonador» y «conocedor»? Si el Creador no es perfectamente moral y perfectamente conocedor, ¿con qué medida se va a medir su imperfección? Para mí, el Creador es, por definición, la definición de lo perfecto. Porque nada, por definición, hay sobre él. (A esto se le llama argumentos morales y epistemológicos en cuanto a la existencia de Dios. Yo los trato en el libro en el que estoy trabajando y que le mandé a usted, Trinity and Process. Pero por ahora lo voy a eximir de los detalles. Le prometí antes que trataría de mantenerme lejos de la filosofía hasta donde me fuera posible.

El quid de todo este asunto, papá, es que si nosotros, seres imperfectos, nos sentimos moralmente indignados por las injusticias que existen en nuestro mundo, ¿no se siente el Creador infinitamente más indignado? Si por amor y convicciones morales sufrimos por quienes sabemos que sufren en nuestro mundo, ¿no sufrirá infinitamente más el Creador? ¿No sería él menos moral, menos amoroso, menos conocedor que nosotros si este no fuera el caso? Pero si este fuera el caso, el efecto (nosotros) sería mayor que la causa (Dios), y eso es imposible.

La enormidad del cosmos, y nuestra pequeñez en relación con él, solo presentaría un problema en cuanto al amor y el cuidado de Dios si él mismo fuera un producto de eso (un efecto). ¡Pero Dios está detrás de todas las cosas! Su amor y cuidado son perfectos, por lo tanto, inextinguibles, y entonces cualquiera otra cosa que él tenga andando en el universo (y por todo lo que sé debe tener un montón), hay bastantes sobras para nosotros los «pequeños» seres humanos.

Por eso me resulta difícil suponer que la base de nuestras características personales no le preocupen personalmente a Dios.

Las implicaciones de esto para entendernos mejor son, creo, enormes. Esto significa, papá, que Dios lo conoce a usted perfectamente (mejor de lo que se conoce usted mismo). Eso significa que Dios lo ama perfectamente (más de lo que se ama a usted mismo). Y esto significa que a Dios le importan sus sufrimientos y sus convicciones morales perfectamente (más que lo que le importan a usted mismo).

También significa que tiene sentido el empezar a preguntarse qué tipo de relación quiere tener el Creador con nosotros. ¿Cuáles son sus propósitos con nuestras vidas? ¿Qué quiere de nosotros? ¿Qué podemos saber de él? ¿Se ha revelado a nosotros en alguna medida? Estas preguntas surgen naturalmente una vez que hayamos entendido que Dios ya está personalmente involucrado en nuestras vidas.

Y esto nos lleva a un último punto que quiero mencionar. Me atrevería a insistir, papá, que la historia muestra que es verdad lo que la razón dice que debe ser verdad. Yo mostraría el amor y el interés de Dios en nosotros no solo diciendo que lo demanda la razón sino que lo demuestra la historia. Las respuestas a las preguntas planteadas arriba —e.g., ¿dónde podemos encontrar más sobre Dios?— se encuentra en la historia de la persona de Jesucristo, y se encuentra en una forma que confirma todo lo que ya sabemos sobre Dios a través de la razón.

Si Dios es el ser perfecto y amoroso que nos cuida, tendríamos que suponer que haría cualquiera cosa para dar lo mejor a sus criaturas. Cualquiera cosa menos que eso sería menos que perfecto.

¡Y Cristo revela que eso fue exactamente lo que Dios hizo! Dios mismo se hizo hombre, como uno de nosotros, y sufrió una muerte horrible en la cruz del Calvario para rectificar todo lo malo que sus criaturas personales y humanas habían infligido a ellas mismas. Él ha hecho y está haciendo todo lo posible

(«posible» definido por los límites requeridos por su agenda global) por tenernos como humanos eternamente con él.

Esto no solo satisface la razón. También tiene una tremenda cantidad de evidencia histórica que lo respalda. La razón y la historia llegan a la misma conclusión: Jesucristo es Señor.

Dígame si ha seguido mi razonamiento en esta carta. Creo que ha sido bastante convincente, por lo menos para mí, pero también me doy cuenta que algunas partes pudieran ser difíciles de seguir. ¡Mucho me gustaría que lo entendiera todo!

Espero tener pronto noticias tuyas. Déjeme decirle de nuevo lo mucho que aprecio nuestro intercambio de correspondencia. Cuando usted finalmente se convierta (tengo fe ¿no?), nuestras cartas podrían dar forma a un libro. Todas sus preguntas merecen que los creyentes y los que no son creyentes las formulen.

Con amor, esperanza y mis mejores deseos,

Greg

Notas

¹ Mi padre y mi madrastra se divorciaron en 1970. Jeanne Boyd es mi segunda madrastra.

Parte II

Preguntas

sobre

Jesucristo

CARTA 13

¿Por qué creer en los relatos de los Evangelios?

24 de febrero de 1990

Querido Greg:

Son muy interesantes tus argumentos sobre la perfección de Dios. He estado pensando en eso y en un nivel me parecen convincentes, pero luego vuelvo a esta cuestión: ¿Podría imputársele a Dios que los seres humanos seamos tan insignificantes como para interesarle? ¿No podría alguien pensar que yo sería menos de lo que soy por aplastar con mi pie a una hormiga? Las hormigas no merecen consideración alguna, aunque indudablemente son importantes a sus propios ojos. Así también, en el esquema total de las cosas pareciera que para Dios los humanos son menos que lo que las hormigas lo son a nosotros. No creo que sea defecto de él. Quizá no valgamos mucho.

Pero tengo un problema más importante con tu última carta, especialmente en la parte final. Realmente me parece que vas al corazón mismo de muchos de mis problemas relacionados con el cristianismo. Los cristianos, especialmente los del tipo «nacidos de nuevo», están siempre citando la Biblia para respaldar sus creencias. Las presentan como verdades absolutas porque «la Biblia lo dice». Lo que yo puedo decir es, ¿qué autoridad le confirió a la Biblia esta sublime categoría?

Tú dices que la «historia» prueba que Dios nos ama, y enseguida citas la Biblia. No te culpo porque entiendo que es el único lugar donde puedes encontrar lo que sea respecto de Jesús. Pero eso me deja en una posición complicada, toda vez que, en primer lugar, yo no acepto la Biblia. No veo ninguna razón para dar un salto a ciegas y aceptar «a fardo cerrado» la veracidad de los Evangelios en los que basas toda tu fe.

De modo que si se me convenciera de que Dios se ocupa de nosotros, insignificantes hormigas, todavía me quedaría un largo camino para

creer que él se hizo como uno de nosotros, y lo mismo digo de las demás creencias cristianas.

Creo que es todo por ahora,

Con todo mi amor,

Papá



8 de marzo 8 de 1990

Querido papá:

Déjeme primero referirme a su analogía de la hormiga y luego a su objeción sobre citar la Biblia.

Usted aduce que así como un humano no es menos humano porque no se ocupa de las hormigas, Dios no es menos Dios porque no se ocupa de los humanos. Creo que su analogía es inteligente pero inexacta.

Quizá esté fuera de la capacidad de los humanos ocuparse de los insectos, pero eso es simplemente otra indicación de que somos imperfectos. Si fuéramos perfectos en amar, en preocuparnos de los demás, en ser sensibles, en conocimiento, etc., nos preocuparíamos de los insectos —y de cualquiera otra cosa en el mundo— y haríamos todo lo posible por promover sus cosas buenas y minimizar sus sufrimientos. Identificarnos, no solo con todas las demás personas, sino con todas las demás cosas.

Esto puede sonar gastado, pero vamos a comenzar con lo obvio y trabajar en esta área gris. La imperfección de nuestro amor se revela claramente en nuestra incapacidad, o falta de voluntad, de mucha gente de interesarse (digamos) en las personas a las que nunca han visto. Revela, además, en algunas personas la incapacidad de preocuparse por el bienestar de «animales superiores» como perros, gatos, monos. E incluso muestra en otros su incapacidad por ocuparse de la situación de los «animales inferiores» (e.g., aquellos que por buscar ganancias económicas matan especies de animales destruyendo bosques, contaminando el agua, etc.). ¿Dónde podemos trazar la línea para que el no interesarse no se tome como una imperfección? No creo que podamos.

Por lo tanto, si Dios nos tratara en la forma en que nosotros tratamos a las hormigas, no sería un ser perfecto. Pero, por muchas razones ya dadas, creo que está establecido que la existencia de Dios es la medida del amor, conocimiento y convicciones morales perfectas y por eso llego a la conclusión que él se interesa en nosotros (y en las hormigas).

Vamos ahora a su más fundamental objeción a que yo dé por sentado la autoridad de la Biblia cuando trato de demostrar que lo que dice sobre Jesús es verdad. Papá, cuando digo que la «historia» muestra lo que la razón exige, quiere decir precisamente eso: la historia. Quizá debido a sus anteriores encuentros con personas del tipo «nacidos de nuevo» haya asumido que me estaba refiriendo a la Biblia como «Palabra de Dios» cuando me refería a Jesús como Señor, pero no era así. Es verdad que casi todo nuestro conocimiento sobre Jesús viene de los Evangelios, pero eso no significa que me haya estado refiriendo a los Evangelios como Palabra de Dios. No. Me estoy refiriendo a ellos sencillamente como documentos históricos.

Déjeme llegar a la diferencia entre leer un documento como «Palabra de Dios» y leerlo como «historia». Cuando el mormón promedio lee el Libro del Mormón, lo está leyendo como Palabra de Dios. Acepta por fe que lo que el libro dice es verdad. Cuando yo leo el libro del Mormón, sin embargo, lo leo como historia. Yo no soy mormón. Lo uso solo como una fuente histórica. Aplico a esta obra el mismo criterio histórico que cualquier historiador aplicaría para evaluar cualquier documento de cualquier posible valor histórico. No asumo que es totalmente confiable. Solo invierto en él tanta confianza como los documentos mismos garantizan lo que queda demostrado por la capacidad que tienen de pasar los criterios históricos normales. (En esta luz, al Libro del Mormón no le va muy bien.)

Lo mismo ocurre, papá, con los Evangelios. No le estoy pidiendo que acepte a ciegas que son Palabra de Dios. Olvidémonos de esto por ahora. Sencillamente estoy diciendo que los vea como cualquier documento antiguo. Que le aplique a ellos el mismo criterio que los historiadores aplican a otros documentos antiguos cuando investigan la historia. Y mi argumento es que, cuando a los Evangelios se los trata según este criterio histórico les va muy bien y se puede estar seguro que darán buena información sobre Cristo Jesús, suficiente, de hecho, para saber que Dios estaba presente en él y actuando a través de él en una forma muy significativa.

¿Cuál es el criterio que aplican los historiadores a los documentos antiguos para determinar su valor histórico? Yo no soy un experto en ese campo y, en cualquier caso, el campo es demasiado amplio como para tratarlo con detenimiento en nuestro análisis. Pero la mayoría de estos criterios son solo sentido común aplicado a documentos históricos. Pueden dividirse en dos grupos: criterios internos y externos. Criterios «internos» son los criterios que se aplican dentro del documento bajo estudio. Criterios «externos», obviamente, son criterios que se aplican fuera del documento bajo consideración. Al avanzar podrá darse cuenta de las diferencias entre unos y otros. Estos criterios se expresan mejor a través de una serie de preguntas que los historiadores por lo general aplican a los documentos antiguos. Incluyo a continuación algunos de los más importantes, en ambas categorías, con una breve explicación razonada de cada uno:

Criterios internos

1. ¿Estaba el autor en posición de saber lo que estaba escribiendo? ¿Corresponde el relato al de un testigo ocular o está basado en relatos de testigos presenciales? ¿O está basado en tradición oral?

Si el documento no afirma que es el relato de un testigo presencial ni que está basado en testimonios de testigos o a lo menos que haya sido escrito desde la perspectiva de un testigo, su valor será probablemente menor que si correspondiera al testimonio de un testigo, aunque con solo hacer la afirmación no se puede tener plena seguridad que así sea en realidad (véase Criterio Externo).

2. ¿Contiene el documento en cuestión material específico y especialmente irrelevante?

Las fuentes de primera mano son típicamente abundantes en material, especialmente detalles, que no son centrales a la historia; los relatos inventados, en cambio, tienden a generalizarse.

3. ¿Contiene el documento material autodestructivo?

Si un documento incluye material que pudiera echar una imagen negativa sobre el autor, sobre los «héroes» de la historia o especialmente sobre la autenticidad de la historia, esa es una típicamente buena indicación de que el autor tuvo la verdad como motivo central para escribir.

4. ¿Es el documento razonablemente congruente en sí mismo?

Hay una coherencia con la verdad de la que las historias inventadas usualmente carecen, aunque las perspectivas diferentes en un mismo relato histórico por lo general incluyen algunas discrepancias menores.

5. ¿Hay en el documento evidencia de habérsele agregado elementos de leyenda?

Los cuentos increíbles tienden a abusar de la exageración. La presencia en un documento de datos bien exagerados sugiere una escritura posterior, lo que disminuye proporcionalmente la confiabilidad histórica del documento.

Criterios externos

1. ¿Habrán tenido los autores del documento algún motivo para inventar la historia que escribieron?

Obviamente, si se puede establecer el motivo que tuvo el autor para inventar el relato, la credibilidad del documento disminuye. A la inversa, si el autor no tenía nada que ganar o incluso nada que perder al escribir el relato, la confiabilidad del documento aumenta.

2. ¿Hay alguna fuente que respalde el material incluido en el documento o que de fe de su genuinidad?

Si el contenido de un documento puede, hasta cierto punto, confirmarse con fuentes ajenas al documento mismo, esto realza la credibilidad del documento (aunque el mismo criterio debe aplicarse también a las fuentes externas). Y si la autoría de un documento se puede, hasta algún punto, confirmar por fuentes externas, esto aumenta su credibilidad.

3. ¿Respalda o desautoriza la arqueología el material del documento?

Si los hallazgos arqueológicos pueden verificar cualquier material incluido en un documento, aumenta la confiabilidad de este. Por el contrario, si los hallazgos arqueológicos se oponen al documento, su credibilidad queda dañada.

4. ¿Podrían los contemporáneos del documento haber falsificado los relatos incluidos y, de haberlo hecho, ¿qué motivo pudieron haber tenido para hacerlo?

Si existieron personas que pudieron haber expuesto el contenido de un docu-

mento como una invención y tuvieron un motivo para hacerlo pero no lo hicieron, esto aumenta la confiabilidad del documento.

La pregunta ahora, papá, es la siguiente: ¿Hasta dónde resisten los Evangelios un examen a la luz de estos criterios? Mi opinión es que lo resisten extremadamente bien. Reconozco que esto puede ser un poco tedioso, pero le ruego que me siga mientras voy brevemente por cada uno. Esto es importante.

Interno # 1

Lucas, que no es un testigo ocular nos dice que está usando fuentes testimoniales oculares y que su intención es escribir ordenada y verazmente el relato de las cosas que tiene registradas (Lc. 1:1-4). Juan nos dice que es un testigo ocular y, los otros dos Evangelios, Marcos y Mateo, están escritos desde la perspectiva de un testigo ocular aunque no lo afirman explícitamente. Sencillamente lo asumen. Otras fuentes a principios del siglo segundo confirman que los autores de los Evangelios son Mateo, Marcos, Lucas y Juan. (Esto es un criterio externo # 2).

Interno # 2

Los Evangelios están llenos de detalles irrelevantes típicos de los relatos de testigos oculares. Déjeme darle un ejemplo (que es especialmente importante porque tiene que ver con la Resurrección). Lea con mucha atención Juan 20:1-8. He destacado los detalles irrelevantes.

El primer día de la semana (¿Importa cuándo?), María Magdalena (un detalle incriminatorio, vea el criterio siguiente) fue de mañana (¿a quién le interesa la hora?), siendo aun oscuro, al sepulcro; y vio quitada la piedra del sepulcro. Entonces corrió, y fue a Simón Pedro y al otro discípulo, aquel al que amaba Jesús (Juan es modesto cuando se refiere a él mismo; otra marca de autenticidad), y les dijo: Se han llevado del sepulcro al Señor, y no sabemos dónde le han puesto. (note en este punto su falta de fe). Y salieron Pedro y el otro discípulo, y fueron al sepulcro. Corrían los dos juntos; pero el otro discípulo corrió más aprisa que Pedro, y llegó primero al sepulcro (de nuevo la modestia de Juan. ¿A quién le interesa este detalle irrelevante?). Y bajándose a mirar (la entrada de

la tumba era baja, un detalle relacionado con las personas ricas que fueron las que intervinieron en el entierro de Jesús y que es respaldado por la historia), vio los lienzos puestos allí, pero no entró (¿por qué no? Detalle irrelevante). Luego llegó Simón Pedro tras él (de nuevo se repite la modestia), y entró en el sepulcro (la resolución firme de Pedro queda en evidencia en todos los Evangelios), y vio los lienzos puestos allí, y el sudario, que había estado sobre la cabeza de Jesús (detalle irrelevante e inesperado. ¿Qué cubría a Jesús?), no puesto con los lienzos, sino enrollado en un lugar aparte (¿podría algo ser más irrelevante y más inusual que esto, papá? Jesús doblando cuidadosamente antes de irse una parte de los géneros que habían usado para envolver su cuerpo!). Entonces entró también el otro discípulo, que había venido primero al sepulcro; y vio, y creyó (¿a quién le interesa el orden en que entraron en el sepulcro?).

Espero que capte lo que estoy diciendo. No hay absolutamente ninguna razón para incluir esta cantidad de detalles irrelevantes. No contribuyen en nada al desarrollo de la historia, excepto como parte de lo que realmente ocurrió; por eso es que el autor los incluye cuando recuerda los hechos. Los Evangelios están llenos de material como este.

Interno # 3

Los Evangelios también están llenos de detalles autoperjudiciales. Por ejemplo, en el relato de la Resurrección que acaba de leer, una mujer dice que es la primera en descubrir que la tumba estaba vacía. Pero solo podía perjudicar el testimonio de los primeros cristianos toda vez que en la cultura judía del primer siglo las mujeres eran tenidas por chismosas incurables. Ni siquiera podían testificar en las cortes (razón por la cual Pablo no incluye a ninguna mujer en su lista de personas en 1 Corintios 15 que vieron a Jesús resucitado). Además, a los discípulos se les describe siempre en una luz negativa. Y aun se incluyen aspectos de la vida de Jesús que, si la historia hubiese sido inventada para convencer a la gente de su mesianismo, se habrían excluido. Por ejemplo, estando en la cruz, Jesús clamó: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?» No es fácil aceptar que el Mesías haya dicho estas palabras, especialmente si se supone que el Mesías es divino. Es una afirma-

ción dura, pero esto, precisamente, prueba el punto. El único motivo que se pudo haber tenido para incluirlas en su relato es porque Jesús realmente las dijo.

Interno # 4

Los Evangelios presentan un cuadro coherente de quien es Jesús y lo que hizo, así como los acontecimientos que rodearon su vida. Si los cuatro relatos hubiesen sido inventados, ¿de dónde habría venido esa coherencia? Pero hay también diferencias importantes en cada relato, lo que muestra las relativas diferencias de sus perspectivas. Si todo fuera inventado, la coherencia sería mucho más grande de lo que es.

Interno # 5

C.S. Lewis fue profesor en Oxford y experto en mitología antigua. Una vez dijo: «como historiador de literatura, estoy perfectamente convencido que los Evangelios pueden ser cualquiera cosa menos leyendas. He leído una gran cantidad de leyendas y tengo bien claro que entre una cosa y otra no hay ningún parecido». Los Evangelios incluyen hechos sobrenaturales, pero los relatos que encontramos en los Evangelios no tienen ni un rasgo de mitología antigua. Son muy sobrios.

Volvamos ahora a nuestros criterios externos.

Externo #1

¿Qué motivo pudieron haber tenido los primeros discípulos para inventar historias sobre Jesús? Ellos decían creer en Jesús por sus milagros y su resurrección combinados con la clase de vida que vivió y las enseñanzas que dio. Y lejos de ganar algo con eso, más bien sufrieron fieras persecuciones. ¿Por qué habrían de mentir? ¿Hay algo sobre sus personajes que pudiera llevarnos a pensar que eran la clase de gente que puede engañar a otros? Que yo sepa, ningún erudito duda de la sinceridad de los discípulos.

Externo #2

Como dije antes, la autoría de estos Evangelios está respaldada por numerosas fuentes del siglo segundo, las que estaban en una mejor posición para saber que cualquiera hoy día. También podemos descubrir en antiguas fuentes seculares como Tácito (ca. 55-120), Suetonio (a principios del siglo segundo), Josefo (ca. 37-97), Tallo (mediados del siglo primero), Plinio (comienzos del siglo segundo), así como antiguos escritos judíos contra los cristianos (el Talmud) algunas cosas sobre Jesús y los primeros discípulos, que se ajustan bien con los Evangelios.

Externo #3

Aunque siempre ha habido arqueólogos que afirman que sus hallazgos se contraponen con algunos aspectos del relato bíblico de las cosas, vez tras vez estos hallazgos se han vuelto a favor de los relatos bíblicos. Para dar un ejemplo, hay quienes acostumbran sostener que el relato de Lucas sobre el nacimiento de Jesús fue inventado. Lucas dice que se iba a levantar un censo en todo el imperio durante el reino de César Augusto cuando Quirino era gobernador de Siria. María y José tuvieron que ir a Belén donde estaba el registro de nacimiento de José y que es el lugar donde nació Jesús. Pero sabemos por otras fuentes antiguas (p.e., Josefo) que Quirino fue gobernador desde el año 6 d.C. y no hay evidencia que se hubiera levantado hasta entonces un censo así. Por eso se asumía que Lucas tenía que estar en un error. Ahora sabemos, sin embargo, que los censos como el que menciona Lucas eran frecuentes, y que el reinado de Quirino el año 6 d.C. fue su segundo reinado. No sé de ningún hallazgo arqueológico concluyente que refute relatos bíblicos, pero sí sé de muchos hallazgos arqueológicos concluyentes que respaldan el relato bíblico, a menudo después que el relato bíblico ha sido acusado de error sobre la base de un hallazgo previo mal interpretado.

Externo #4

Finalmente, el cristianismo nació en un ambiente definitivamente hostil. De haberlo hecho, tendrían que haber sido contemporáneos los que refutaran el cuadro de Jesús que ofrece el Evangelio. En el siglo primero, los líderes del judaísmo tendían a ver el cristianismo como una secta perniciosa y se habrían

sentido felices si hubieran podido aplastarlo. Y esto habría sido fácil de hacer, si la «secta» hubiese estado basada en invenciones. Con solo exhibir el cuerpo sin vida de Jesús habría sido suficiente para extinguir el cristianismo de una vez y para siempre.

A pesar de esto, sin embargo, el cristianismo hizo explosión (en un sentido positivo). Los discípulos predicaron su Evangelio a gentes que habían sido testigos oculares de las cosas que ellos afirmaban que Jesús había dicho y hecho. ¿Cómo podrían haber inventado aquello? E incluso los que se declararon opositores del cristianismo no negaron que Jesús hubiera hecho milagros ni negaron que su tumba quedó vacía. Los hechos detrás del Evangelio no se cuestionan. Lo que se cuestiona es cómo se establecieron los hechos. Los opositores afirman que Jesús hizo lo que hizo mediante ardides, o por el poder de Satanás y que los discípulos se robaron el cuerpo de Jesús (vea criterio externo # 1).

Para resumirlo todo, papá, creo que tenemos una muy buena base para tratar los Evangelios como documentos generalmente confiables. Sin duda que son para nosotros buenas fuentes históricas. Y esto no tiene nada que ver con su calidad de «inspirados» o «Palabra de Dios»: estamos hablando de documentos históricos.

Frente a esta historia, es necesario tomar una decisión. Hay que ver a Jesús como un charlatán demoníaco que se reía de la fe de la gente (por lo que fue crucificado) o como el Señor que tanto él como sus seguidores declararon que era. Yo afirmo que solo esta última conclusión está fundada en la evidencia.

Bueno, le pido disculpas por esta carta tan larga. Pero el asunto tenía que abordarse. Mastíquelo y hágame saber lo que piensa. ¿Está bien?

Con sincero amor y esperanza,

Greg

C.S. Lewis, *God in the Dock* (Grand Rapids: Eerdmans Publishing Company, 1970), p. 158.

CARTA 14

¿No están los Evangelios llenos de contradicciones?

14 de abril de 1990

Querido Greg:

Lamento que me tardé en responderte, pero tu última carta me tomó más tiempo digerirla. ¿Cómo están tú y la familia? ¿No estás pensando en hacer una de tus locas ultramaratones este año? ¿Cómo les va a las niñas en gimnasia, atletismo, el coro y las otras seiscientas cosas en las que están involucradas?

Bueno, tu última carta me dejó bastante confundido. Como sospechabas, yo asumía que tú dabas por un hecho que lo que la Biblia decía era así y punto, para luego discutir conmigo sobre esa base. Pero luego me saliste con eso de los «criterios». Esta no es la forma en que se supone que usen la Biblia los creyentes tipo «nacidos de nuevo».

Leí tu carta varias veces y he pensado mucho en lo que dices. A continuación algunas de mis reflexiones.

Primero, no veo cómo alguien puede basar su fe en cuán bien un cierto documento llena los criterios históricos porque todo esto no es más que suposiciones. Nada es cierto. Pero ¿no es tu fe algo de lo que estás totalmente seguro? La mayoría de los cristianos que he conocido están tan seguros que tienen la razón —en todos los puntos— que hay poco sentido en analizar las cosas con ellos.

Segundo, «vendiste» muy bien los Evangelios, pero habiendo sido yo mismo un vendedor, no creo que esta sea toda la historia. Es cierto que no soy un experto en Biblia, pero he leído a una buena cantidad de eruditos bíblicos que no son fundamentalistas y que no creen que los Evangelios tengan mucho valor histórico. Leí en *Time* que hay un comité de eruditos del Nuevo Testamento que se reúnen una vez en el año y votan sobre si los dichos atribuidos a Jesús en los Evangelios son realmen-

te suyos. Ni siquiera hemos sabido lo que realmente enseñó Jesús, pero tú estás tratando de decirme que confíe en estos escritos que me dicen que Jesús era el Omnipotente mismo en la tierra.

Además de estas líneas tuyas, he leído en alguna parte de una cantidad de estudiosos que creen que los Evangelios y la mayor parte del resto de la Biblia son compilaciones de fuentes anteriores. Si esto es así, ¿no contradice esto la teoría de que toda la Biblia ha sido «divinamente inspirada»? También se dice que los Evangelios están llenos de contradicciones, que el orden de los acontecimientos no es el mismo en cada uno de ellos, que las enseñanzas de Jesús se hallan en contextos diferentes, cosas por el estilo. Para mí, esto atenta contra su confiabilidad histórica.

Finalmente, aun si estos Evangelios son seguros al punto que aprueben tus pruebas históricas, esto no significa que sean completamente confiables. Si fueron tomados como partes separadas de fuentes anteriores, como dicen los eruditos liberales, quizá algunas de estas primeras fuentes sean confiables, pero mezcladas con ellas hay una cantidad de cuentos y leyendas acerca del hombre que se han escrito. Las exageraciones siempre son grandes, pero siempre hay un elemento de verdad en ellas.

Por eso para mí todo el esfuerzo por hacer que los Evangelios parezcan auténticos me parece muy dudoso. No es algo a lo que quisiera apostar mi vida.

Da mi amor a Shelley y a las niñas. Espero saber pronto de ti.

Con el amor de siempre,

Papá



26 de abril de 1990

Querido papá:

Qué bueno saber de nuevo de usted. La familia aquí está muy bien. Las niñas están participando mucho en gimnasia y creo que están progresando bastante.

Por estos días no manifiestan mucho interés en correr, así es que yo salgo solo. No he tenido mucho tiempo de entrenar, pero si logro mejorar mi marca, me gustaría participar en el Campeonato Mundial de los 100 kilómetros este año. Se va a efectuar por primera vez en la historia en los Estados Unidos, y tendrá lugar precisamente aquí, en Minnesota; así es que es una oportunidad que no me gustaría perder.

Vamos ahora a su carta. Espero que tenga una copia porque me gustaría referirme a ella punto por punto.

Primero, pregunta sobre la relación entre mi fe y todo eso de la credibilidad de los Evangelios. Mi fe no se sostiene sobre la credibilidad demostrable de estos documentos en cada detalle sino en su credibilidad global. El Jesús con el que me relaciono personalmente no puede ser totalmente diferente del Jesús de la historia como lo muestran estos documentos, de otra manera «mi Jesús» no sería el Jesús que yo creo que es. La seguridad que tengo sobre la verdad de mi fe se vincula tanto con mi experiencia de Cristo en la adoración como con mi investigación de los relatos del Evangelio que, para mí al menos, han demostrado ser por lo menos en lo general dignos de confianza. La fe es una relación de amor y de confianza con Cristo, algo que va más allá de una imposición de antiguos documentos. Pero no está divorciada de esta contribución histórica. Es más como nuestra relación con otros. Su relación con Jeanne, por ejemplo, va más allá de la información real que usted tiene de ella, aunque le habría resultado difícil relacionarse con ella sin esa información.

Segundo, usted me hace algunas preguntas sobre el armado y la coherencia de los Evangelios, y si es posible saber con seguridad lo que Jesús dijo. Es verdad que la mayoría de los eruditos creen que los autores de los Evangelios utilizaron fuentes orales y escritas cuando compusieron sus relatos. Lo acepto completamente. La evidencia es irrefutable. Pero no veo nada radical o «liberal» en esto. Lucas, después de todo, nos dice él mismo que está utilizando las fuentes de las que puede disponer (Lucas 1:1-4). No veo cómo esto podría disminuir la credibilidad de los autores. De hecho, más bien creo que realza su credibilidad porque los vincula con la preexistencia material que nos acerca aun más a los hechos originales a los que se están refiriendo. Cuando quiera que haya sido que compusieron sus Evangelios (probablemente entre los años 50 y 70 d.C.) la evidencia demuestra claramente que en alguna medida utilizaron material que estuvo circulando por algún tiempo antes de esas fechas. Y mientras más cercano el

material de un documento es a los acontecimientos de los cuales habla, más sólida es su afirmación de que se trata de hechos auténticos.

También es verdad que el orden de los acontecimientos en todos los Evangelios varía bastante, pero tampoco lo veo como algo que desmerezca su credibilidad. Papá, los Evangelios no están intentando, de manera alguna, dar solo una información biográfica de la vida de Jesús. No se escribieron para satisfacer una curiosidad histórica. Se escribieron para salvar personas trayéndolas a una relación con el Salvador. Cada uno presenta un cuadro del Cristo histórico —una pintura impresionista si usted quiere—, y por eso acomodan su material para dar forma al tema de su pintura. Como un sermón bien estructurado, cuentan la historia mostrando por un lado lo que históricamente ocurrió y, por el otro, buscando que la historia tenga un impacto en su audiencia. O, para usar una analogía diferente, los Evangelios son como una canción que en su letra comunica información, pero que lo hace de tal manera que se produce una comunicación cognitiva: el corazón es tocado y transformado también.

Nada de esto disminuye, en mi opinión, la confiabilidad general de los Evangelios. Todas las obras históricas de este período fueron escritas en la misma manera. Esto solo quiere decir que no podemos conocer con seguridad el orden exacto en el cual los acontecimientos en la vida de Jesús tuvieron lugar (aunque sin duda se puede discernir un orden general). ¿Pero qué diferencia haría esa información?

Lo mismo podría decirse de las palabras de Jesús. Los Evangelios varían un buen poco en cuanto a lo que Jesús dijo exactamente y cuándo, exactamente, lo dijo. Pero esto solo muestra que los escritores no eran personas del siglo veinte, preocupadas con la exacta forma de decir las cosas. Para comunicar lo que entendían que era lo que la audiencia necesitaba recibir, parafrasearon en sus propias palabras a Jesús. Esto sencillamente muestra cuán ricas eran las enseñanzas de Jesús. Los Evangelios hacen lo que ninguna cámara fotográfica o de grabación jamás podría hacer: presentan a sus lectores la importancia teológica y personal de la vida y enseñanzas de Jesús. Se diría que no lograron este propósito si se hubieran propuesto adherir a criterios de confiabilidad literal tipo cámara fotográfica o de grabación del siglo veinte.

Hasta donde me preocupa, el intento de los estudiosos de tener las palabras exactas de Jesús —a través de una votación— es fútil e innecesario. Es igual al

esfuerzo de los fundamentalistas de querer armonizar perfectamente y en exactamente la misma forma todo lo que contienen los Evangelios.

Lo mismo se aplica a su observación de que los Evangelios están «llenos de contradicciones». Casi todas las supuestas contradicciones en los Evangelios son el resultado de personas que no saben manejar los Evangelios, es decir, que los tratan como obras del siglo veinte con el criterio de verdad de la cámara fotográfica o de grabación. Pero si se leen de acuerdo con su contexto del siglo primero y teniendo en cuenta el propósito con que se escribieron, las «contradicciones» desaparecen. No porque se logró explicarlas, sino porque al momento llegan a ser totalmente irrelevantes.

Por eso, papá, mantengo mi creencia de que los Evangelios son confiables. Quizá haya muchas cosas en las que nuestra curiosidad histórica no pueda sentirse satisfecha. Pero, con todo, nos dicen lo que necesitamos saber lo que nos obligan a dar respuesta a una pregunta crucial: ¿Quién fue Jesucristo? Y con esta pregunta, viene una decisión: ¿Fue un lunático, fue un mentiroso o fue el Señor que sus seguidores proclamaron que era? La evidencia que actúa sobre la mente, y el Espíritu de Dios que actúa sobre el corazón, apuntan a la última de estas alternativas como la única respuesta posible.

Piense en eso, papá.

Le guste o no, sepa que estoy orando mucho por usted.

Le amo,

Greg



CARTA 15

¿Quién escribió los Evangelios, y cuándo?

3 de mayo de 1990

Querido Greg:

Qué bueno que todo esté caminando bien por tu casa. Manténme informado sobre tus planes de participar en la carrera de que me hablas. Estoy especialmente interesado y preocupado en cuanto a tu participación en esa competencia de 100 kilómetros. Correr una distancia tan larga puede no ser bueno. Y el que lo encuentres divertido está más allá de mi comprensión. Es casi como si alguien me hiciera una descripción del infierno.

Pero, nuestro debate continúa. Te tengo que decir que todo esto me resulta muy complicado. Hablar de Dios no me es difícil, pero estas cuestiones históricas me son un enredo. Me cuesta mirar cualquiera parte de la Biblia a través de este enfoque histórico. Me sorprende oírte aceptar que los Evangelios tienen todas esas diferencias, que quienes los escribieron usaron fuentes anteriores, etc. Yo siempre pensé que ustedes veían este «Libro Santo» como algo venido del cielo, perfecto en todos sus detalles, «inerrante» como dicen los bautistas del sur. ¿Crees eso?

En cualquier caso, veo lo que estás tratando de exponer y lo encuentro muy interesante. Pero esta es mi objeción del día: ¿Cómo puedes estar seguro de cuándo se escribieron estos libros y cómo puedes estar seguro de quiénes los escribieron? Dado que han ido pasando de mano en mano por tanto tiempo, ¿cómo podrías estar seguro que tienes los Evangelios originales? Quizá han sido «adulterados» en el camino.

Sospecho que tienes una respuesta para esto. Dámela.

Te quiere mucho,

Papá

23 de mayo de 1990

Saludos de nuevo, querido papá:

¡Sí, el debate continúa! Y ya entramos en materia.

Me pregunta cómo puedo creer que la Biblia es inspirada y tratarla en la forma histórica en que lo hago. Estoy de acuerdo con usted, papá, en que muchos tratan la Biblia como si hubiese caído del cielo, pero yo creo que este es un concepto equivocado que no tiene nada que hacer con la inspiración. Aunque creo que la Biblia es inspirada e incluso infalible, es también claro que se trata de una colección de libros escritos por humanos en la misma forma en que se han escrito otros libros. Cuando digo que la Biblia es «inspirada» estoy expresando mi convicción de que Dios trabajó a través —no sobre— del proceso histórico que trajo la Biblia a existencia. Por tanto, no veo ninguna incompatibilidad en creer que la Biblia es la Palabra de Dios y también analizarla en la misma forma histórica con que se podría analizar cualquiera otra obra de historia.

Tengo varias razones para creer que la Biblia es inspirada y, en algún momento, vamos a tener que hablar de esto. Pero creer que la Biblia es inspirada, a mi juicio, no es tan central a lo que es el cristianismo como creer que Jesucristo fue Dios encarnado y puede ser el Señor y Salvador de nuestra vida. La salvación es un asunto de estar unido a Cristo, no a la Biblia. Es más, pienso que creer que la Biblia es inspirada es solo una consecuencia (no la base) de confesar a Cristo como el Señor de mi vida.

Vamos, ahora, a su pregunta sobre fechas y autorías de los Evangelios. Como el asunto de probar la autenticidad de documentos antiguos, esto también puede ser un proceso complejo y tedioso. Por eso, intentaré tratarlo lo más sencillamente que pueda.

Primero, déjeme decirle que nada realmente importante para el cristianismo depende de qué bien pueden defenderse las fechas y la autoría apostólica de los Evangelios. Es decir, aun si los Evangelios hubiesen sido escritos por otras personas que no fueran los discípulos a quienes están atribuidos o en una fecha posterior a la que tradicionalmente se maneja, se puede demostrar su credibilidad sobre numerosos otros terrenos (algunos de los cuales mencioné en mi carta an-

terior). De modo que si incluso se pudiera probar sin ninguna duda que los Evangelios se escribieron al puro final del siglo primero por personas desconocidas todavía consideraría su descripción de Jesús como suficientemente confiable para que me dijera: hubo un judío a comienzos del siglo primero que se declaró divino y cuya vida, enseñanzas y obras milagrosas —incluyendo una resurrección de la muerte— fueron suficientes para convencer a judíos ortodoxos (cuyo completo sistema de creencias estaba contra cualquier humano que afirmara ser divino) que lo que decía era verdad. Pero todavía estaría forzado a decidir si el rabino del siglo primero llamado Jesús fue un hábil charlatán (pero a la vez que hábil, estúpido, por haberse dejado crucificar) o si en realidad decía la verdad. Aun si se llegara a aceptar una fecha posterior para los Evangelios, hay demasiadas evidencias que respaldan la credibilidad general de estos documentos para desechar, así no más, a la persona de Jesús. Aunque la fecha en que fueron escritos fuera tardía, el material que contienen no lo es.

De todos modos, si es posible demostrar una fecha temprana y la autoría apostólica de los Evangelios, tanto mejor. Y esto, creo, puede demostrarse con una certeza razonable. La clave para ubicar a los Evangelios en el tiempo, papá, es la fecha en que se escribió el libro de Hechos. Casi todos los eruditos, liberales y conservadores, creen que Hechos vino después de los Evangelios (con la posible excepción de Juan). Los evangelios sinópticos, pues, no podrían ser fechados después de Hechos. Entonces, ¿cuál es la fecha que tenemos para Hechos? Yo diría que debe ubicarse en algún punto de los años 60 del siglo primero. Le doy algunas de mis razones.

1. Lucas (el autor ampliamente aceptado de Hechos) no menciona la caída de Jerusalén en el año 70 d.C. Esto sería algo muy importante si Hechos se hubiese escrito después de esa fecha, especialmente porque a través de todo Hechos, Lucas manifiesta especial interés en todo lo que pudiera ocurrir en Jerusalén. De hecho, papá, Lucas no menciona la guerra que se produjo entre judíos y romanos en el año 66 d.C., guerra que llevó a la caída de Jerusalén, a pesar de que en su obra habla de las relaciones romano-judías. Por ejemplo, menciona la pequeña escaramuza que ocurrió entre ellos en el año 44 d.C. ¿Pero cómo podría pasar por alto la guerra mucho más importante que ocurrió 22 años después, una guerra que terminó con la destrucción del templo judío y el saqueo de toda Jerusalén?

Lo realmente clave en este punto es el hecho de que Jesús, en el Evangelio de Lu-

cas, profetiza que Jerusalén caería (Lucas 21). Es, me parece, más improbable suponer que Lucas haya desperdiciado esta oportunidad de mostrar cómo se había cumplido esta profecía, especialmente si se considera que uno de los propósitos de Lucas al escribir Hechos fue, en primer lugar, mostrar cómo el trabajo del Espíritu en la iglesia primitiva continúa y cumple el ministerio de Jesús.

Por cierto, todos los Evangelios registran la profecía de Jesús contra Jerusalén. Ahora bien, los estudiosos liberales, que no creen en nada sobrenatural, dicen que esto muestra que los Evangelios tienen que haber sido escritos después de la caída de Jerusalén (una importante razón para fechar los Evangelios en un tiempo posterior). Si ese fue el caso, los autores de los Evangelios pusieron en boca de Jesús una profecía que este nunca hizo. Pero lo que es interesante observar aquí es que en todos los Evangelios la caída de Jerusalén está conectada estrechamente con el fin del mundo (Lucas 21; Mateo 24; Marcos 13). Esto crea problemas de interpretación porque, obviamente, el mundo no terminó con la caída de Jerusalén (no se preocupe, hay una respuesta para eso). Pero el problema en el texto origina una dificultad aun más seria para los liberales. Si los autores de los Evangelios hubieran inventado una profecía de Jesús sobre Jerusalén después del hecho, sin duda no habrían inventado una conexión entre eso y algo que sabían que no había ocurrido, es decir, el fin del mundo. ¿Ve lo que quiero decir?

Así es que llego a la conclusión de que la profecía de Jesús sobre la caída de Jerusalén en el año 70 d.C. tuvo que haber sido escrita antes del año 70 d.C. Lucas la habría mencionado en el libro de Hechos como algo cumplido, y ninguno de los autores la habría conectado con el fin del mundo si, en realidad, lo hubieran escrito (inventado) después de esta fecha.

2. Hechos no menciona la persecución de Nerón contra los cristianos a mediados de los años 60 d.C. Es más, la postura del autor sobre el gobierno romano es positivamente conciliadora. Esto nos indica que debemos poner el documento en un tiempo cuando el gobierno romano no era hostil a los cristianos; es decir, un tiempo anterior a Nerón.

3. En Hechos, Lucas no menciona el martirio de Pablo (año 64 d.C.) y de Pedro (año 65 d.C.) aunque se interesa mucho en describir el martirio de algunos líderes cristianos «menores» como Esteban y Santiago. Esto es especialmente notable porque la mitad del libro de Hechos se refiere a Pablo y una gran parte está

dedicada a Pedro. Es imposible mencionar que Lucas no haya mencionado sus muertes si escribió su obra con posterioridad a tales sucesos.

4. Muchos de los asuntos que se tratan en Hechos son importantes antes de la caída de Jerusalén, pero no después. Esto refleja las necesidades e intereses de la audiencia, una audiencia que claramente todavía no había experimentado la caída de Jerusalén.

5. Las personas y los hechos que Lucas registra y que tienen que ver con el Imperio Romano han sido vez tras vez verificados por la arqueología. Lucas manifiesta un detallado conocimiento de la primera parte del siglo primero, un conocimiento que difícilmente habría tenido si este documento se hubiera producido en una fecha posterior.

6. Lucas usa expresiones en Hechos que eran ampliamente usadas en los primeros tiempos del cristianismo, pero no después del año 70 d.C. A Jesús, por ejemplo, se le llama «el Hijo del Hombre», pero este título dejó muy pronto de usarse en los círculos cristianos, reemplazado por «el Hijo de Dios».

Por tanto, yo diría que Hechos no se escribió más allá de mediados de la década del año 60 d.C., si no un poco antes. El Evangelio de Lucas se escribió antes que Hechos —ambos conforman una obra de dos volúmenes— y Lucas, reconocido casi universalmente, se escribió después de Marcos. También se sostiene, por una cantidad de buenas razones, que Mateo y Lucas son casi contemporáneos. Una razón para suponer esto es que ambos utilizaron Marcos, aproximadamente en la misma forma, y ambos utilizaron otra fuente (llamada «Q») en más o menos igual forma. Por todo esto, la fecha de estos tres Evangelios, llamados Sinópticos, debe ubicarse antes de mediados de la década del 60 d.C.

Las implicaciones de todo esto, papá, son importantes. Aquí tenemos documentos que fueron escritos no más allá que tres décadas después de los acontecimientos que relatan. Para cualquier patrón histórico, esto es un período muy breve. En realidad, no hubo tiempo para que los hechos se transformaran en leyenda. Los testigos oculares, especialmente los que eran hostiles al mensaje del Evangelio, todavía estarían vivos y viviendo posiblemente en los mismos lugares donde estas obras estuvieron circulando. (Los Evangelios, pues, surgen de una realidad comprobable). Y mucho del material que se incorporó en los Evangelios está muy próximo a los acontecimientos que registran.

Todo esto, combinado con la evidencia de confiabilidad que le presenté antes,

requiere que veamos los Evangelios como documentos confiables, a lo menos en términos generales.

En cuanto a su autoría, permítame señalar tres puntos muy breves. Primero, la autoría del Evangelio de Lucas y Hechos no es muy cuestionada. Es, como los documentos mismos lo dicen, y como algunas primeras fuentes lo confirman, Lucas. El caso de la visión cristiana de Cristo se podría fundamentar solo en esto.

Segundo, la autoría de los otros tres Evangelios la confirman temprano en el siglo segundo personas que estaban en posición de saberlo. Estas personas querían saber porque ellos, en su tiempo, eran perseguidos e incluso martirizados por su fe. Y nadie está dispuesto a morir por una mentira.

Tercero, Esta primera tradición compagina con casi todo lo demás que conocemos sobre estos Evangelios: por todas partes reflejan las perspectivas de personas muy cercanas a los acontecimientos allí registrados. Para agregar una cosa más a la evidencia que ya le he dado, se puede ver a través de los Evangelios Sinópticos (Juan parafrasea mucho más) un estilo «reconocible» de la enseñanza de Jesús. Aunque hasta cierto punto sus enseñanzas fueron reescritas, su forma única de enseñanza se percibe en los tres. Por ejemplo, a menudo él usa un patrón triple para su enseñanza. Usa «amén» (= en verdad) en una forma única. Hace preguntas en una manera diferente, etc. Si los autores no hubiesen estado asociados con Jesús, y si todo fuera un invento de ellos (¿por qué habrían de querer hacerlo?) se podría explicar esta comunidad entre los autores.

Acepto que nada de esto constituye certeza absoluta. Pero si alguien va a negar esta autoría, la carga de las pruebas cae sobre ellos y tendrán que mostrar por qué estas primeras tradiciones son inexactas y cómo estos documentos erróneamente llegaron a ser atribuidos a estos autores. Y esto nadie lo ha hecho, a lo menos a mi satisfacción.

Mi caso, entonces, queda como sigue. Tenemos en nuestras manos documentos que muestran, con seguridad razonable, a una persona que dijo ser divino y que sostuvo su afirmación con suficiente fuerza para echar abajo completamente la teología de su audiencia judía. Los convenció de que él era, en verdad, el Señor sobre la tierra, el Mesías, el Salvador del mundo. ¡Nada insignificante! Y la forma en que hizo esto, lo vemos en los Evangelios y en las Epístolas, fue viviendo una vida y realizando obras que ningún hombre ordinario podría haber hecho.

Especialmente sus milagros y su resurrección convencieron a los que habrían de seguirle que tenía que tratarse de «el Hijo de Dios».

La pregunta con la cual estos documentos nos confrontan es: ¿Quién decimos nosotros que es Jesús? Si no es quien él y sus seguidores dicen que es, ¿quién es?

Papá, hemos llegado al punto de nuestra charla en que tanto usted como yo creemos que Dios existe, y que es un ser personal que nos conoce, que nos ama y que se preocupa de nosotros más de lo que nosotros mismos nos preocupamos. Entonces la pregunta que le hago es esta: ¿No «encaja» este testimonio de los Evangelios? ¿No le parece que la proclamación de que «en Cristo, Dios estaba redimiendo al mundo» (2 Corintios 5.19, paráfrasis mía) no solo compagina con la evidencia histórica sino también con esta visión de Dios? ¿No le parece que esta proclamación confirma el anhelo del corazón en la misma forma en que responde las preguntas de la mente? Espero que piense en esto y (¿quién sabe?) Quizá ore también por esto.

Le pido disculpas por haberme alargado tanto, pero es su culpa por hacerme estas preguntas. Si usted ya estuviera convertido, no tendríamos que tratar estas cosas. Estoy bromeando. En realidad disfruto escribiéndole porque me hace pensar mucho. Solo me preocupa que esté agotando su paciencia con cosas tan técnicas. Perdóneme. Pero no sé en qué otra forma podría contestar a sus preguntas.

Espero su respuesta.

Con amor y esperanza,

Greg

CARTA 16

¿Cómo puedes creer que un hombre se haya levantado de entre los muertos?

29 de mayo de 1990

Querido Greg:

Encuentro tu enfoque del tema de Jesús y la Biblia tan extraño como extraña es tu opinión de Dios. ¿Dices que para ti, creer en la Biblia viene después de creer en Jesús? Esto es todo lo contrario de lo que siempre he asumido pero veo adónde quieres llegar. Y luego está la forma en que entiendes la inspiración. Esto es completamente diferente a lo que he oído siempre. ¿Hay otras personas allí en Bethel que creen como tú? ¿O eres tú un liberal excéntrico entre fundamentalistas?

En cualquier caso, Greg, me ha parecido bastante convincente eso de que los Evangelios tienen una buena cantidad de material confiable de primera mano. La defensa de tu caso me ha impresionado. Pero no me has probado que estas obras sean confiables en todos los aspectos (y tampoco mostraste cómo el Evangelio de Juan es confiable en todo sentido). Por eso el punto que tengo que señalar en respuesta a tus argumentos es algo que ya he mencionado antes. ¿Cómo evitar suponer que haya algunas buenas «leyendas» entrelazadas en el material histórico de los Evangelios, así como hay «leyendas» entrelazadas a través de toda la Biblia?

No estoy negando la «credibilidad general» de los Evangelios ni estoy negando que Jesús haya hecho «sanidades por fe», lo que también se ve en otras religiones, pero es posible que las historias hayan crecido tanto y tanto hasta el tiempo en que se escribieron los Evangelios que esto hizo que se creyera que él era el Salvador del mundo. ¿No es esto mismo lo que les ocurre a personas singularmente notables? Tú sabes que también se cuentan historias milagrosas de Buda y Mahoma.

En el centro de este asunto se encuentra un problema fundamental que



yo tengo con todo este asunto del cristianismo. Cada persona muerta que he conocido ha seguido muerta. Pero los cristianos dicen que Jesús se levantó de la muerte. Me estás pidiendo que tire por la borda toda esta evidencia que yo (y cualquiera otra persona que haya vivido) tengo de que la gente permanece muerta por la «confiabilidad general» de ciertos documentos antiguos acerca de los cuales no sé mucho. ¿Le creerías a una persona «generalmente confiable» que hoy te dijera que un amigo suyo se levantó de la tumba?

No sé por qué los discípulos *pensaron* que Jesús se había levantado de la muerte, pero me parece que cualquiera explicación es mejor que dar por hecho que realmente resucitó. Quizá los discípulos tuvieron alucinaciones. Eso pasó en Fátima y he oído que ha pasado en otros lugares. La gente ve cosas fantásticas, especialmente los que son religiosos fanáticos. ¡Ahí tienes a Oral Roberts! O quizá alguien se robó el cuerpo, quizá algunos traviesos. O quizá Jesús inventó de alguna manera todo el embuste. Es lo que dice Schonfield en *The Passover Plot*. Yo en realidad no sé. Pero no creo en la historia de que él se apareció después de la muerte con todos esos ángeles y cosas.

Bueno, me preguntas al final de tu carta quién creo yo que fue Jesús. Es una pregunta para la cual no tengo una respuesta definitiva. Pero de una cosa estoy seguro. Quienquiera que haya sido, ya no está. Ha muerto.

Quizá hayamos caído en un atolladero, Greg, porque creo que lo que he venido objetando hasta aquí es simplemente un artículo de fe, y la fe es la única cosa de la que carezco. Créelo o no. Esto va más allá de «la confiabilidad general» de cualquier documento antiguo.

¡Ahora el que se habrá cansado eres tú! Hemos venido manteniendo esta relación de cartas por más de un año y a pesar de todos tus argumentos intelectuales, que de verdad admiro, no creo que esté mucho más cerca de aceptar tu fe de lo que estaba al principio. En cierta forma, mi opinión de Dios ha cambiado, y claro, ahora estoy mucho mejor informado.

Sé lo que tienes que ser, te quiero,

Papá

16 de junio de 1990

Querido papá:

Espero que todo vaya bien por esas tierras calurosas. Usted se puede reír de nuestros inviernos congelantes, pero nosotros nos reímos de sus veranos. Veo la clase de calores que están teniendo. Supongo que usted sale lo menos posible fuera de casa en el verano, tal como lo hacemos nosotros en invierno. Ah, no hay duda de que este es un universo caído. No hay Jardín del Edén donde no haya alguna estación u otra cosa que atormente nuestras pobres almas.

Bien. Vamos a hablar de teología. He separado toda la tarde de hoy para escribir esta carta porque creo que va a ser mi obra maestra para usted. Quiero hablar de la Resurrección y este es, me parece, el tema más crucial que podemos analizar usted y yo.

Déjeme primero referirme a su preocupación de que me esté cansando de su escepticismo. ¡Olvidelo! Admiro la fuerza de su carácter y la agudeza con que plantea sus preguntas y sus objeciones. ¡En realidad me gusta! Más allá de mi interés personal en el tema, disfruto el diálogo con usted sobre las cosas más importantes de la vida. Nunca antes habíamos hablado como lo hemos estado haciendo ahora.

Pero también sé algo que usted no sabe y esto alimenta mi fuego. Usted, papá, es un hombre marcado. Dios tiene su número. Él le ama apasionadamente y quiere que estén juntos por toda la eternidad. Y a pesar de todas las objeciones que usted tiene en su mente respecto al programa de Dios, él sabe que su corazón es dócil. Mi trabajo es sencillamente aclarar hasta donde me sea posible los asuntos intelectuales para que así él tenga acceso libre a su corazón. Y creo que él lo está logrando, poco a poco, con cada carta.

Esta confianza, combinada con mi amor y preocupación por usted, me inspiran a seguir adelante. Llámelo instinto visceral, pero estoy seguro de que usted va a

ser salvo. Quizá no se dé cuenta y quizá las evidencias por ahora sean muy pequeñas. Pero cuando oro por usted se apodera de mí una gran confianza. Es el Espíritu de Dios, el mismo Espíritu que está quebrantando su corazón escéptico. Es probable que esto que le digo le suene cursi, pero a mí no me incomoda. Estoy convencido que algún día va a mirar atrás y verá que yo tenía razón. En cualquier caso, no necesita preocuparse de que me esté cansando porque no es así.

Entremos ahora en materia sobre el asunto de la Resurrección.

Primero, usted dice que la Resurrección es sencillamente «un artículo de fe» que uno puede o no creer. Y sospecha que aquí hemos tenido una especie de jaque mate. No lo creo. Por supuesto, creer en la Resurrección es más que una hipótesis teórica sobre un acontecimiento histórico, pero eso no significa que no tenga nada que ver con una hipótesis acerca de un acontecimiento histórico. El hecho ocupó un lugar en la historia y, por lo tanto, debe indagarse con criterio histórico como cualquier otro acontecimiento supuestamente histórico. Para creer en la Resurrección de Cristo se necesita algo más que evidencia. También creo que el Espíritu de Dios tiene que trabajar en el corazón de las personas, pero esto no significa que esta creencia pueda o deba considerarse separadamente de la evidencia histórica. Cuando se trata de la verdad, la mente y el Espíritu trabajan en armonía.

Sé que no me debo preocupar por el trabajo del Espíritu para convencer a su corazón (yo no soy el Espíritu Santo), pero de todos modos me preocupo por lo que respecta a mi propio empeño en convencer su mente. Así es que me gustaría que hablemos sobre la evidencia de la Resurrección. No es simplemente «un artículo de fe». Es un artículo de fe que se entrecruza con razonamiento histórico.

Segundo, usted tiene razón cuando dice que si bien demostré la «credibilidad general» de los Evangelios (excluyendo Juan, pero esa es otra historia muy interesante que no tiene puntos pendientes), no probé que los Evangelios eran confiables «en todo sentido». Pero ¿es esta una exigencia razonable, papá? ¿Cómo podría alguien probar alguna cosa relacionada con un documento histórico antiguo? Yo he venido sosteniendo que debemos tratar los Evangelios como tratamos otros documentos antiguos pero lo que usted me plantea va más allá de esto.

Por supuesto, es posible que haya aspectos de los Evangelios que no sean confiables, pero lo que nos impulsa a afirmar que los Evangelios son generalmente confiables es que la carga de la prueba está ahora sobre la persona que niega la confiabilidad de los Evangelios. En cierto sentido, ellos tienen que decir por qué lo dicen. Si hay «historias fantásticas» en los Evangelios, deberían demostrarlo, porque tenemos buenas razones para sostener que son fidedignas.

Mi tercer punto está relacionado con esto. Usted sospecha que algunas leyendas se han infiltrado en el fundamento histórico de los Evangelios. ¿Pero en qué se basa para decir eso? De todo lo que he podido encontrar (y estudio bastante esta materia) la única base real que alguien tiene para hacer esa afirmación es que en los Evangelios hay aspectos sobrenaturales de la vida de Jesús. Por lo tanto, los relatos del Evangelio son, en cierto sentido, legendarios.

¿Pero cómo consiguió esa gente su conocimiento infalible sobre el universo? La idea que vivimos en un universo donde cada cosa que ocurre tiene que tener una causa natural es un asunto de «fe ciega» como cualquier otro. Es más, parece ser una idea que no tiene nada que ver con usted, pues usted ya cree que hay un Dios personal detrás o sobre el universo. Y si hay tal deidad, ¿cómo podríamos descartar la posibilidad de su intervención? Por el contrario, si él es el ejemplo supremo de todo lo que somos, me imagino que más bien deberíamos esperar su intervención.

Hay, además, cuatro argumentos históricos contra la teoría de que el Evangelio contiene material de leyenda. Primero, los Evangelios son escritos solo algunas décadas después que ocurrieran los hechos que narran y ese no es tiempo suficiente para que se desarrollen leyendas importantes. Segundo, los Evangelios fueron escritos en un ambiente hostil en el cual hubieran impedido el desarrollo de adiciones legendarias.

Tercero, si hubo adiciones legendarias, sería de esperar encontrarlas en los estratos posteriores del material del Evangelio pero no en los anteriores. Muchos teólogos liberales en los siglos dieciocho y diecinueve trataron de probar esto. Pero el intento fracasó porque no lo pudieron probar. Los primeros materiales, como los posteriores, están llenos de milagros. De hecho, las Epístolas de Pablo representan una visión plenamente «divinizada» de Jesús (o sea, él es Señor y Dios), y muchas de ellas fueron escritas antes de cual-

quiera de los Evangelios (incluso estas cartas contienen material que puede probarse que son anteriores a su composición, material que tiene a un Jesús sobrenatural, p.e., Filipenses 2:6-11). No, los hechos sobrenaturales de la vida de Jesús no se desarrollaron con el tiempo. Estuvieron allí desde el principio.

Finalmente, si los Evangelios introdujeron material legendario entre su de otra manera confiable material, deberíamos esperar que este material no pasara el «criterio histórico» del que hablamos antes como los demás materiales «no legendario». Pero este sencillamente no es el caso. Recuerde la narración de la Resurrección de Juan 20 de que le hablé. Ese relato tiene todas las características del informe de un testigo ocular.

Por lo tanto, papá, no veo una buena razón para anular lo que afirmamos en cuanto a la confiabilidad general de los Evangelios cuando narra hechos sobrenaturales. Y esto también aplica a lo que se dice sobre la Resurrección. Si alguien va a negar la confiabilidad de estos relatos, a ellos les corresponde demostrar por qué. Pero pienso que eso es muy difícil. Además de lo que se ha dicho, la evidencia de la historicidad de la Resurrección es, a mi parecer, más fuerte que la de cualquier otro hecho en la vida de Jesús y que la evidencia sobre la historicidad de muchos acontecimientos históricos que aceptamos sin objeciones. Permítame exponerle brevemente mi caso.

1. Del suceso de la Resurrección dan fe cinco fuentes independientes (Mateo, Marcos, Lucas, Juan y Pablo, quien en 1 Corintios 15 hace referencia, además, a un número de otras fuentes, como Pedro y Santiago). Esta pluralidad de fuentes realza grandemente la credibilidad de cada una. Se puede aceptar que Mateo y Lucas tomaron prestado algo de Marcos como lo hicieron en alguna otra ocasión. Pero lo que es interesante es que sus relatos individuales de la Resurrección difieren completamente de Marcos y de los otros. De hecho, cada uno de los testimonios tiene más material propio que en común con los otros. Esto crea un problema al querer armonizar las versiones. Pero este problema no es nada comparado con el de explicar cómo cada uno pudo testificar independientemente de la Resurrección si la Resurrección nunca ocurrió.

2. La ubicación de la tumba de Jesús era bien conocida por todos, de modo que si Jesús no hubiera resucitado de la muerte, si su cuerpo hubiera quedado en la

tumba, habría sido fácil de comprobar. Los seguidores de Jesús (que habrían de sufrir persecución por causa de su fe), así como los opositores de Jesús (que habrían de intentar desvirtuar la versión cristiana), habrían tenido motivo para comprobar lo que había pasado. Pero todos estuvieron de acuerdo en que la tumba estaba vacía. ¿Cómo se puede explicar este acuerdo?

3. Relacionado con el punto 2, nadie discute que la iglesia cristiana comenzó en Jerusalén solo unas pocas semanas después de la crucifixión de Jesús. Su crecimiento fue explosivo. Y el contenido del mensaje que causó la explosión fue que Jesús era el Mesías, el Señor de todos, como quedó demostrado por sus milagros y su resurrección (véase Hechos 2.16ss). Los Evangelios no están presentando a su audiencia a una figura desconocida en el pasado distante. Están hablando de alguien que es contemporáneo a su audiencia. ¿Cómo podría explicarse este crecimiento?

4. Como lo señalé antes, el relato de la Resurrección carece de las características comunes a las narraciones legendarias posteriores y, en cambio, incorpora muchas de las características comunes a un informe basado en testimonios presenciales. Hay, por ejemplo, muchos detalles, buena parte de los cuales son irrelevantes a la línea de la historia. Para dar una ilustración, Marcos menciona el nombre de un bien conocido miembro del Sanedrín (un concejal judío), quien donó una tumba para Jesús: José de Arimatea. Ahora bien, si alguien va a inventar una historia, no va a incluir un detalle como este. No se incluiría ningún nombre de una persona prominente, pues esta sería fácil de interrogar.

Hay también un buen poco de material contraproducente. Las fábulas no lo tienen. La función de las mujeres en la historia, por ejemplo, podría, en el contexto del siglo primero, dañar el testimonio de los autores. Ellos, como lo dije en una carta anterior, fueron tenidos por embusteros incurables.

Y, finalmente, en las narraciones hay una falta total de reflexión teológica. Leyendas posteriores no dejan nada sin explicar, en cambio, los relatos de los Evangelios contienen muchas cosas confusas, que los autores simplemente mencionan pero que dejan en nebulosas. Por ejemplo, Jesús le dice a María Magdalena en Juan 20: «No me toques, porque aun no he subido a mi Padre». ¿Por qué no? El autor no lo dice. Hoy día los teólogos siguen buscándole una explicación. Podrían darse numerosos otros ejemplos.

5. La conversión de Pablo es inexplicable, excepto sobre la base de lo que él mismo dice: un encuentro con el Señor resucitado (véase Hechos 9 y 1 Corintios 15). Aquí tenemos a alguien completamente opuesto al cristianismo, que incluso fue testigo del apedreamiento de uno de sus predicadores, y en un momento se convierte. De igual manera, Jacobo, el hermano de Jesús, era también alguien que no creía en Jesús hasta que el Señor se le apareció (1 Corintios 15.7). (Encontramos esta increíble referencia en Marcos 3 y Juan 7. Más material contraproducente que respalda su credibilidad.) ¿Qué explica esta conversión si no la auténtica Resurrección?)

6. Pablo nos da una lista de las apariciones que ocurrieron después de la Resurrección. Se encuentra en 1 Corintios 15, carta escrita entre 15 y 20 años después de la Resurrección. Aquí está tratando de convencer a algunos corintios de que la resurrección de Jesús en verdad ocurrió y para lograrlo, hace una lista de las apariciones de Cristo a los apóstoles, a Jacobo y «a más de quinientos hermanos a la vez, de los cuales muchos viven aún» (1 Corintios 15:6). La intención al hablar de ese gran número de personas vivas que vieron a Cristo resucitado es decir: «Si no me creen, la evidencia todavía está aquí. Vayan y pregunten a quienes lo vieron con sus propios ojos». En cualquiera corte de justicia, esto sería tomado como una fuerte evidencia.

7. No hay forma de explicar la transformación de los discípulos excepto sobre la base de la Resurrección, que es la misma base que ellos ofrecen. Si se compara a los discípulos antes de la muerte de Jesús con los discípulos después de las apariciones posteriores a la Resurrección, se podrá apreciar un mundo de diferencia. Un día están atemorizados y escondidos; al siguiente día están frente a audiencias hostiles predicándoles (¿de qué?) de la Resurrección.

8. Finalmente, no hay motivo para que los discípulos inventaran esa historia. No tenían nada que ganar y todo que perder. Tampoco hay nada que pudiera llevarnos a creer que estaban dispuestos a inventar una historia como esa, ni que eran el tipo de personas capaces de inventar una historia tan increíble. Tampoco hay nada que sugiera que podían fabricar con éxito una historia así, ni siquiera en el caso que hubiesen querido.

En resumen, la negación de la Resurrección no tiene nada que la respalde como una hipótesis histórica, mientras que reconocer la Resurrección tiene todo lo ne-

cesario para ser una hipótesis histórica. Este, en pocas palabras, es mi argumento histórico a favor de la Resurrección.

Quisiera concluir mi obra maestra con unas cuantas palabras sobre otras posibles explicaciones de la Resurrección que usted mencionó en su última carta.

¿Podría alguien haberse robado el cuerpo? ¿Quién pudo hacerlo? ¿Quién habría tenido interés en hacer algo así? De haberlo intentado, ¿cómo habrían podido burlar la guardia romana (cuyas vidas estaban en juego si se descuidaban)? ¿Y cómo se explican las apariciones después de la Resurrección?

¿Serían alucinaciones de los discípulos que les hicieron «ver» a Jesús? ¿Cómo se explica la tumba vacía? Por otra parte, las apariciones no tuvieron las cualidades de alucinaciones. Ocurrieron durante un tiempo relativamente prolongado. Ocurrieron a grupos de personas al mismo tiempo (que hablaron e incluso comieron con «la alucinación»). Los discípulos no estaban en condiciones de tener alucinaciones. Y las apariciones transformaron a quienes fueron objeto de ellas. Las alucinaciones no tienen este efecto.

¿Pudo Jesús haber urdido todo eso? ¿Cómo podría haberlo hecho? ¿Cómo se puede urdir una muerte (rodeado de ejecutores expertos en matar) y una resurrección? ¿Sería esto congruente con algo más que sabemos sobre el carácter de Jesús y los discípulos? ¿Cómo se explican las apariciones a Pablo, Jacobo y a los quinientos? ¿Cómo se explica la transformación que experimentaron los discípulos?

En una palabra, papá, no hay ni la más remota posibilidad de que las cosas hayan ocurrido en forma diferente a como la relatan los discípulos. Estoy de acuerdo con usted en que esto es, en un nivel, difícil de creer porque va contra lo que vemos todos los días: la gente que muere permanece muerta. Pero no creo que podamos usar nuestra experiencia general ordinaria para excluir la posibilidad de que algo realmente extraordinario pudiera ocurrir si, en efecto, tenemos buena evidencia para creer que ocurrió.

Piense en esto: ¿Hay alguna cosa ordinaria que existe que no haya sido extraordinaria cuando empezó a existir? Sea que uno acepte o no la evolución o el creacionismo, la aparición de la primera jirafa o el primer elefante y, por cierto, la aparición del primer homo sapiens debe de haberle parecido algo extraordinario

a quienes lo vieron. Ahora, tales animales y las personas son comunes y no impresionan a nadie.

La Resurrección es más o menos así también. La vida resucitada de Jesús es la primera instancia de algo que con el tiempo será universal. Él es la primera ilustración de lo que humanos llegarán a ser, de lo que divinamente se ha determinado que sean. Él es, en efecto, el primer ser humano verdadero.

Jesús es, si usted quiere, la primera mariposa en salir del capullo. No nos impresiona porque nosotros seguimos atrapados dentro del capullo. ¡Pero los gusanos volarán! O, para darle un pequeño giro a la ilustración, Jesús es el primer huevo que llegue a término y se transforme en un bebé recién nacido. Pero si usted nunca ha visto a un bebé completamente formado, le costará creer que este huevo microscópico, fertilizado puede llegar a ser una persona. Lo creemos ahora solo porque este acontecimiento extraordinario es común a nosotros. ¿Pero es, realmente, la resurrección de Jesús algo más milagroso que el milagro del proceso del nacimiento? Sin duda que ahora parece más extraordinario. Pero, si estoy en lo cierto, papá, dentro de poco será la regla universal. Todos estamos destinados a resucitar en el día final.

Lo que, sin embargo, es trágico, y termino con esto, es que la Biblia es bien clara en señalar que muchos de estos huevos no fecundarán. Todos habrán de resucitar un día, pero no todos resucitarán a vida eterna con Dios, lo que Dios siempre ha querido para nosotros. Para ser una persona «nacida de nuevo» ahora y en la eternidad es necesario confiar en la forma de nacimiento que ofrece Dios. Para seguir con la ilustración, el único cordón umbilical que tenemos con Dios es Jesucristo. Cuando decidimos cortar esta línea de unión, nacemos muertos. (En el griego, la palabra infierno es gehena, que era un gran vertedero de basura que ardía permanentemente en las afueras de Jerusalén. La imagen se adapta muy bien a la ilustración, papá. Los que se autoabortan del plan de Dios se transforman en lo que nunca se deseó que fueran los seres humanos: rechazados. Son seres muertos, que no tienen lugar entre los vivos.)

Lo animo, papá; más bien le imploro. No se autosepare del Señor Jesucristo. No lo rechace. Todo lo que se determinó que usted fuera, todos los anhelos de su corazón, su necesidad de amor, de esperanza, de significado, de felicidad, todo eso es un hecho en la relación con Dios mediante Cristo. Usted fue hecho para esto.

Dios lo quiere para usted. Él sufrió la muerte en la cruz para que usted lo pudiera alcanzar.

Todo lo que le digo, lo digo con amor y esperanza.

Greg

CARTA 17

¿Cómo se puede creer que un hombre era Dios?

16 de julio de 1990

Querido Greg:

¿Cómo van los preparativos para la carrera de los 100 kilómetros? ¿Cómo están Shelley y los niños? Cuéntame de esto en tu próxima carta.

Agradezco tus expresiones de cariño y preocupación de tu última carta. Lamento que no pueda compartir tu optimismo sobre las perspectivas de mi conversión, pero ¿quién sabe? Debo reconocer, sin embargo, que tus argumentos sobre la resurrección de Cristo fueron sorprendentemente fuertes. Esto, obviamente, no podría decirse que es «fe ciega». Con solo eso, veo que nuestro intercambio de opiniones está empezando a responder a la pregunta que he tenido desde hace tanto tiempo sobre cómo tú, con la educación que has recibido en algunas de las más destacadas universidades del país, puedes seguir creyendo lo que se dice en el cristianismo. Aunque no esté completamente de acuerdo contigo, debo reconocer que te noto firme en lo que crees. Sin embargo, me duele la cabeza de solo pensar en esto que me resulta tan improbable. Pero ahí está la evidencia.

No quiero que pienses que estoy tratando de burlarme de tu evidencia de la Resurrección. Quiero responder con un enfoque diferente. Supongamos, por decir algo, que acepto que Jesús resucitó o algo así. Que la tumba estaba vacía. Eso tuvo que ser un hecho muy extraño, sin duda, pero me pregunto si ese solo hecho prueba que este hombre es todo lo que los cristianos quieren que sea. He oído de otras personas que han vuelto a la vida. ¿Significa eso que son Dios?

Mira, hijo. Hay muchas cosas inexplicables que ocurren en este mundo. Piensa en esas extrañas huellas de Ovnis (objetos voladores no identificados) en Inglaterra. Quizá lo que ocurrió en el siglo primero fue uno de esos hechos inexplicables, y ante tal cosa, a los discípulos se les

ocurrió que Jesús tenía que ser Dios. De hecho, quizá fue solo Pablo quien llevó las cosas hasta este límite (él siempre me pareció un poco extraño). He oído que fue uno de los primeros que creyeron que Jesús era divino. Los Evangelios en cambio presentan a Jesús en términos más terrenales, como un gran hombre que podía hacer maravillas (algunas de las cuales me atrevo a aceptar como ciertas).

Lo que estoy tratando de hacer, Greg, es reconciliar la fuerza de tu evidencia con una visión del mundo que tenga más sentido para mí. Llegar a la conclusión de que Jesús fue Dios, simplemente no tiene sentido. ¿Cómo creer que un hombre, un ser humano en todo el sentido de la palabra, fuera Dios? Todos los argumentos que traten de explicar la Resurrección no logran hacerla posible. Me parece nada más que una superstición pagana. ¡Es una completa contradicción! Conozco cristianos que creen en la Trinidad, que dicen que parte de Dios bajó mientras parte de Dios quedó arriba o algo así. Pero sencillamente sostener que Jesús fue un sanador de fe, que de alguna manera resucitó y que sus seguidores (uno en particular) salieron por todo el mundo afirmando el hecho explica todo sin requerir una creencia en algo tan difícil de aceptar.

¿Qué me dices a esto?

Con el amor de siempre,

Papá



28 de julio de 1990

Hola, querido padre:

La familia está muy bien aquí en esta fría Minnesota. Mi preparación para la carrera de los 100 kilómetros va adelante, pero con suerte alcanzaré a hacer 64 kilómetros dentro de una semana, que es aproximadamente la mitad de lo que se exige para poder participar en la carrera. Las niñas andan participando en carreras por aquí y por allá. La semana pasada fuimos a una carrera de pista. Nathan era demasiado pequeño para participar, pero de todos modos quería

una escarapela de ganador, así es que convencí a uno de los organizadores que le diera una si podía correr (o caminar) a lo menos la mitad de la pista de 400 metros. Bueno, aceptó el reto con el mismo entusiasmo que si hubiese estado en las olimpiadas. Pero como no sabía dónde estaba la mitad de la pista, se echó a correr con todas sus fuerzas. Pronto, la gente se dio cuenta de que un niño de cuatro años corría solo por la pista, y empezaron a animarle con gritos y aplausos. Los encargados atravesaron la pista con la cinta de llegada para que él la alcanzara, lo que hizo. ¡Fue su momento de gloria! Nunca lo había visto luciendo algo con tanto orgullo. Se le otorgó la escarapela del primer lugar.

Bueno, me alegro de saber que por lo menos está dispuesto a conceder tentativamente que Jesús resucitó. Pero usted no cree que esto pruebe su divinidad. Y sospecha que esta creencia fue una especie de superstición que se originó con Pablo. Esto debería sorprenderle, papá, pero no estoy de acuerdo con usted. ¿Le sorprende? Creo que hay varias consideraciones que atentan contra su opinión, consideraciones que a la vez refuerzan la conclusión de que Jesucristo es Dios encarnado.

Primero, creo que es un error sostener que Jesús es visto como divino solo en las cartas de Pablo. Es cierto que en los Evangelios no se registra ninguna afirmación explícita de Jesús de que él es Dios. Pero en todas partes se le describe en una forma que viene a ser la misma cosa. Dice, por ejemplo, «El que me ha visto a mí, ha visto al Padre», «Honren al Hijo como honran al Padre», y «Yo y el Padre somos uno». Un buen rabino (que hubiese sido solo un buen rabino humano) en el primer siglo nunca habría hablado así.

Además, Jesús hace de sí mismo el objeto de fe, al decir cosas como esta: «Crean en mí». Siempre puso al mismo nivel creer en él y creer en Dios. Y que quien lo rechazara a él estaría rechazando a Dios. «El que cree en mí cree en el Padre que me envió». Incluso en su gran Sermón de la Montaña donde los liberales dicen que encontramos al «gran maestro humano», encontramos a Jesús diciendo: «Dichosos serán ustedes cuando por mi causa la gente los insulte, los persiga y levante contra ustedes toda clase de calumnias». ¿Quién se cree él que es? Un rabino habría dicho: «Dichosos serán ustedes cuando por la causa de Dios la gente los insulte, los persiga y levante contra ustedes toda clase de calumnias».

Por sobre todo esto, papá, encontramos que los discípulos llaman a Jesús «Señor» (Kurios) que es el equivalente griego de Yahweh, el nombre de Dios en el Antiguo Testamento. El incrédulo Tomás, al ver a Jesús, exclamó, «¡Señor mío,

y Dios mío!» Y Jesús no lo corrigió. Y en los Evangelios encontramos a los discípulos y a otros adorando a Jesús, algo que los judíos jamás harían a otro que no fuera Dios. No, los Evangelios presentan a un Jesús «totalmente divino».

Papá, ¿recuerda cuando acostumbábamos asistir juntos a aquella iglesia Unitaria? ¿Recuerda cuando aquel profesor predicó un sermón titulado «¿Por qué Sócrates fue más importante que Jesús?» A ambos nos sorprendió un poco. Él dijo que Sócrates fue más importante que Jesús porque mientras que Sócrates extrajo lo mejor de otras personas, Jesús «dio la impresión que era divino, aun Dios». Creo que este profesor estuvo bien en su evaluación de la situación (aunque errado en su conclusión). Los Evangelios no dejan lugar a más de estas dos opciones: o Jesús fue de hecho divino o no fue más que una persona muy buena. ¡Nos unimos a las personas que dicen las cosas que Jesús dijo!

Pero lo que hace todo esto más importante, papá, es que estamos tratando aquí con judíos del siglo primero. Los judíos eran (y son) no como otras antiguas culturas paganas que creen en muchos dioses, algunos de los cuales podrían venir a la tierra y tomar forma humana a voluntad. No, en el centro de la fe judía ortodoxa está la creencia de que solo hay un Dios y que él está infinitamente por sobre los seres humanos. ¡Si hay algo antitético a su fe de siglos es la creencia de que Dios se hizo hombre!

Pero aquí solo encontramos una idea pintada a través de las páginas de los Evangelios y las Epístolas del Nuevo Testamento. A no más de 15 años después de Jesús, encontramos a Pablo identificando a todos los cristianos como aquellos que adoran a Cristo (1 Corintios 1:2). Cita un himno que ya se había establecido en la tradición de la iglesia que dice que Jesús era igual a Dios (Filipenses 2). Y en una cantidad de puntos llama a Jesús «Señor» (Yahweh) y «Dios» (p.e., Romanos 9; Tito 2).

Todo esto da origen a una pregunta histórica complicada: ¿Qué pudo haber convencido a estos judíos de que Jesús era, en efecto, Dios encarnado? ¿Qué pudo haber llevado a estos judíos a hacer lo que su cultura les prohibía terminantemente hacer: adorar a un hombre? ¿Cómo habrá tenido que ser Jesús, qué carácter tuvo que haber tenido, qué afirmaciones tuvo que haber hecho y qué obras increíbles tiene que haber llevado a cabo para convencer a aquellos judíos ortodoxos de que él era todo lo que su fe decía que un hombre jamás podría ser?

Según los Evangelios, no fue la «resurrección» de un cuerpo lo que los convenció

de que Jesús era Dios encarnado; fue la Resurrección de un hombre que ya había encarnado el reino de Dios: su amor, enseñanzas y poder durante su vida. Fue la Resurrección de un hombre que ya había hecho sorprendentes afirmaciones acerca de él mismo. Y fue la Resurrección de un hombre que nunca habría de volver a morir. Si Jesús hubiera muerto más tarde, todo se habría venido al suelo. Pero no murió, sino que ascendió al cielo

(Si esto no es cierto, habría que responder a la pregunta dónde «escondieron» a Jesús durante todo el período de la iglesia terrenal; por qué y cómo los discípulos habrían de mentir y luego dejarse matar por su mentira; y por qué esa mentira nunca fue descubierta y ni siquiera puesta en tela de juicio.)

El punto que quiero hacer claro, papá, es que la Resurrección y la deidad de Cristo son dos lados de la misma moneda. Es tan difícil explicar por qué los discípulos creyeron una cosa y explicar por qué creyeron la otra, a menos que aceptemos los relatos del Evangelio literalmente. Es más, me atrevo a ir más lejos y decir que si incluso no hubiésemos tenido los Evangelios para informarnos, habríamos tenido que especular que Jesús tiene que haber hecho una serie de afirmaciones y una cantidad de obras que los Evangelios atribuyen a él solo para explicar cómo los primeros cristianos llegaron a convencerse de que él fue todo lo que las Epístolas dicen que fue.

¿Es la creencia de que Jesús encarnó la presencia de Dios en forma humana una contradicción como usted sugiere? ¿Sobre qué base es posible mantener esto? Sería una contradicción solo si, por definición, Dios hubiera desechado a la raza humana, y viceversa. Pero ¿sabemos lo suficiente a través de nuestra pequeña razón sobre la naturaleza de Dios, o la naturaleza de los humanos, para llegar a una conclusión así? Creo que no. La única forma en que podríamos conocer la naturaleza de Dios es que el propio Dios nos lo dijera, y todas las evidencias sugieren que Jesucristo es exactamente el lugar donde se da esta información.

La Encarnación es, acepto, paradójica porque no podemos entender cómo ocurre. Pero no es contradictoria, porque no es un desatino afirmar que es verdad. La analogía que los teólogos usan frecuentemente es que los físicos dicen algo similar sobre la naturaleza de la luz. Se puede probar que la luz tiene tanto ondas como partículas. Pero esto es paradójico porque no tenemos forma de concebir cómo algo puede tener estos dos rasgos simultáneamente. Pero como la evidencia de ambos rasgos es incontrovertible, los físicos afirman que, de hecho, es verdad.

Algo similar podría decirse de la Trinidad, que usted también mencionó en su carta anterior. No se trata de creer que «parte de» Dios era un hombre mientras que «parte de» Dios estaba en el cielo. Dios es Espíritu, por lo tanto no se puede dividir. Más bien, esta creencia es (entre otras cosas) la creencia de que Dios existe plenamente como Padre trascendente, mientras que Dios existe plenamente como Hijo Encarnado, mientras que Dios también existe plenamente como el Espíritu (y habita en el corazón de los creyentes). Dios existe, y ha existido eternamente, en tres diferentes formas. Esta es la esencia de la doctrina de la Trinidad.

¿Se trata de una contradicción? No, pero es paradójico. No podemos concebir cómo es verdad, pero hay buenas bases para creer que es verdad. ¿Y quién podría pretender conocer lo suficiente la naturaleza de Dios por medio de la razón sola para decir que Dios no podría existir en esta forma? (De hecho, en mi libro *Trinity and Process* aduzco que, sobre una base racional estricta, se debe mantener que cualquier entendimiento coherente de Dios como autosuficiente y amoroso debe comprender alguna forma de «relacionalidad interna» que es, exactamente, lo que enseña la doctrina de la Trinidad. Pero esto ya es otro asunto.)

Espero haberme referido a su teoría y sus preguntas adecuadamente. La línea básica es esta: las evidencias de la Resurrección y la deidad de Cristo permanecen o se desploman juntas y, sencillamente, no hay base racional legítima a la idea de que la conclusión de estas evidencias afirma que es inherentemente imposible.

Veo que está tomando seriamente esto de la evidencia. Sinceramente espero que llegue a la única conclusión viable: hacer de Jesús el Señor y Salvador de su vida.

Con amor y esperanza,

Greg

Parte III

Preguntas
sobre
la Biblia

CARTA 18

¿Por qué Dios hace tan difícil creer en él?

21 de agosto de 1990

Querido Greg:

Hechos recientes han revivido en mí el problema sobre la forma en que Dios maneja las cosas. Ahí tienes a ese loco de Saddam Hussein aplastando al pueblo kuwaití, violando a sus mujeres y matando a sus niños mientras Dios mira tranquilamente. Sé que vas a responder a esta objeción con tu teología de la libertad y de la guerra espiritual, pero estoy seguro que si le preguntaras a toda la gente del planeta, incluyendo a la mayor parte del pueblo iraquí, el 99 por ciento estaría a favor de una intervención temporal sea lo que fuere que Dios haya establecido sobre la libertad para poner a ese bastardo seis pies bajo tierra. Sería un sacrificio menor que el sacrificio que Dios va a tener que hacer si no hace esto. ¿Por qué nosotros, humanos insignificantes, vemos lo que Dios no ve? ¿Por qué Dios no hace las cosas mas democráticamente?

Bueno, pero este no es el problema que tenemos para hoy. Quiero referirme al asunto de la Resurrección y de la divinidad de Jesús. De nuevo tengo que admitir que tus argumentos son bastante persuasivos. A lo menos, no tengo buenos argumentos contra los tuyos. Pero para ser sincero, en alguna forma la fuerza de tus argumentos me exaspera. Nada parece encajar. Quiero decir, no puedo empezar a refutar tus argumentos, pero aun me tienen en una posición que me obliga ir más allá de lo que soy capaz de creer en ellos. ¿Por qué es esto?

¿Por qué Dios nos pone en una posición en que tenemos que *tratar* de creer en él? ¿Por qué él juega con la humanidad, fastidiándonos con evidencia que es suficientemente buena como para hacernos sentir incómodos, pero nunca en una forma directa como para que lo veamos a él con claridad? ¿Qué tiene de grande la «fe» que la desea por sobre una *obvia* revelación de sí mismo? Y cuando se revela, supuestamente en la Bi-

blia, hace cosas tan fantásticas que nadie que no hubiese estado allí podría creerlas. Y, supuestamente, la «salvación» depende de la fe. ¿Por qué la gente tiene que creer cosas y aceptar historias que nunca aceptaría en circunstancias ordinarias para poder ser salva? No me parece justo.

De modo que si quiero librarme del infierno, tengo que creer que una serpiente le habló a Eva, que una virgen quedó embarazada de Dios, que una ballena se tragó a un profeta, que el Mar Rojo se dividió en dos, y todas esas otras cosas locas. Si Dios me quiere tanto, Greg, ¿por qué hace que sea tan condenadamente difícil creer en él? Da una evidencia aquí, una evidencia allá —suficiente como para mantenernos interesados— pero luego se dan todas esas otras cosas extrañas que no puede esperarse que tomemos con seriedad. Si solo hubiera evidencia, o solo hubiera locuras, no tendría problemas. Pero combinadas, me parecen insoportables.

Me parece que un Dios todopoderoso haría un trabajo mucho mejor para convencer a la gente de su existencia que cualquier evangelista e incluso mejor que lo que pueden hacer todos tus argumentos. Que, por ejemplo, escriba en el cielo, con letras grandes y bonitas: «Aquí está la prueba, Ed. ¡Cree en mí o vete al infierno! Sinceramente, el Todopoderoso». Así no tendrías que gastarte toda una tarde discutiendo historia conmigo. ¡Y me tendrías sobre mis rodillas!

Supongo que es para mejor, pero mientras más convincente suenas, más difícil me parece aceptarlo. Hace poco he estado pensando bastante sobre todo este material, lo cual te demuestra cómo me he sentido. Y no tengo idea sobre lo que podrías hacer. Quizá debas decirle a tu «Espíritu», quien supuestamente está dándome toquitos en el corazón, que salga de las tinieblas y se ponga a escribir en las nubes. Definitivamente, creo que estoy destinado a ser un escéptico intrigado pero frustrado, y tu optimismo acerca de mí está condenado al desengaño.

Sinceramente,

Dad



6 de septiembre de 1990

Querido papá:

Comparto mucho de su antipatía hacia Saddam Hussein pero no las conclusiones teológicas a las que saca de él. Dios hizo a Hussein. Cúlpelo a él y culpe al poder del mal que está detrás de él (pero también detrás de los Estados Unidos y de otros países que tampoco están exentos de culpa en estas circunstancias). Deje a Dios fuera de esto, excepto para pedir su ayuda. Él está más enojado y triste sobre la situación que lo que cualquier humano podría estar. Después de todo, nuestro sentido de indignación moral solo viene de él. Él está del lado de la rectitud, la justicia y la paz.

Todo lo que puedo decir, papá, es que si pudiera canalizar ese fuego que hay en usted en la dirección correcta, llegaría a ser un tremendo guerrero de oración. Me gustaría verlo tan enojado con Satanás como se enoja con Dios.

Volviendo al meollo de su carta, primero quiero agradecerle su sinceridad. Y agradecerle por tomar mis argumentos tan seriamente. Realmente aprecio el respeto que he visto que tiene por lo que le escribo. Nunca he sentido que no le ha dado importancia a lo que le digo.

Me apena saber que se siente frustrado por todo esto pero le repito que yo no. Desde mi perspectiva, todo esto es muy positivo. No es fácil cambiar algo tan fundamental como nuestra cosmovisión, especialmente cuando se la ha tenido por tanto tiempo, como es el caso suyo. La mente, y aun el corazón, se mueven en dos direcciones a la vez. Esto es lo que los psicólogos llaman «disonancia cognitiva». En asuntos de suprema importancia, es definitivamente doloroso.

Aunque no le sea de mucho consuelo, creo que entiendo algo de cómo se siente. Hace un tiempo le conté sobre mi experiencia cuando salí del laboratorio de astronomía en la Universidad de Minnesota. En mi mente toda la evidencia en pro y en contra de la existencia de un Creador amoroso estaba en guerra. Con diversos grados de intensidad, esa guerra se prolongó en mi cabeza por unos seis meses. Nunca antes me había sentido tan desdichado.

Pero esa no fue la última vez que me sentí así. Durante el tiempo que duraron mis estudios de posgrado, en varias ocasiones mi fe tambaleó. Tenía que confrontar nuevas evidencias o nuevas perspectivas que me parecían contradecir lo

que yo creía. Y, por un tiempo, mi fe cristiana se mantuvo en una especie de «estado de suspensión». Eso es «disonancia cognitiva». Usted se siente atrapado entre dos cosmovisiones. Déjeme decirle, para ser perfectamente sincero, que aún experimento ese «estado de suspensión» cada vez que leo algo sobre las tragedias que ocurren a los niños. ¡El sufrimiento de los niños me rompe el alma! Cuando a un muchacho llamado Jacob Wetterling lo secuestraron aquí el año pasado, me sentí por un largo tiempo mal con Dios y cuestionando su integridad. Intelectualmente, puedo comprender esas cosas dentro de una cosmovisión teísta coherente. (Fue precisamente por luchar en mi «suspensión» con tales cosas que llegué a mi actual cosmovisión, al asunto de la guerra espiritual y a otras cosas). Pero emocionalmente, no es posible ver la pesadilla de todo eso y no enfurecerse. En un mundo caído como este, la cosmovisión de la gente que piensa suele colisionar.

Así es que no permita que mi aparente seguridad en nuestro diálogo lo confunda. Sin duda que soy un cristiano convencido. A la luz de la evidencia, y bajo el impacto de la obra del Espíritu en mi corazón, no podría ser de otra manera. Pero para mí tampoco la fe ha sido fácil. Me veía y me escuchaba yo mismo en las páginas de su última carta. El cristianismo no es una «máquina de respuestas» gigante (aunque los fundamentalistas tratan de que lo sea). Vivir es vivir en medio de preguntas y conclusiones contradictorias.

Pero bien, la pregunta que usted planteó en su última carta fue una especie de «metapregunta». ¿Por qué seguimos preguntando? ¿Por qué es tan difícil la fe? ¿Por qué Dios no es más evidente? Quisiera, por lo tanto, proveerle un marco en el cual las preguntas que usted se hace tengan sentido; es decir, que tenga sentido el hecho de que usted tiene preguntas. Si la visión cristiana de las cosas puede deducir el porqué del dilema, se ha avanzado un paso, creo, para resolver ese dilema.

Piense por un momento, papá, qué habría pasado si Dios hubiera hecho lo que usted le pidió que hiciera en su última carta: que Dios personalmente escribiera un mensaje en las nubes para cada persona viva. ¿Qué habría dicho usted si hubiese escrito: «Jesús es mi Hijo; cree en él o perece»? ¿Habría toda la gente puesto su amor y confianza en Jesucristo? Sospecho que no. Cuando Jesús estuvo en la tierra e hizo todos sus milagros, los que no querían seguirle siguieron dudando. Cuando el Padre habló desde los cielos y dijo, «Este es mi Hijo amado», los que no hubiesen tenido un corazón creyente dijeron: «Es un trueno». Y aun cuando

Jesús resucitó, hubo muchos guardas romanos que dieron testimonio del hecho, y aun así se unieron a la conspiración de los líderes religiosos para encubrirlo.

Ocurrió exactamente lo mismo en el Antiguo Testamento. Dios probó con el «acercamiento directo» pero no dio resultado. Mandó las plagas sobre Egipto para liberar a los israelitas, pero pronto estos volvieron a dudar de él. Les mandó comida directamente del cielo, pero aun así muchos se rebelaron. Los guió continuamente a través de una nube durante el día y una columna de fuego durante la noche, pero hubo quienes siguieron cuestionándolo. Personalmente les dio, con lujo de detalles, todas las indicaciones para que se mantuvieran unidos a él (la Ley del Antiguo Testamento, con más de 600 leyes), pero las violaron todas. Y cuando guardaron todas las «leyes», la Ley del Antiguo Testamento no sirvió para que alcanzaran lo que Dios quería que alcanzaran: una relación con él amorosa y confiada.

Hay muchas explicaciones de esto, sospecho, pero de inmediato vienen a mi mente cuatro. Primero, la impresión que los hechos portentosos tienen sobre nosotros raramente es permanente. Con el tiempo tiende a debilitarse. Yo mismo he visto a Dios hacer cosas increíbles con la gente, pero en las semanas, meses y años después del hecho, la fuerza de la impresión inicial se ha ido. Precisamente, debido a lo extraordinario del hecho, la mente parece recordarlo más como un sueño que como algo que en realidad ocurrió. Y ya no sigue impactando la vida. Si una persona basa su fe en milagros, necesita una dieta estricta. Pero entonces, los milagros dejan de ser milagrosos. (Terminan disipándose, que es lo que ocurre con la mayoría de los evangelistas de la televisión que practican la sanidad divina.)

Así es que si Dios mismo dirigiera un mensaje a alguien desde el cielo, en el momento podría convertir a muchos, pero los efectos duraderos, me temo, serían nulos.

Segundo, no hay casi nada que se pueda explicar en más de una forma. La nube que dice «Cree en mi Hijo» podría ser una extraña formación, un engaño, un demonio, una alucinación. La voz, igualmente, podría ser un trueno. Los milagros de Jesús podrían ser trucos, coincidencias o, como los líderes religiosos de su día pensaban, actividades demoníacas. Las cosas siempre tienen una explicación. ¿Cómo llegó la tierra aquí? ¿Quizá fue una gran explosión! ¿Cómo pueden los seres humanos tener conciencia, libertad, amor, etc.? Nada más que mediante la acción de complejos químicos. Las explicaciones no tienen que ser

buenas, solo posibles... y a veces ni siquiera eso. ¿Cómo los discípulos llegaron a creer en Jesús como la presencia misma de Dios?

Cualquier explicación satisfará a algunos.

Tercero, las cosas divinas no son tan claras en este mundo como serían si este mundo no estuviera, como lo he mencionado antes, en medio del fuego cruzado de una guerra espiritual cósmica. Hay un enemigo de las almas de los humanos que utiliza su poder destructivo para ennegrecer los ojos y cerrar los oídos de las personas (2 Corintios 4:4). Hay evidencia de lo bueno, pero también evidencia de lo malo, lo que lo ensombrece todo. Y en algunas ocasiones en que las cosas no son «claras» a los ojos de las personas, no es porque en sí no sean claras sino porque sus mentes, engañadas por las fuerzas demoníacas o su propia libre voluntad proclive al mal, están entenebrecidas. Dios puede gritar todo lo que quiera, pero si la gente tiene tapados sus oídos, dirán: «¿Por qué Dios no nos habla?»

Finalmente, aun cuando el «acercamiento directo» de Dios pareciera funcionar, no es así. Dios desea mantener una relación amorosa y confiada con nosotros. Para esto fuimos creados. Pero ¿lo conseguirá abriendo las aguas del Mar Rojo? ¿Lo hará hablando desde las nubes? ¿Lo hará abriendo la tierra y tragándose a los impíos? Él intentó todo eso pero nada dio resultado. En el mejor de los casos pueden asustar a la gente para que se someta (y eso, solo temporalmente). Pueden forzar a la obediencia. Pueden modificar temporalmente la conducta, e incluso arrancar de ellos un «Yo te amo» lleno de temor. Pero esas manifestaciones no producen amor. Si Dios fuera a responder todas nuestras oraciones, si fuera un genio en una botella que concede cada uno de nuestros deseos, eso no querría decir otra cosa sino que lo estamos usando, no amándolo. Sería, como lo dije antes, «una máquina distribuidora cósmica». Y tendría al mundo lleno de hijos estropeados y descariñados.

El amor es algo que se debe elegir. Debe ser libre, y debe salir del corazón, sin motivaciones externas. Pero, francamente, es muy difícil para un Dios todopoderoso actuar en una manera que el amor pueda existir con estas cualidades. Si él usara el «acercamiento directo», al punto que no fuera posible otra explicación (si fuera posible lograrlo), y tan continuamente que no se borre de nuestras memorias, solo lograría malcriarnos con un genio mágico.

Por eso Dios estableció un programa de «a mitad del camino». Está ahí lo suficientemente real para que todos los que quieran experimentar su presencia lo

hagan, pero lo suficientemente ausente para que los que no quieran experimentar su presencia no se sientan forzados a hacerlo y tengan de alguna manera justificación en su queja sobre la ausencia de Dios. Dios es lo suficientemente obvio para que los que lo quieren ver, puedan verlo, pero lo suficiente oculto para que los que no quieran verlo, puedan evitarlo y en algún sentido sentirse justificados en su queja sobre su no presencia. El amor requiere tanto evidencia como ausencia.

Blaise Pascal lo dijo de esta manera: «Dios da suficiente luz para iluminar a los elegidos, y suficiente oscuridad para impedir que los reprobados vean». Su libro *Pensee* está dedicado completamente a este tema y valdría la pena que lo leyera. Es brillante.

La cuestión en todo esto, papá, es que la fe es más que una hipótesis histórica. También que es una decisión: una decisión moral. No se trata simplemente de decir: «¿Veo racionalmente por qué debo creer?» Es también: «¿Quiero creer?» Hay una gran cantidad de evidencia sólida para quien quiera creer, pero se requiere suficiente fe para hacer una elección moral y no una decisión obligada. Dios desea la fe porque busca el amor de personas responsables y no una conducta forzada de robots.

Como quizá se habrá dado cuenta, no me he referido específicamente a su pregunta sobre todas las historias extrañas de la Biblia, pero creo que quizá quiera dejarlas por ahora debido a que no constituyen realmente un punto central. Con todo lo importante que puedan ser aquellos asuntos, la salvación no tiene que ver con creer en una serpiente que habla y que engañó a una mujer, un pez gigante que se tragó a un hombre, o un mar que se dividió en dos. Se trata de reconocer que necesita al Salvador, al Señor Jesucristo. Mucho del material de la Biblia empieza a tener sentido solo después que nuestro corazón ha sido tocado por el Señor.

Si puede, entonces, «posponga» su juicio sobre esos asuntos y piense seriamente en el señorío de Cristo, su deidad, su vida y su resurrección. La evidencia es irrefutable, pero no coercitiva. Aun le falta tomar una decisión. Oro que se decida a tomarla.

Con amor,

Greg

CARTA 19

¿Por qué piensas que la Biblia es inspirada?

27 de septiembre de 1990

Querido Greg:

Me temo que no pueda «posponer» mi juicio sobre todas esas historias de la Biblia. Para mí, el cristianismo, como un todo, o se mantiene o cae. Es un paquete. Tú no me puedes pedir que solo considere tus firmes argumentos y pase por alto tu material embarazoso. Para mí, creer que Jesús es el Salvador del mundo va de la mano con creer en un libro que incluye unas cuantas historias extrañas. Los problemas con el libro son, en consecuencia, problemas con el Salvador.

Así es que de nuevo te pido una respuesta a esto: ¿Cómo se podría pretender que alguien crea en una serpiente que habla, en un hombre que fue tragado por una ballena, en el hierro de un hacha que flotó, en el mar que se dividió en dos, en un hombre que era fuerte según el largo de su cabello y otras historias sin sentido? ¿Cómo puede alguien creer que todo esto es, literalmente, «Palabra de Dios»? Si lo leyeras en cualquier otro libro, no lo creerías. Recuerdo todas esas cosas en mi tiempo de católico y me perturbaban aunque estaba «tratando» de creer.

De modo que si bien tu material sobre quién fue Jesús es irresistible, me temo que todos los otros hechos sin sentido de la Biblia se le oponen. Suficiente por ahora.

Con el amor de siempre,

Papá



13 de octubre de 1990

Saludos, padre escéptico:

¡Dentro de tres semanas será mi gran carrera y estoy hecho un atado de nervios! Mañana voy a participar con un amigo en el maratón de las Ciudades Gemelas (St. Paul y Minneapolis, Minnesota). Serán veintidós millas a modo de ensayo. Luego, voy a tranquilizarme hasta la carrera. Le contaré cómo va todo esto.

Muy bien. Insiste en que tratemos todas estas cosas complicadas de la Biblia. Si le pedí que lo «pospusiéramos» no fue porque las considerara molestas sino porque no son temas centrales al cristianismo; porque no es parte de la relación con Dios que hace a una persona completa. Este es el corazón mismo de la fe cristiana. El caso de quién fue Jesús, insisto, se mantiene o cae por sí solo. La inspiración de la Biblia es un asunto diferente, secundario. La razón por la que insisto en esto es porque, en primer lugar, mi razón más fuerte para creer que la Biblia es la «Palabra de Dios» es el resultado de haber creído previamente que Jesucristo es Señor. Permítame explicarle.

Varias veces en mi bastante «liberal» educación me sentí, como usted, inclinado a ver la Biblia solo como un libro humano. Algunas de las historias, lo acepto, son esa clase de historias que normalmente se ven como fantasías en cualquier otro libro. También tuve problemas con los textos que no podía explicar, con contradicciones aparentes, con discrepancias arqueológicas, etc. Pero seguí creyendo que la Biblia es la Palabra de Dios, no porque esperara llegar a aclarar todos los problemas, sino porque esta creencia es congruente con la creencia que Jesús es el Señor Todopoderoso humanado.

Mi pensamiento va por esta línea, papá. Sobre la base de las razones expuestas en mis cartas anteriores, estoy convencido de que los Evangelios nos dan una descripción histórica justa y confiable de Jesús y que Jesús es el Señor encarnado. Esto implica, pareciera, que él no comete errores, al menos no cuando está enseñando asuntos centrales sobre Dios.

Pero si en los Evangelios hay algo claro sobre las enseñanzas de Jesús es que él creía absolutamente que el Antiguo Testamento era Palabra de Dios. Esta convicción se advierte a través de toda su enseñanza y él basa su propio entendimiento en eso. Es más, Jesús claramente comisionó a sus discípulos que enseñaran con la misma autoridad que él enseñó. Les prometió que el Espíritu

Santo descendería sobre ellos y les ayudaría a recordar lo que él había dicho y hecho, a interpretar lo que él era, y a hablar y escribir de una manera que otros pudieran creer en él a través de ellos (Juan 14-16). De nuevo, no estoy tratando de citar la Biblia para probar la Biblia. Solo estoy tratando los Evangelios como documentos «básicamente confiables».

Por eso, aunque a veces tuve grandes problemas buscándole sentido a la Biblia, siempre volví a este dilema: ¿Cómo puedo llamar a Jesús «Señor» y pretender corregirlo en una parte central de su teología? Quizá haya muchas cosas que no entiendo del material de la Biblia, pero estoy convencido de que, por esta misma razón, no puedo exaltar mi propio razonamiento sobre la autoridad de Jesús.

Esto es, en resumen, por qué me gustaría que considerara el Señorío de Cristo sobre la evidencia que le he dado, aparte de mi capacidad (o falta de ella) para darle sentido a las partes conflictivas de la Biblia. La forma de reconocer el progreso en cada campo es trabajar de lo conocido a lo desconocido, de lo claro a lo oscuro. Lo que le estoy pidiendo es que empiece con lo claro (el Señorío de Cristo) y luego esfuércese por entender lo oscuro (la Biblia).

La evidencia del Señorío de Cristo, entonces, es la razón más fuerte para aceptar la Biblia como la Palabra de Dios. Pero esta no es mi única razón. Déjeme darle algunas otras.

Primero, la Biblia contiene una buena cantidad de material profético que ya se ha cumplido, el cual es explicable solo sobre la suposición de que este libro es la Palabra de Dios. Por ejemplo, a través del Antiguo Testamento hay profecías sobre la venida de Cristo, profecías que se cumplen en el Nuevo Testamento. Solo para darle unos cuantos ejemplos, el Antiguo Testamento predice que su lugar de nacimiento será Belén (Números 24:17, 19; Miqueas 5:2 y otros); su linaje de Abraham, Isaac, Jacob y David (Génesis 12:3; 21:12; 2 Samuel 7:13); su precursor, Juan el Bautista (Isaías 40:3; Malaquías 3:1); su sufrimiento y muerte vicaria (Isaías 53); su crucifixión, antes de que se concibiera la crucifixión como una forma de ejecución (Salmo 22:16; Zacarías 12:10); su ejecución con criminales comunes (Isaías 53:9, 12) y su divinidad (Isaías 9:6; Jeremías 23:6; Miqueas 5:2, etc.). ¿Cómo se puede explicar esto? Está a millas de distancia de lo que la «casualidad» podría conceder.

Además, en las Escrituras hay muchas otras profecías cumplidas sobre otros asuntos. Déjeme darle solo un ejemplo. En los tiempos de Ezequiel (alrededor

del año 580 a.C.), la ciudad de Tiro era un puerto próspero. Por inspiración, Ezequiel profetizó una cantidad de cosas sobre este puerto que nadie habría podido imaginar que ocurrirían dada la prosperidad del puerto. Profetizó que Nabucodonosor II, un rey de Babilonia, tomaría la ciudad (Ezequiel 26:8), lo cual se cumplió después de un sitio de trece años.

Ezequiel también profetizó que muchas naciones se alzarían en guerra contra Tiro (26:3), algo de lo cual se cumplió a lo largo de las siguientes varias centurias. Entonces anunció algo aun más notable: que la ciudad finalmente sería totalmente destruida y transformada en «roca desnuda», que los pescadores extenderían sus redes sobre lo que habían sido sus palacios y que nunca más volvería a ser reconstruida (Ezequiel 26:4-21). ¿Quién podría haberse imaginado tal cosa? Pero todo esto se cumplió en las centurias subsiguientes.

Incluso, Ezequiel dice que los escombros de esta ciudad serían lanzados al mar (26:12). ¿Qué extraña predicción para cualquier ciudad, más aun para una metrópoli tan próspera como lo era Tiro. Pero varios años después de hecha la profecía, se cumplió en detalle. Alejandro el Grande sitió la ciudad. Sus habitantes huyeron a una isla cerca de la costa que era parte de su territorio. Alejandro no la pudo invadir con una flota naval, así es que construyó un terraplén con los escombros de la ciudad que echó al mar. En parte por eso quedó tan plana. Hoy día, donde estuvo la ciudad no hay más que unas aldeas de pescadores donde los pescadores, de acuerdo con la profecía, extienden sus redes para que se sequen. ¡La ciudad misma está en alguna parte del Mar Mediterráneo!

Me parece que esa es una profecía impresionante, papá. Y en la Biblia hay numerosas otras similares a esta. ¿No le sugiere que aquí hay más que una simple autoría humana?

Hay otras razones para sostener que la Biblia, a pesar de sus «partes conflictivas», es inspirada. La Biblia, como lo mencioné hace algún tiempo, ha probado muchas veces ser arqueológicamente confiable. Incluso la revista *Time* (diciembre de 1974), en un artículo sobre la arqueología bíblica afirmaba que «la Biblia es a menudo sorprendentemente confiable en aspectos históricos, más de lo que antiguas generaciones de eruditos habían sospechado». Y el artículo concluye diciendo: «Después de más de dos siglos de enfrentar la artillería científica más pesada que pudo haberse utilizado, la Biblia ha sobrevivido». De ningún otro libro antiguo se ha dicho lo mismo.

En la Biblia también hay unidad, papá, que desafía las explicaciones naturalistas. Desde Génesis a Apocalipsis encontramos el tema unificador común del Dios amoroso que busca a la humanidad, y la humanidad que se resiste. En medio de la increíble diversidad de autores, perspectivas, culturas, circunstancias, tiempos, cosmovisiones y géneros literarios, la Biblia constituye un himno unificado sobre la redención. ¿No cree que en la misma forma en que la diversidad de la Escritura testifica de su variedad de autores humanos, la total unidad de las Escrituras da fe de un autor divino?

Y finalmente, está la experiencia de la inspiración de la Escritura, una experiencia de la que dan fe cristianos a través de los siglos. Para quien haya experimentado el poder transformador del mensaje de esta «biblioteca», las «partes conflictivas» de la Escritura son mínimas. En cierta ocasión, Jesús contó la parábola de un hombre que encontró una piedra preciosa en un campo y que compró todo el campo para ser dueño de la piedra preciosa. Algo similar ocurre con la Escritura. El tema de la redención, y el Cristo que presenta, cambió mi vida... y sigue cambiándola. A mí me parece natural «comprarle todo». Yo, como usted, no acierto a explicarme algunas de sus partes, pero la transformadora experiencia y la sólida evidencia que respaldan su inspiración son sencillamente demasiado fuertes para dejarme desviar por ocasionales desconciertos.

Piense en lo que le he dicho, papá. Mejor aun, empiece a leer la Biblia y hable con su Autor mientras lee. No tiene nada que perder.

Amorosamente,

Greg

CARTA 20

¿No está la Biblia llena de mitos y de venganzas de Dios?

30 de octubre de 1990

Querido Greg:

Cuando recibas esta carta, tu carrera ya habrá pasado. Espero que te haya ido bien, así como en la otra carrera de las 22 millas. Te voy a mandar mi jacuzzi para que te relajes, pero me temo que no va a servir de mucho. ¿Por qué mejor no corres unos kilómetros extras y llegas a nuestra casa?

Unas pocas cartas atrás, hablaste de «disonancia cognitiva» y eso es exactamente lo que yo tengo. Tú das las mejores razones imaginables para creer las cosas más inimaginables. Un judío del siglo primero que resucitó de los muertos y fue Dios. Un libro que me dice que una ballena se tragó a un hombre es la Palabra de Dios. ¿Quién podría creerlo? Pero por la forma en que expones tus puntos, ¿quién no podría creer? Me provoca dolor de cabeza.

Ayúdame en mi dilema. Tú das una muy buena evidencia para creer en la Biblia, pero la Biblia misma es demasiado extraña para creer en ella. ¿Crees en toda ella literalmente? ¿Es infalible para ti cada palabra? Pongámonos de acuerdo, Greg. ¿Realmente crees en la serpiente que habla? ¿Tomas en serio esa historia carente de sentido?

Y hay todavía otro problema. Has hablado bastante sobre el amor de Dios, etc. Pero el Dios que recuerdo del Antiguo Testamento es cualquiera cosa menos eso. ¿No cubrió el planeta con un diluvio? ¿Qué carácter! ¿Y no ordenó el exterminio de los cananeos, mujeres y niños incluidos? ¿Y no incineró a Sodoma y Gomorra? Estas no parecen las acciones de un Dios de amor.

Y, por último, está este otro problema. No sé mucho de esto, pero he oído que ninguno de los autores de los libros del Antiguo Testamento

es el que los libros dicen que son. He oído que un puñado de diferentes personas escribió los «cinco libros de Moisés», que Salomón no pudo haber escrito sus proverbios, etc. Pero entonces, tiempo después, alguien reunió todo eso y lo atribuyó a estas personas. Entonces, si Jesús pensaba que el Antiguo Testamento era la mismísima Palabra de Dios, ¿no estaría él completamente equivocado? Entonces, o él estaba equivocado al afirmar que era divino, o los discípulos estaban equivocados al decir que él había dicho aquello. Y quizá no resucitó. (Pero entonces, ¿qué hago con la evidencia?) O quizá nos alejamos de la solución hace tiempo al pensar que Dios era una persona. Como dije cuando empezamos este intercambio de cartas, no estoy seguro de lo que creo. Solo tengo preguntas. ¡Caray!

Con sincera perplejidad,

Papá



6 de noviembre de 1990

Querido papá:

Estoy todo adolorido. Apenas estoy empezando a caminar de nuevo. Tengo cuatro uñas del pie negras. Una prácticamente explotó durante la carrera. Mi zapato es más rojo que blanco. Y mis rodillas, mis pobres rodillas. Lo juro, no volveré a hacer una locura como esta (a lo menos hasta el año que viene).

Pero todo resultó muy bien y, créame o no, fue una gran experiencia. ¿Lo haría la «disonancia cognitiva»? Hacia el final de ambas carreras me sentí tan cerca de Dios como nunca antes me había sentido (probablemente porque estoy tan cerca de la muerte). Entre los corredores de Estados Unidos, finalicé séptimo, y en el resultado general, finalicé en el lugar 23. Considerando que este fue un Campeonato Mundial, no estuve tan mal, ¿verdad?

Las condiciones me favorecieron mucho, ya que tuvimos que correr toda la distancia en medio de un viento cuyas ráfagas alcanzaban casi sesenta kilómetros por hora. Esto liquidó a un montón de corredores más débiles que yo; si no hubiese sido por eso, habría terminado mucho más atrás.

Pero bueno, papá, entremos mejor en materias mucho más importantes. Yo tomo toda la Biblia muy en serio. ¿Cómo podría hacerlo de otro modo si Jesús es mi Señor? Él la tomó seriamente, entonces cómo no voy a hacerlo también yo. Esto me hace estar preparado para aceptar historias como verdad que de otra manera no aceptaría. Pero hay varias consideraciones que de alguna manera disminuyen esta dificultad.

Primero, hay que aceptar que en aquel entonces la humanidad estaba en una situación muy diferente a la de ahora. De ahí que la forma de operar de Dios fuera muy diferente a la que es ahora. Si no hubiésemos tenido el registro de los fósiles, me habría sido muy difícil creer que alguna vez la tierra estuvo habitada por criaturas tan grandes como un edificio porque nunca he visto nada igual. Todos estos dinosaurios son como una obra de ficción de King Kong. Pero porque la evidencia nos lo dice, creo en ellos. Ocurre lo mismo con la Biblia. Hoy día no vemos esa clase de extrañas y milagrosas actividades de que habla la Biblia, pero si la evidencia sugiere que en realidad tales cosas ocurrieron, si tenemos razones para aceptarlo, ¿por qué no hacerlo? La Resurrección de Jesús, la arqueología, las profecías, etc. son, afirmo, precisamente esas razones.

Segundo, hay que aceptar que las narraciones de la Biblia son selectivas. Están en la Biblia precisamente porque son inusuales. Dios dividió el Mar Rojo una vez. Actuó en esa forma tan extraña en relación con Sansón solo una vez. Él preparó la garganta del pez (la Biblia no dice que haya sido una ballena) para tragarse a un profeta rebelde una sola vez. Observando la historia en toda su amplitud, las obras espectaculares de Jehová en el Antiguo Testamento son raras. Pero han sido recogidas en una biblioteca llamada la Biblia, lo que hace que leídas colectivamente parezcan cosas que ocurrían todo el tiempo.

Tercero, como lo di a entender en una carta anterior, no veo razón para que Dios hubiese tenido que limitarse al género de la historia literal al revelarse a nosotros. No hay razón para que ciertas secciones de la Escritura no pudieran contener algunos elementos simbólicos. Si a través de utilizar géneros literarios de mito o alegorías se expresaba mejor el punto que Dios estaba tratando de señalar, ¿qué le iba a impedir usarlos? Nada.

Por eso, papá, tomar la Biblia seriamente no significa necesariamente tomar todo lo que contiene en forma literal. Y esta no es una nueva ocurrencia mía. A lo largo de la historia de la Iglesia, los líderes cristianos han sugerido que ciertos elementos de la Escritura no deben tomarse literalmente. Quizá, sugieren algu-

nos, la serpiente que hablaba haya sido un recurso literario usado por el Autor para representar a Satanás. Quizá el fruto prohibido represente la tentación.

Los autores en tiempos bíblicos no estaban tan infatuados como los «hechos literales» como tienden a estar los autores modernos. Con frecuencia entremezclaban historia y alegoría o historia y mito para señalar algo. En Ezequiel 19 encontramos uno de estos casos. El autor cuenta una historia real pero lo hace usando un simbolismo. El resultado es una historia que tiene un punto literal y que debe, como historia, ser tomada seriamente, pero que no se puede entender literalmente en cada punto. La idea que la Biblia debe ser 100 por ciento literal si es 100 por ciento inspirada es una idea muy reciente y bastante descaminada.

Pero de inmediato se levanta una pregunta a nuestras mentes modernas literaristas: ¿Cómo podemos distinguir entre lo que es literal y lo que es simbólico? Fue el temor provocado por esta pregunta lo que llevó a los fundamentalistas al comienzo del siglo pasado a insistir equivocadamente que todo en la Biblia debe ser literalmente verdad (aun cuando tomen algunos hechos selectivos como que son figurados, como el que Dios tenga plumas o lance llamas de fuego por la nariz, cosas que la Biblia también dice). Es una pregunta difícil, pero no es mucho lo que entendemos de esto. Todo es Palabra de Dios, por lo tanto, debe tomarse seriamente. La pregunta misma debe considerarse sobre la base de un análisis literario amplio del texto: ¿Qué quería decir el autor? Y hasta los expertos tienen desacuerdos. Pero de nuevo, no son cosas tan importantes.

Así que, papá, si usted tiene problemas con una serpiente que habla, no deje que esto le impida ver el punto central de la historia. Y el punto central no es que la serpiente hable. El punto es que Eva sucumbió a una mentira sobre quién era Dios, y quién era ella, y creyó que podría ser mucho más de lo que era. Dejó de estar de acuerdo con lo que Dios había querido que fuera al crearla. Para ella, la gracia de Dios no fue suficiente. Este es el punto de enfoque en este relato, y es la esencia de todo pecado hasta hoy. ¡La historia es increíblemente profunda! Trátese de una serpiente literal o simbólica, de ninguna manera puede afectar el punto central de la historia.

Ahora, respecto a la venganza de Dios en el Antiguo Testamento, tengo que confesar que comparto con usted mucho de su perplejidad sobre el asunto. Sin embargo, la situación me ayuda a poner las cosas en perspectiva. Primero, como le he dicho antes, siempre es mejor trabajar de lo conocido a lo desconocido. Jesús es la persona en quien Dios se revela plenamente. Esto, para mí, debe ser mi defi-

nición central de Dios. Sea Dios como sea, no puede ser diferente del Dios que encuentro aquí. «El que me ha visto a mí», dice Jesús, «ha visto al Padre» (Juan 14). Si algo en la Escritura parece contradecir esto, debo confesar ignorancia y refrenarme de emitir juicio. No siempre sé por qué Dios hizo lo que hizo en el Antiguo Testamento. Pero ya que sé por otras manifestaciones que Dios es un Dios amoroso y todo sabio, debo sencillamente confiar que él tuvo razones de sabiduría y amor para hacer lo que hizo.

Segundo, de nuevo tenemos que recordar que cuando leemos el Antiguo Testamento estamos bregando con un mundo completamente diferente al nuestro. Nos cuesta imaginarnos cómo era el mundo antiguo. Era tan diferente al nuestro como es diferente el desarrollo mental del aborigen más primitivo del nuestro. Era un mundo intensamente violento, movido por el poder, donde imperaba «el derecho del más fuerte» (quizá no tan diferente a nuestro mundo actual, pensándolo bien). La vida valía menos.

Los cananeos, por ejemplo, acostumbraban ofrecer sacrificios de bebés recién nacidos que quemaban vivos. Hay evidencia que muestra que llevaban a cabo algunos rituales «religiosos» en que amarraban las piernas de la mujer en el acto de dar a luz y la dejaban así hasta que moría. A veces estas culturas empalaban a los adultos conquistados y celebraban sus victorias reventando la cabeza de los hijos de los conquistados contra las rocas.

Quizá una de las razones que Dios pudo haber tenido para el uso de la violencia en el Antiguo Testamento haya sido que la violencia era la única forma de lograr lo que se proponía. En el fragor de la batalla, solo las bombas hablan.

Otra consideración es esta: quizá la muerte de cierta gente haya sido, en determinadas circunstancias, el menor de dos males. ¿No creemos que a veces la muerte es preferible a la vida? Si con esto consideramos la perspectiva universal de Dios, deberíamos preguntarnos no solo cuál de los dos males es el menor para las personas involucradas sino cuál es el mal menor para todo el mundo a lo largo de la historia. Dios tiene una agenda para toda la historia y dado el estado caído y bárbaro del mundo, a veces la muerte de grandes grupos de personas es preferible que dejar que tales grupos (los cananeos, por ejemplo) afectaran adversamente el plan total de redención de Dios. (De hecho, los pocos cananeos

que sobrevivieron, debido a que los israelitas no los exterminaron a todos, les causaron increíbles dificultades más tarde.)

Una consideración final sobre esto. Si creemos en una vida posterior como yo lo creo, la muerte de los cananeos no es realmente el final de sus vidas. Es posible que sea el comienzo de una vida eterna con Dios. Lo que Dios hace con propósitos históricos no es necesariamente una indicación de cómo juzga a los pueblos eternamente. Y en esta luz, la muerte de ciertos cananeos, especialmente los niños, podría verse como un acto de misericordia. Quizá se les evitó vivir una vida infernal (y probablemente una vida infernal en el más allá) de haber seguido viviendo hasta llegar a adultos. Esto puede sonar insensible (me siento insensible con solo decirlo) pero lo hago solo desde una estricta perspectiva de «este mundo».

Algo similar podría decirse, supongo, en cuanto al diluvio. La humanidad había alcanzado niveles increíbles de pecado. «Cada pensamiento de ellos era de continuo al mal», dice la Biblia. La humanidad era igual que los cananeos, pero en una escala global. ¡Trate de imaginárselo! Esto afligió a Dios, dice la Escritura, al punto que casi deseó no haber creado nunca a la raza humana. Sin embargo, en lugar de abandonar el proyecto completamente, encontró a una persona digna de ser recuperada: a Noé. Entonces decidió recrear a la humanidad usándolo como el nuevo Adán. En un sentido, se podría decir que cuando la existencia es peor que la no existencia, Dios simplemente cancela su don de existencia. Esto es lo que Dios hizo en el diluvio. Es la medida extrema que Dios tuvo que tomar para mantener su plan de finalmente tener un pueblo con el cual compartir y manifestar su amor y gozo eterno.

Finalmente, permítame referirme brevemente a sus preguntas sobre la autoría del Antiguo Testamento. Voy a decir de nuevo, papá, que esto tiene poca o ninguna importancia sobre la inspiración de la Biblia. Por mi parte, creo que la evidencia indica que Moisés fue el autor primario de los primeros cinco libros de la Biblia, pero también parece claro que utilizó fuentes anteriores a él (como lo hicieron los autores de los Evangelios), y también ese material fue agregado a esta obra en una fecha posterior.

¿Pero en qué incide todo esto? ¿Qué pasaría si Moisés solo hubiese prestado su nombre para que este trabajo se le atribuyera a él? ¿Pone a Jesús en un error por seguir la tradición y referirse a «los cinco libros de Moisés»? Creo que no. Lo mis-

mo podría decirse de Proverbios, Salmos o el libro que usted quiera. Nadie cree que Salomón haya escrito de su puño y letra cada proverbio de la colección titulada Proverbios. Pero él es a quien la literatura de sabiduría semítica antigua atribuye la autoría de los libros que aparecen como suyos. Lo mismo ocurre con David y los Salmos. Algunos de los salmos tienen explícitamente a otro autor que no es David. Pero la obra como un todo es conocida como «los Salmos de David» porque él es tradicionalmente la figura principal detrás de los antiguos salmos semíticos.

Espero que esto clarifique un poco las cosas, papá. Me parece que una buena porción de sus problemas con la Biblia nace de un concepto erróneo sobre qué clase de libro se supone que es la Biblia. Este es un concepto bastante común incluso entre los cristianos (que es de donde una buena parte de toda esta controversia sobre su «inerrancia» surge). Pero una vez que se logra una perspectiva correcta de los asuntos, estos llegan a ser significativamente menores.

De modo que lo animo, como ocurrió conmigo antes, a que sea paciente con las partes conflictivas de este libro que Dios inspiró y se abra a su poder transformador. ¡De veras que es inspirado! Si se lo permite, le llevará a una relación personal con el Salvador.

Como siempre, con amor y esperanza,

Greg

CARTA 21

¿Fue la Iglesia Católica la que compiló la Biblia?

11 de diciembre de 1990

Querido Greg:

Déjame decirte una vez más lo orgulloso que estoy por tu actuación en la carrera en que participaste. Espero que no tengas ni un daño permanente y que tu familia por fin se sacó esta locura tuya de su sistema. Siento que no vayan a poder venir. Estábamos confiados que sí podrían. Deseamos mucho verlos. Pero entendemos. Cuando nos ganeamos la lotería, Jeanne y yo vamos a volar todos los años para visitarles.

Sobre la teología. Greg, casi detesto reconocer esto, pero estás empezando a tener razón. He venido pensando que muchas de las objeciones sobre el cristianismo son el resultado de buscar en dos fuentes erróneas: la Iglesia Católica y esos predicadores de la televisión (a los que ocasionalmente veo solo para reírme un poco). Tu explicación sobre la Biblia dispó una buena cantidad de nebulosas que tenía en mi cabeza sobre el libro. Todavía no me queda muy clara la figura de Dios en el Antiguo Testamento, pero estoy más dispuesto a suspender todo juicio sobre eso por la perspectiva que me has dado.

Pero me ha surgido otra pregunta mientras leía y releía tu carta. Me enseñaron en mis días de católico que los protestantes estaban equivocados en basar toda su fe en la Biblia, pues fue la Iglesia Católica la que la compiló. ¿No fue la Iglesia Católica la que decidió qué libros incluir y cuáles no? ¿Fue alrededor del siglo quinto que hicieron este trabajo? El sacerdote que nos enseñó esto quería convencernos de que los protestantes deben a los católicos el que tengan una Biblia.

Me pregunto cómo podría ser esto si la Biblia es la Palabra de Dios. Es decir, por qué se tomó tanto tiempo en decidir y cómo podría Dios dejar una decisión tan importante en manos de bribones tan egocéntricos. He oído algo por ahí que fue cierto concilio de obispos el que votó so-

bre cuáles libros eran y cuáles no eran inspirados. No me parece una forma muy digna de establecer la Palabra de Dios. ¿Cómo saber si ellos estaban en lo correcto? ¿No se habrán pasado algunos libros «malos»? ¿No habrán dejado afuera algún libro inspirado?

¿Y no siguen católicos y protestantes peleando por esto? ¿Por qué la Biblia católica tiene más libros que la Biblia protestante? ¿Si ambas dicen ser la «Palabra de Dios»? No entiendo esto.

Por eso, aunque tu presentación sobre Cristo y la Biblia ha sido muy convincente, todavía tengo un montón de obstáculos que vencer antes que pueda saltar dentro de tu nave de fe.

Con todo mi amor,

Papá



28 de diciembre de 1990

Querido papá:

Espero que usted y Jeanne hayan tenido una linda Navidad. De nuevo, siento que no pudimos ir a verles. ¡El próximo año de seguro que iremos! Hemos empezado a ahorrar para el viaje y le aseguro que nada nos detendrá. No solo queremos verles a usted y a Jeanne sino que nuestros niños nos tienen locos con su deseo de ir a Disney World.

No puedo expresarle qué feliz me siento al ver que está empezando a ver la plausibilidad del cristianismo. Se lo he venido diciendo, papá. Usted es un blanco perfecto. Dios no lo va a dejar ir. ¡Entre el Espíritu Santo y yo, no le veo a usted ninguna posibilidad de escapar!

Vamos ahora a su pregunta. Me temo que de nuevo esté mal informado, o no entendió bien la información que le dieron sobre el proceso de la formación del canon. Es verdad que no hubo ninguna lista de libros en el canon sino hasta el siglo quinto, y es verdad que hubo unos cuantos libros sobre los que cierta gente influyente discutió (y lo siguen haciendo). Pero la vasta mayoría del canon del Nuevo Testamento se fijó en el siglo segundo. Esto se puede comprobar por la

forma en que los padres de la iglesia primitiva citan el Nuevo Testamento como autoritativo. Más del 90 por ciento del Nuevo Testamento puede reconstruirse de citas de los padres primitivos hasta el siglo tercero.

La única razón de que alguien se hubiese preocupado por un canon «oficial» fue que un hereje llamado Marción surgió en el siglo segundo y formó su propio canon herético. Este Marción odiaba a los judíos, y odiaba el Antiguo Testamento, de modo que empezó su propia rama de cristianismo, excluyendo completamente el Antiguo Testamento (decía que un dios malo lo había escrito) y usando solo fragmentos del Nuevo Testamento. Cortó y unió porciones de cada libro para armar su aberrante teología.

Cuando su movimiento empezó a adquirir popularidad, la Iglesia tuvo que dar a sus fieles una enseñanza oficial sobre lo que era y lo que no era el Nuevo Testamento. No es que haya tenido que defenderse al Nuevo Testamento sino que fue necesario hacer frente a esta enseñanza falsa. Se hicieron pronunciamientos oficiales. La primera lista «oficial» de libros que tenemos es el canon de Muratori, que data de alrededor del año 170 d.C. La lista que tenemos en él es casi idéntica a la que usted encuentra en las Biblias de hoy día.

Vea, papá, los libros inspirados del Nuevo Testamento fueron aceptados como tales por personas de fe casi desde el principio. No hubo una gran controversia al respecto. Estas obras estaban circulando por todas las iglesias y gradualmente se fue reconociendo un bien organizado cuerpo de literatura como el Nuevo Testamento. Lo que vino primero fue la formación no oficial del canon, seguida por controversias como las de Marción, y luego vino la formación oficial del canon. Aparte del establecimiento formal de unos pocos libros que algunos consideran cuestionables, el canon oficial no agregó nada a lo que ya se tenía.

Ahora, en respuesta a su pregunta de cómo podemos estar seguros de que todos los libros que debían incluirse fueron incluidos y todos los libros que no debían incluirse quedaron excluidos. Me temo que no tengo una respuesta concluyente sobre esto. No puedo negar la posibilidad teórica de que algún libro haya sido incluido y no debía habersele incluido (Lutero sospechaba esto del libro de Santiago). Ni puedo excluir categóricamente la posibilidad de que un libro inspirado haya sido dejado fuera cuando debía habersele incluido.

Pero no dejemos que esto nos quite el sueño. Tres consideraciones me permiten dormir por la noche.

Primero, en algún punto de todo esto tengo que creer en la providencia de Dios. Si Dios se tomó tiempo y esfuerzo para encarnarse y salvarnos, tengo que creer que también supervisó el proceso general por el cual la información de este evento pasara a nosotros. Jesús prometió a sus discípulos que el Espíritu los inspiraría y que el mundo creería en él a través de su palabra. Si él inspiró este trabajo, tengo que creer que se aseguraría que fuera incluido en el canon. Si un libro se «perdió», tengo que creer que no era de importancia crucial.

Segundo, el proceso de reunir los libros inspirados en un canon no fue un asunto informal para la iglesia primitiva. Esta gente estaba muriendo por su fe, lo que los hacía querer asegurarse de que todo aquello en que creían les llegara de la boca de Dios. Nadie quería morir por una mentira. Así es que aplicaron criterios estrictos sobre estos libros. ¿Quién los escribió? ¿Cuándo se escribieron? ¿Es su contenido congruente con otras obras que todos reconocen como inspiradas? ¿Los recibieron las iglesias desde el principio como inspirados? ¿Tienen el poder transformador de la Palabra de Dios? Ellos estaban en mejor posición que nosotros para responder muchas de estas preguntas, y tenían más que perder si las respondían erróneamente. Por eso, me siento confiado aceptando sus decisiones. Además, estas obras ahora llevan el testimonio de cristianos a lo largo de la historia que creen que son inspiradas y que transforman vidas. Así es que si ocurre que encuentro un libro en particular que no me parece inspirado, sería muy presuntuoso de mi parte no sospechar que la falla es más mía que del propio libro.

Finalmente, aun si fuéramos a rechazar las pocas cartas que estuvieron en discusión en la iglesia primitiva (en realidad, estas cartas no fueron reconocidas por la iglesia sino hasta el siglo quinto), no se habría perdido gran cosa en el Nuevo Testamento. El Nuevo Testamento forma un monumento increíble que se mantiene intacto aun si llegaran a quitársele algunas piedras notables. Segunda de Pedro, por ejemplo, fue objeto de discusión porque su estilo es muy diferente al de Primera Pedro. Esto se puede explicar fácilmente (él nos dice que consiguió la ayuda de Silas para que escribiera la primera carta, 1 Pedro 5:12), pero si aun se quitara 2 Pedro, no habría alteración mayor. Lo mismo podría decirse de 2 y 3 de Juan, Santiago, Hebreos y Apocalipsis. Todos estos son libros muy buenos y yo me alegro que estén en el canon. Pero la cuestión es que nada central en cuanto a la salvación depende de su existencia.

La idea de que los protestantes deben su Biblia a la Iglesia Católica del siglo

quinto es un error. De hecho, si se va a definir Iglesia Católica por la línea de papas que la dirigieron, es muy difícil argumentar que en realidad hubo una Iglesia Católica antes del siglo sexto (y probablemente aun después).

En cuanto a su pregunta sobre la diferencia entre las Biblias católica y protestante, esto no tiene nada que ver con el canon del Nuevo Testamento. La diferencia más bien vino con la ruptura de Martín Lutero con la Iglesia Católica en el siglo dieciséis. A partir de este tiempo ha habido un cuerpo de literatura, conocido como literatura apócrifa, que acompañaba la literatura canonizada oficialmente de la Biblia. Hubo una diferencia de opiniones entre los líderes de la iglesia sobre esta literatura. Algunos pretendían que tenía el mismo status que la literatura bíblica; y otros no (una ambivalencia heredada del judaísmo). Así es que se decidió incluirla en el canon bíblico como literatura “edificante” pero no fue oficialmente considerada con la misma autoridad que el resto de la Biblia.

Con la ruptura de Lutero con la iglesia, sin embargo, el status ambiguo de los libros apócrifos tuvo que ser aclarado por diferentes razones. La más importante fue el hecho que los líderes católicos querían citar esta literatura como respaldo de algunas de sus doctrinas que Lutero negaba (p.e., el purgatorio). Como Lutero negó absolutamente la canonicidad de estos libros apócrifos, la Iglesia Católica del otro extremo se vio forzada a respaldar esta literatura. Ambas posiciones fueron «nuevas» en la historia de la iglesia.

Por mi parte, papá, estoy en el lado de Lutero. Sin explicar por qué lo estoy, quiero decirle que (a) ni Jesús ni los discípulos jamás citaron los libros apócrifos como autoritativos; (b) los libros apócrifos contienen material que parece contradecir la enseñanza del Nuevo Testamento; (c) los padres de la iglesia primitiva rara vez citaron los libros apócrifos como autoritativos; y (d) la calidad de la literatura, diría, es significativamente inferior a la literatura incluida en el canon.

Pero, como con los libros del canon que fueron cuestionados en la iglesia primitiva, nunca voy a perder el sueño por este asunto. No hay mucho que dependa de ello. Ni pienso endosar la opinión de antes de la Reforma sobre los libros apócrifos. Si alguien encuentra esta literatura inspirada, edificante y capaz de transformar la vida, grandioso. Yo no. Que cada uno decida por sí mismo.

El quid de todo esto, papá, es que cualquier asunto menor en torno a la Biblia

nunca afectará el contenido central y el mensaje fundamental de la Biblia. Lo animo a que empiece a leerla. Quizá quiera comenzar con los Evangelios, especialmente el Evangelio de Juan. Olvidese de las objeciones y procure oír lo que la obra le está diciendo. Deje que el Espíritu Santo use el texto para que su corazón escuche lo que tiene que oír.

El propósito de toda la Biblia, papá, es conducirlo a usted a una relación amorosa con Jesús. La Biblia cobra vida conforme a la medida en que la persona se encuentre con Cristo a través de ella.

Con todo mi amor y esperanza,

Greg

CARTA 22

¿Por qué hay tantas diferentes interpretaciones de la Biblia?

16 de enero de 1991

Querido Greg:

Espero que tengas un buen comienzo de año. Muchas gracias por tu última carta. Aclaró muchos de los errores que tenía sobre cómo la Biblia llegó a ser lo que es. Todavía tengo algunas dudas ajustando la autoridad que este libro se supone que tiene con la aparente imprevisión con que fue formado «oficialmente». ¿Por qué Dios no lo mandó del cielo de una vez? Pero al menos me ayuda saber que no es el producto de una iglesia en la que no creo.

La pregunta que ha surgido después de la que te hice en mi última carta, Greg, es la siguiente: Si la Biblia es la Palabra de Dios, ¿por qué es tan poco clara? Quizá tú digas que no es poco clara, pero si fuera así, ¿por qué hay tantas interpretaciones de ella? Quiero decir, hay más de 1,200 diferentes denominaciones cristianas solo en los Estados Unidos. Cada una afirma tener la interpretación «correcta» de la Biblia. ¿Cómo puede ser eso? ¿No puede Dios hablar claramente? ¿Y cómo una persona sin un doctorado en teología puede llegar a saber cuál es la correcta?

Da mi amor a tu esposa y a los niños. A la espera de tus noticias,

Con todo mi amor,

Papá



24 de enero de 1991

Querido papá:

Papá, si usted fuera la mitad de cristiano de lo que es de escéptico, sería un tremendo teólogo. Estoy empezando a preguntarme si habrá alguna objeción al cristianismo que usted no me presente.

El problema de la desunión entre los cristianos es una espina perpetua en la carne de cada cristiano. Hacia el final de su ministerio, Jesús oró que todos los creyentes fueran uno para que el mundo supiera que Dios realmente lo había enviado (Juan 17). Bueno, no estamos muy unidos que digamos y esto, en parte, daña nuestro testimonio de que Cristo es el Salvador.

Este no es tanto un comentario sobre la ambigüedad de la Biblia como sobre la pecaminosidad de la Iglesia. La mayor parte de las diferencias entre las iglesias, papá, son más el resultado del orgullo, la arrogancia, la vanidad y un hambre de poder que diferencias legítimas en interpretar la Biblia. Los cristianos son pecadores, papá, pura y llanamente. El lado malo de esto es que obstaculiza la obra de Dios. El lado bueno de esto es que nos reasegura a usted y a mí que encajamos bien en ella. Si esto fuera algo así como un club de santidad, hace rato que yo no estuviera en ella.

Nada de esto debería sorprendernos. Difícilmente encontraremos un relato bíblico que muestre a Dios alcanzando su propósito a través de alguien que no hizo lo máximo para echarlo a perder. La Biblia misma dice que «Dios escogió lo insensato del mundo para avergonzar a los sabios, y escogió lo débil del mundo para avergonzar a los poderosos» (1 Corintios 1:27). Abraham, por ejemplo, era el hombre de Dios del momento. ¿Y qué es lo que hace? Dos veces deja que un extraño se trate de llevar a su esposa a la cama para salvar el pellejo. ¡Vaya «hombre de Dios»! ¿Y David? La Biblia dice de él que fue un «hombre conforme al corazón de Dios». Pero se acostó con la mujer de otro hombre, la dejó embarazada y mandó matar al marido de la mujer para poder casarse rápidamente con ella y ocultar su delito. ¡Qué clase de «santo»! ¿E Israel, la «nación elegida de Dios»? A través de toda la historia bíblica es constante en su rebeldía contra Dios, y corre tras dioses falsos y echa a perder las cosas. Y ahí tiene la iglesia cristiana que vemos hoy día. Nada ha cambiado, ¿no es cierto?

Pero en alguna manera, esto nos muestra algo muy importante, papá. En cierta

ocasión, Pablo escribió, «En fin, Dios ha sujetado a todos a la desobediencia, con el fin de tener misericordia de todos (Romanos 11.32). En una forma misteriosa, Dios usa los vehículos de su comunicación para demostrar a todos una verdad universal: las personas son pecadoras y necesitan de la gracia. En ninguna parte esta pecaminosidad es más obvia y en ninguna parte se manifiesta más que en el «pueblo de Dios». Abraham, David, Israel, la Iglesia (si Dios puede salvar y usar a pecadores como estos, hay esperanza para todos). Cuando el plan de la creación llegue finalmente a su culminación, papá, Dios se manifestará eternamente como el Dios de misericordia que no perece ante la rebelión humana y el pecado. Y mientras claramente se muestre lo último, más claramente se revelará lo primero. Así que, por ahora, él actúa a través de una iglesia pecadora.

La mayoría de las divisiones del cristianismo, entonces, se deben a su pecaminosidad. Pero estaría esquivando su pregunta si le dijera que todas las diferencias entre las iglesias tienen su origen en esto. Hay otras dos razones que explican las diferencias entre las iglesias. Ninguna, sin embargo, impugna la claridad de la Biblia.

Primero, no todas las iglesias consideran a la Biblia en la misma forma. Las iglesias liberales no creen que sea la «Palabra de Dios» en una forma definitiva. Se sienten en libertad de rechazar aquellos aspectos con los cuales no están de acuerdo. Los fundamentalistas, al otro extremo, tienen miedo de todo «liberal» que tienda a leer la Biblia «ahistóricamente». Estos tratan de hacer de la Biblia un documento legal del siglo veintiuno.

Luego están los católicos que ven la Biblia como una de varias fuentes de autoridad (el papa y la tradición serían las otras dos). La Iglesia Ortodoxa tiene la misma perspectiva, excepto que no acepta al papa. Y luego están los llamados «evangélicos» que, como los fundamentalistas, ven la Biblia como la Palabra de Dios, pero sostienen que debería leerse en su contexto histórico. Para ellos no es un documento legal del siglo veintiuno.

La diferencia en perspectivas claramente impide que estas iglesias trabajen unidas y en perfecta armonía. Como supongo que se habrá imaginado por la forma en que he manejado sus preguntas anteriores, yo soy «evangélico». A diferencia de la iglesia liberal, procuro considerar la Biblia con la misma actitud con que Jesús lo hizo. Porque lo llamo a él «Señor», no hay nada que rechace de ella. A diferencia de los fundamentalistas, sin embargo, veo el valor y la necesidad de leer

la Biblia a la luz de la historia. Como habrá visto, no estoy opuesto al descubrimiento de «fuentes» en la tradición bíblica, ni de sostener que ciertas partes no deberían tomarse literalmente si la evidencia indica en tal dirección. Y a diferencia de las iglesias Católica y Ortodoxa, no encuentro buena base para aceptar algo fuera de la Biblia que tenga la autoridad que la Biblia tiene.

Estas diferencias, claramente, no son el resultado de ambigüedad alguna en el texto bíblico mismo. Son, en mi opinión, el resultado de influencias culturales e históricas que colorean la comprensión que se tiene del status de la Biblia misma.

Segundo, hay, dentro de cada uno de estos grupos diferencias de opinión sobre ciertos pasajes que tienen que ser interpretados. ¿Enseña la Biblia que el pan y el vino de la Comunión son un símbolo del cuerpo y la sangre de Cristo, o son verdaderamente su cuerpo y su sangre? ¿Enseña la Biblia que los niños y los adultos deben bautizarse? ¿Qué simboliza el bautismo? ¿Enseña la Biblia que la iglesia debería gobernarse desde arriba hacia abajo (un gobierno jerárquico) o desde abajo hacia arriba (un gobierno congregacional)? ¿Debe hablarse en lenguas en la iglesia, o no? Más allá de las diferentes maneras de ver la Biblia misma, estas son algunas de las diferencias en la interpretación bíblica que distingue a una iglesia de otra.

Ahora podría darle mis razones por sustentar la teología particular que sustentó en cada uno de estos asuntos, pero más importante que esto es reconocer que estas diferencias son totalmente irrelevantes al mensaje central del Nuevo Testamento que sigue oyéndose fuerte y claro: ¡Cristo Jesús murió por usted y es el Señor y Salvador de todos los que creen!

Papá, una persona no es salva por la forma en que ve la Comunión, o el gobierno de la iglesia o lo que sea. Una persona es salva por su relación con Jesucristo, sea que pertenezca a una iglesia liberal, fundamentalista, católica o evangélica, sea lo que sea que crea sobre el bautismo de infantes y adultos o sobre el gobierno de la iglesia jerárquico o congregacional, etc. La Palabra de Dios es perfectamente clara al menos en este punto central. No es problema de la Biblia si no se puso cuidado en estos asuntos doctrinales que se habrían de presentar en la Iglesia. No es, por tanto, falta de la Biblia si no se da una respuesta clara a cada pregunta que quisiéramos hacer. Y no es falla de la Biblia si la gente, bajo las influencias de factores históricos y culturales, hace de la Biblia lecturas diferentes. Lo

más importante de oír se puede oír claramente si el corazón de la persona está dispuesto.

Así que, papá, llegamos al mismo punto al que llegamos en cada carta. Deje estas cosas tranquilas por un rato y piense en su relación con Cristo Jesús. La verdad y vida de esta relación manténgalas separadas de todos estos otros asuntos. Una vez que haya entrado en esta relación y se nutra de ella, como desea, empiece a preocuparse de estos otros asuntos. Son importantes, sin duda. Pero ninguno de ellos «salva». Y ahora, ¡yo quiero que usted sea salvo! Es cuestión de una oración, papá.

Con todo mi amor y oraciones,

Greg

CARTA 23

¿Qué me dices de los «libros santos» de otras religiones?

4 de marzo de 1991

Querido Greg:

Me alegró hablar contigo la semana pasada. ¡Qué pena que tu familia se haya resfriado! La gente de Florida nunca se enferma. ¿Sabías eso? Estoy seguro que hay una gran cantidad de escuelas por aquí que estarían felices de tenerte, Greg. ¿Por qué no haces algo inteligente y te mudas para acá?

Me sorprendió, y no dejó de impresionarme la forma en que en tu última carta machacas sobre la pecaminosidad de la Iglesia. Siempre me ha parecido que los cristianos tratan de parecer santos, pero lo que tú dices, es algo que cualquiera con medio cerebro puede ver. Mira el caso de Jimmy Swaggart. Siempre tomé esto como una evidencia más de que el mensaje de la Iglesia no podía ser correcto, pero me has quitado bastante de esa opinión. Si el mensaje que Dios está tratando de comunicar al mundo a través de la Iglesia es que todos somos pecadores, está haciendo un tremendo trabajo.

Me pregunto, sin embargo, si no has minimizado la culpa que la Biblia debe asumir por las diferentes opiniones que los cristianos tienen de ella. ¿Son preguntas sobre el bautismo y cosas así los únicos puntos en los cuales los cristianos no están de acuerdo? ¿No creía el grupo al que pertenecías cuando te hiciste cristiano que el concepto de la Trinidad estaba equivocado? ¿No dicen los Testigos de Jehová, que siempre andan rondando por aquí, que Jesús no es Dios? Estos parecen desacuerdos bastante más importantes, pero ellos también afirman que se basan en la Biblia.

Esto me lleva a una pregunta aun más fundamental. Todas las religiones tienen sus propias Biblias, ¿no es así? ¿Cómo puedes saber que la tuya es la única verdadera? Ellos, sin duda, tienen sus propias razones

para defender aquella en la que creen, como tú haces con la tuya. Entonces, ¿cómo puedes decir que la tuya es la única verdadera? Me parece que tu posición es bastante estrecha.

Bueno, suficiente por ahora. Cuídate, hijo.

Con el amor de siempre,

Papá



15 de marzo de 1991

Querido papá:

¿Así es que la gente de la Florida nunca se enferma, eh? ¿Qué más enfermedad que el calor?. Yo me quedo con mis ocasionales romadizos.

Vamos a sus preguntas. Está en lo correcto cuando dice que hay ciertos pequeños grupos sectarios que se distinguen del cristianismo tradicional por interpretar la Biblia en una manera que niegan algunos principios centrales de la fe. Pero estos grupos generalmente se consideran «sectas» y su singularidad los perjudica. Cada vez que alguien «descubre» alguna nueva «verdad» en la Biblia que nadie en la historia de la Iglesia había visto jamás —y estas sectas están fundadas sobre estas presunciones— a uno inmediatamente lo ponen en el terreno de la sospecha. Esto es especialmente verdad si el «descubrimiento» tiene que ver con algún punto central de la fe.

Por supuesto, esto no es imposible, pero a través de la historia, la iglesia ha tenido algunos eruditos brillantes y hombres verdaderamente espirituales, de manera que si alguien va a pretender que todas estas personas pasaron por alto algún punto central a la salvación, necesita presentar un argumento mejor para respaldarlo. (Se requeriría, además, una montaña de evidencia para llegar a creer que Dios dejó que su Iglesia existiera en un error fundamental a través de siglos hasta el momento de tan importante «descubrimiento».)

Ninguno de estos grupos sectarios ha llegado a presentar un argumento así. De hecho, su manipulación de la Biblia es por lo general desinformada e incluso bastante rara. Para hacerlo, tendrían que soslayar enseñanzas que todos los de-

más que han leído la Biblia han considerado muy claras. Lo que realmente alimenta su esfuerzo es una necesidad de sentirse «elitistas» en su creencia. Algunas personas necesitan creer que tienen algo que nadie más tiene. Por cierto, este sentimiento dominaba al grupo aberrante al que pertenecí en la década de 1970.

Pero a la Biblia misma no se le pueda culpar de nada de esto. No podríamos culpar a Shakespeare si una persona mal informada que necesitaba sentirse especial hizo una interpretación antojadiza de Macbeth, ¿no le parece?

Acerca de los «libros santos» de otras religiones, solo quisiera decir tres cosas.

Primero, solo unas pocas religiones importantes tienen «libros santos» que dicen que son la «Palabra de Dios». La literatura de la mayoría de las religiones (hinduismo y budismo, por ejemplo) es considerada por sus adherentes como sagradas y llenas de sabiduría, pero en ningún caso infalible. Por eso, mi postura respecto de esas obras es leerlas y juzgarlas por mí mismo y ver hasta qué punto contienen «sabiduría sagrada». A veces la contienen, a veces no. Hasta un adherente a esas religiones podría decirle lo mismo.

Segundo, sobre las otras religiones que en efecto tienen «Biblias rivales» la posición más razonable, pienso, es trabajar desde lo conocido a lo desconocido. Yo sé por qué creo en Cristo, por qué creo en la Biblia y lo que la Biblia ha hecho para mi vida. Tengo que empezar con esto. Cuando juzgo a «la competencia» en esta luz, llego a la conclusión que, como ella contradice la Biblia en ciertos puntos fundamentales, tampoco puede ser la Palabra de Dios. Como cualquier otra literatura religiosa, puede contener mucha sabiduría humana. Pero no puedo considerarla como que tiene la autoridad con que Jesús invistió a la Biblia.

Pero, usted pregunta, ¿no tienen estos grupos sus propias razones para creer en sus libros sagrados? Veamos. He leído los libros islámicos que tratan de probar la inspiración del Corán, y los libros mormones que tratan de probar la inspiración del Libro de Mormón y, francamente, no me han dejado nada impresionado. Sencillamente no tienen el carácter irrefutable que la Resurrección o la profecía bíblica cumplida tienen. Además, ya que estos dos libros (y otros como ellos) contradicen a la Biblia en asuntos fundamentales, todas mis razones para creer en la Biblia también constituyen razones para no creer en ellos. Así que no solo no tienen una buena base en favor de ellos sino que también tienen una sólida evidencia contra ellos.

Tercero, no debería sorprenderle, papá, encontrar que hay otras obras que pretenden ser Palabra de Dios. Por una cosa, esto sencillamente revela qué hambrienta está la gente de oír la Palabra de Dios. Cuando una persona desnutrida no tiene nada que comer, crea fantasías, inventando una cena de su propia creación. Como C.S. Lewis dijo en una ocasión, «los mitos apuntan a la realidad». Un mito expresa la convicción del corazón de que tal y más cual cosa podría ser real. Si hay una auténtica «Palabra de Dios», deberíamos esperar que haya aproximaciones mitológicas a ella en culturas donde está ausente o a lo menos donde no se la reconoce como lo que es.

No creo que esto sea tener una mente estrecha como usted sugiere. La gente de mente estrecha no ataca lo que usted cree sino cómo lo cree. Si yo me hubiese negado a considerar otras perspectivas, otros libros religiosos y otras filosofías que no estuvieran de acuerdo con la mía, tendría una mente estrecha. Pero el que yo sostenga una creencia que está en desacuerdo con otras perspectivas, con otros libros religiosos y con otras filosofías no me hace estrecho de mente. No importa lo que usted crea, papá, siempre habrá más que estén en desacuerdo con eso que los que estén de acuerdo. «La verdad es una, pero la mentira es múltiple».

Papá, la Biblia misma nos dice que lo examinemos todo y retengamos lo bueno (1 Tesalonicenses 5:21). Someta a todos los que aseguran ser la revelación a la misma prueba y descubrirá, se lo aseguro, que la Biblia será la única que quede como la definitiva «Palabra de Dios». Todas las demás posiblemente, y de hecho, contienen hermosas ideas literarias y filosóficas. Pero no comunican a la humanidad la única cosa que realmente se necesita: la persona de Cristo.

Gracias por mantenerse escribiendo. Aprecio la oportunidad de este intercambio con usted. Uno de estos días vamos a sacarlo de su «cubo de preguntas» y se va a encontrar con el rostro amoroso del Salvador, quien le va a decir, «Te he estado esperando, Ed». ¡Se acabó la espera!

Con todo mi amor y esperanza,

Greg

Parte IV

Preguntas sobre vida cristiana y doctrina

CARTA 24

¿Van al infierno todos los que no son cristianos?

4 de abril de 1991

Querido Greg:

La forma en que examinas los «libros sagrados» de otras religiones me parece que tiene sentido, pero quizá se deba a que yo soy una persona occidental un tanto familiarizada con la Biblia. Por eso, todavía no estoy satisfecho con tu respuesta. La raíz de mi problema, creo, es que a pesar de cuánto más razonable sea la Biblia (¡para nosotros!) de creer en ella como la Palabra de Dios más que cualquier otro libro, la gente va a seguir creyendo en otros libros mientras que sean parte de su educación y cultura.

En tu opinión, ¿no significa esto que tales personas no serán salvas jamás? ¿No es esto lo que cree toda esa gente «nacida de nuevo»? ¿Y no significa que toda esta gente desafortunada —que constituye la vasta mayoría del mundo— va a ser mandada al infierno por tu Dios que es todo amor? Pero cómo podría ser esto posible si ellos no han tenido nada que ver con *cuándo* nacieron, *dónde* nacieron, *dentro de qué* cultura nacieron, e incluso de *quiénes* nacieron. Pero, *estas* son las cosas que deciden el cielo y el infierno. *Estos* son los factores que determinan qué clase de filosofía de la vida una persona va a sustentar. Sea cual fuere el libre albedrío que en realidad tengamos, su amplitud de operación está *dentro* de los límites fijados por *estos* factores. En consecuencia, la filosofía de la vida de la persona, o la salvación, no es algo que se pueda elegir «libremente».

Supongo que estoy volviendo a mi vieja queja sobre la justicia de Dios. Si el mal fortuito en nuestro mundo es difícil de aceptar, el mal fortuito en la eternidad es totalmente imposible. ¿Cómo se puede ir al infierno por el accidente de dónde se nació? ¿Cómo puede haber un camino directo a Dios cuando hay tan pocos que tienen la oportunidad de encon-

trarlo? ¿Cómo los niños paganos pueden ir al infierno solo porque no nacieron en un hogar cristiano?

Para ser sincero, Greg, siempre he encontrado la doctrina cristiana del infierno y la creencia de que todos los que no son creyentes van a ir allí uno de los aspectos más absurdos de toda la religión. Quizá puedas aclararme algo de esto.

Con el amor de siempre,

Papá



4 de abril de 1991

Querido papá:

Veo que está determinado a hacerme las cosas difíciles ¿eh? ¿Por qué no deja que el Espíritu le diga que todo esto es verdad y se convierte de una vez? Es una broma. En verdad, admiro su sentido inquisitivo y disfruto del diálogo desafiante.

Veo que está trayendo de nuevo a colación un asunto teológico muy bueno aunque extremadamente difícil. Quizá deba decirle desde el comienzo que este es un tema acerca del cual hay muchas discrepancias, incluso entre los evangélicos. Así es que si está esperando una aclaración completa de este asunto, me temo que va a quedar desilusionado.

Mi forma de abordar el tema, como lo he dicho y repetido, es trabajar desde lo conocido a lo desconocido, desde lo claro a lo oscuro. Como lo que ocurre con todos los que mueren sin Cristo es oscuro, voy a intentar buscar una solución empezando con lo que es claro. Al trabajar así, descubro cinco principios que afectan mi opinión sobre esta materia.

Primero, tengo muy buen fundamento para creer que la Biblia es la Palabra de Dios —la persona de Jesús, las profecías cumplidas, la experiencia personal, etc.— de modo que desde el principio debo estar dispuesto a confesar que esta revelación quizá tenga enseñanzas que trasciendan mi propia racionalidad. De hecho, sería de esperar que una revelación así sea paradójica en algunos puntos. Si corresponde a lo que yo ya creía respecto de cada punto, tendría buenas razo-

nes para sospechar que tuvo un origen estrictamente humano en lugar de divino.

En fin, papá, que la realidad es infinitamente más compleja de lo que jamás podríamos imaginarnos. Hay quizá billones de variables que afectan la interacción de Dios con nosotros de las cuales no tenemos idea (recuerde la analogía de la casita en la playa de Normandía atrapada entre dos fuegos que usé anteriormente). Y ya que nuestra perspectiva de la realidad es tan increíblemente miope, debemos esperar que podamos, en algún punto, sencillamente tener que confiar que Dios hará lo correcto, aunque no veamos cómo lo que está haciendo es sabio y justo. Por eso, si la gente va al infierno que nosotros no creemos que debería haber, quizá se deba a que nuestra perspectiva es «un poco» más limitada que la de Dios.

Segundo, estoy seguro de que Dios se ha revelado principalmente en Cristo Jesús. Nada es más central al Nuevo Testamento que esto. «El que me ha visto a mí, ha visto al Padre» (Juan 14:9-10). Así, como lo hice en el asunto de la venganza de Dios en el Antiguo Testamento, si hay algo que no pareciera corresponder con mi razón en la revelación de Dios en Cristo, debo sencillamente estar dispuesto a dejar esto «en suspenso» por el momento. Es muy posible que en ninguna otra parte Dios aparezca más vengativo y lleno de ira que en relación con la doctrina del infierno. Esto es lo que Lutero llamó «la mano izquierda de Dios». Este es un lado misterioso de Dios que Lutero no entendió. Pero lo que Lutero sí entendió fue que el creyente puede con toda confianza decir: «No tengo otro Dios como tú, nacido en pesebre, muerto en la cruz». De cualquier forma en que Dios puede aparecer a veces, no puede ser otro de quien es en Cristo Jesús. De esto estoy seguro, aunque tenga que «posponer» cualquier juicio sobre todas las «apariciones».

Un tercer principio del cual estoy seguro a medida que entiendo mejor el asunto que usted me ha planteado es que no hay salvación aparte de Jesús. Esto es también perfectamente claro en el Nuevo Testamento. Nadie va (o «conoce», «ama» o «cree en») al Padre excepto a través de su Hijo. Este es un tema dominante en el Nuevo Testamento.

«No hay otro nombre debajo del cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos» (Hechos 4:12). Los pecadores solo pueden amistar con Dios mediante el sacrificio de Cristo. No pueden hacer nada por ellos mismos. Si uno es salvo, lo es a través de Cristo.

Pero hay todavía una cuarta verdad que está en la Biblia de la cual estoy cierto, y esta es que hay algunas personas que no conocieron a Jesucristo personal o conscientemente pero que de todos modos fueron salvos. Sabemos de santos en el Antiguo Testamento que estarán en el cielo, y la Biblia incluso implica esto sobre varios individuos que ni siquiera fueron israelitas (como Noé, Job, Melquisedec). ¿Cómo puede ser esto cierto, si nadie puede ir al Padre si no va a través de Cristo? ¿Cómo podría ser esto si, en efecto, Noé, Job y Melquisedec eran pecadores que necesitaban la salvación como cualquiera otro?

La única solución que yo veo, papá, es que el sacrificio de Cristo abarca a más de los que conscientemente lo aceptan. Si las personas del Antiguo Testamento, judíos y gentiles, pudieron justificarse con Dios, solo pudo haber sido porque Dios aplicó a ellos la sangre de un Salvador que, por varias razones fuera de su control, estuvieron impedidos de conocer. Ir «a través de» Cristo, entonces, no puede ser la misma cosa como «creer en» Cristo. Aparentemente hay personas que fueron cubiertas por la sangre de Cristo aunque no lo conocieron conscientemente a él.

Esto, lo sospecho, es lo que tendríamos que decir, además, en cuanto a los niños pequeños que mueren, a las personas retardadas y en cuanto a otros que están impedidos de conocer a Cristo por causas ajenas a ellos. Dios juzga a las personas según sus corazones y según la luz de verdad que tuvieron tendrán que responder y de acuerdo con la fe que estuvo (o no estuvo) implícita en sus corazones (Mateo 25; Romanos 2). Por eso, papá, él es un Dios justo. La gente no va al infierno por «accidente».

Finalmente, hay algo que es claro y es que las personas que no han oído y creído en el Evangelio están en grave peligro. Si bien quizá haya suficiente en la Biblia para darnos un pequeño grado de esperanza para los no evangelizados, no hay nada que nos dé alguna seguridad en cuanto a ellos. Sin duda, todo lo que se nos ha dicho imprime en nosotros la urgencia de evangelizarlos. ¡Todo el mundo necesita oír!

Entonces, ¿van al infierno los que no son cristianos? Puedo decir con certeza que todos los que están sin Cristo están condenados, pero no que todos los que no tienen una fe explícita en Cristo están condenados. Puedo decir con certeza que todo el que está fuera de la fe está en peligro y que solo los que tienen una fe explícita tienen asegurada la salvación. Pero tampoco tengo la certeza de que estén perdidos. Sé de algunos casos (creyentes del Antiguo Testamento, niños, perso-

nas con retardo mental) donde esto no es verdad; por eso en cada caso debo dejarlo a Dios, quien hará lo que sea justo.

Decídase a conocer a Dios solo a través de Cristo, papá, y relájese. Si Dios es como se ha revelado en su Hijo, él va a juzgar al mundo en la mejor manera posible. Lo veremos un día. Lo único que de lo que debe asegurarse es de no encontrarse entre los que rechazan a Cristo por voluntad propia. ¡Decídase a creer! Recíbalos como su Señor y Salvador. Deje que el infierno sea problema de Dios, no suyo.

Con todo mi amor,

Greg

CARTA 25

¿Cómo puede un Dios de amor torturar a la gente en un infierno eterno?

12 de mayo de 1991

Querido Greg:

Me temo que tengo un poco más de dificultad que tú «posponiendo un juicio» sobre estas cosas. Debido a que no estoy aun convencido en un 100 por ciento que Jesús es Dios en la tierra, no puedo como tú hallar tan rápidamente consuelo ante las continuas preguntas que tengo sobre el infierno. Tú descansas en el amor de Dios y «pospones» juzgar su ira porque ya estás convencido de su amor mediante Cristo. Pero para mí, Greg, el amor y la ira están en el mismo nivel. Una cuestiona la realidad de la otra.

Por eso, necesito seguir con esto del infierno un poco más. Si logro aclarar algo sobre esto, creo que habré conseguido dar un gran paso hacia el punto en que el cristianismo tiene más sentido para mí.

Tu última carta puso en mi mente un poco más claridad acerca de los que van al infierno, pero no tocaste el problema del infierno mismo. Esta es, en realidad, la pregunta más importante. La Biblia pinta un cuadro realmente de pesadilla de este lugar, ¿no es así? Es un lugar de fuego, de sulfuro caliente, de azufre, de oscuridad, de tormento y se supone que durará por la eternidad. Dime, ¿cuál es el fin de torturar a alguien eternamente? ¿Dónde está la razón de tal cosa? Obviamente no es para que el torturado aprenda una lección. No es un castigo *correctivo*. La persona en el infierno no tiene esperanza de mejorar jamás su carácter ni su situación. De modo que esta es una simple venganza, retribución pura, ira no adulterada, sin otro motivo que el deleite divino de infligir dolor horrendo a una persona.

No nos engañemos, Greg. Hay muchas personas que no me importaría

verlas en el infierno... por un tiempo. Pero creo que me cansaría de oír los lamentos de Hitler después de un par de cientos de años. ¡No sería entretenido! Pero después de eso, probablemente supondría que ya había pagado sus deudas con sus víctimas y entonces solo me quedaría matarlo. ¿Por qué Dios no hace eso? Después de unos cuantos cientos de años ya la cuenta habría quedado saldada. ¿Para qué insistir en el dolor? ¿Por qué no sacar a los pecadores de su aflicción? ¿Por qué torturarlos, con el solo fin de torturarlos, eternamente?

Relacionado con este hay otro punto. Yo no veo cómo el cielo puede mantenerse como tal con un infierno ardiendo debajo. ¿No les echaría a perder la «fiesta espiritual» el saber que debajo de ustedes hay billones de personas hirviendo en lava caliente por toda la eternidad? Se me ocurre que esto podría presentar un problema, especialmente para un Dios que es todo amor y que supuestamente ama a aquellas pobres almas torturadas. ¡Eso debe comer por dentro a Dios! Piensa cómo te sentirías si uno de tus hijos estuviera allí.

Todo eso no tiene sentido para mí, Greg. Y no he llegado al punto en que pretenda «posponer» un juicio sobre esto. El carácter de Dios está en tela de juicio en mi vida, y esta es una evidencia muy importante que requiere consideración.

Sinceramente,

Papá



28 de mayo de 1991

Querido papá:

Usted se expresó con toda la energía que se puede usar en este caso. Debo reconocer que el infierno es un verdadero problema teológico. Para ser perfectamente sincero, nunca lo he podido entender muy bien. Pero tengo suficiente base para creer en Jesús y en la Biblia y aceptar lo que dicen sobre esta materia, aun cuando no lo entienda muy bien. Si yo decidiera invertir este procedimiento y rechazar a estas dos autoridades porque su enseñanza sobre el infierno no me parece

razonable, tendría que buscar razones para justificar todas las evidencias que estas dos autoridades tienen a su favor. Y hacer eso sería más duro que el infierno.

Por eso creo, aun cuando no entienda. De todos modos, creo que podré decirle algo sobre su pregunta. Al fin y al cabo, soy un Boyd. Permítame hacer cuatro comentarios generales.

Primero, creo que difícilmente alguien piense en el infierno como un lugar de fuego y azufre literalmente. La Biblia usa una gran cantidad de metáforas para describir este lugar, metáforas que podrían contradecirse unas a otras si uno las toma literalmente. Por ejemplo, al infierno se le describe como un lugar de total oscuridad pero también de fuego. Se le describe como un «abismo» pero también como un «lago ardiendo con azufre». Se le describe como un lugar de castigo, pero también de destrucción total. A veces a sus habitantes se les describe como «echados fuera» de una cena (en el cielo); a veces «lanzados» a un abismo; a veces azotados por un sirviente. A veces parecen rebeldes («crujiendo los dientes»), a veces angustiados (Lucas 16).

Las metáforas, como puede ver, varían grandemente, y ninguna de ellas debería tomarse como estampas de lo que el infierno es. Sin embargo, el propósito de estas metáforas es comunicarnos que el infierno es un lugar muy malo. El infierno es lo opuesto a lo que Dios quiere para la humanidad. De hecho, el término infierno metafóricamente expresa eso. Infierno en griego es gehenna, y gehenna era un valle fuera de Jerusalén que se usaba como el vaciadero mayor de la ciudad. Lo que termina en el infierno, los autores bíblicos lo dicen, es sencillamente los desechos de la humanidad. Es el lugar de desechos del cosmos. Es el destino final de las personas que libremente decidieron vivir una vida que Dios nunca quiso que vivieran. Se transformaron en «basura». Son «echados fuera». Se «queman en el fuego». Todas las metáforas de la Escritura apuntan hacia esta dirección.

Un segundo punto, papá, es que ellos mismos, no Dios, se pusieron en el infierno. «Dios no quiere que nadie perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento», dice la Biblia. Si alguien, entonces, va al infierno, es contra la voluntad de Dios. Es sencillamente inexacto decir que Dios se deleita en el dolor de las personas. Él nos dice explícitamente: «¿Me deleito yo en la destrucción del impío?» (Ezequiel 18:23, trad. lit.). Es más bien que esa gente rebelde «prefirió

las tinieblas a la luz» (Juan 3:19). El infierno es donde ellos decidieron estar, no donde Dios quiere que estén.

Dios permite que estas personas vayan al infierno pero lo hace porque ellas así lo quieren. Papá, lea cuidadosamente Romanos 1:20-32. Allí, refiriéndose a los romanos reprobados, Pablo dice tres veces que Dios les dio lo que ellos querían. La sentencia de Dios fue dar a los pecadores lo que querían. Cuando el corazón de una persona está más allá de toda esperanza —recuerde que nosotros somos lo que decidimos ser— Dios la deja. «Haz lo que quieras», le dice. Y al decir esto, la lanza al infierno para que se eternalice en lo que han creado.

Ese estado es lo que a los reprobados les gusta, aunque es horrendamente repulsivo desde la perspectiva de los que han sido tocados por el amor de Dios, los que tienen «hambre y sed de justicia». El alcohólico que ama su botella más que a su esposa, sus hijos y su hogar tiene lo que quiere cuando finalmente «lo dejan solo». Pero los que no padecemos tal enfermedad, ¿no vemos eso como el infierno? Indicativo de qué bajo ha caído este hombre es el hecho que piensa que es más feliz con su botella que sin ella o con cualquiera otra cosa. Así es que decide beber. Pero, verdaderamente, es un miserable. El borracho consigue lo que quiere, pero ese «privilegio» lo lleva al infierno. Está atormentado, pero es un tormento que él mismo ha escogido.

Igual cosa ocurre con Dios, papá. Dios le concede su deseo al adicto al pecado que no lo acepta a él. Pero debido a esto, el pecador pierde el verdadero sentido de la vida. Habiéndose desconectado de la única línea de amor, gozo y paz que la humanidad tiene, el individuo gradualmente se hunde por completo en una existencia de falta de amor, infelicidad y desesperanza. Es, como lo dijo en una ocasión C.S. Lewis, una suerte de existencia que es menos que existencia. Llega a experimentar el rechazo, y es incapaz de alcanzar el propósito que Dios tenía para él. Se vuelve lo opuesto de lo que Dios quería. Su existencia es un aborto trágico.

Un tercer punto es este: si el infierno está, de hecho, eternamente cerrado (y yo creo que así es), lo está «desde adentro» (de nuevo C.S. Lewis). De nuevo, no es la voluntad de Dios mantener a los pecadores en el infierno sino la voluntad de los pecadores. Esto, en fin de cuentas, es lo que ellos quieren. La eternidad del infierno, entonces, es la eternidad de una voluntad irracionalmente vuelta hacia sí misma y bloqueando todo cuanto pudiera conducir a un estado saludable de la persona.

Visto desde esta perspectiva, papá, no veo que haya algo poco plausible sobre la idea de un infierno eterno. Sin duda, yo diría que solo esta doctrina se ajusta a nuestra experiencia de naturaleza humana. Como le dije en una carta anterior, ¿no ocurre que mientras más tiempo permanezcamos en algo, más difícil es salir? ¿No ocurre que en cada momento de nuestras vidas nos solidificamos en un cierto tipo de ser? ¿No nos encontramos actualmente en medio del proceso de eternizarnos? La doctrina bíblica de que viene un estado del ser donde la gente se solidificará permanentemente en su carácter es, pienso, solo lo que un análisis de la naturaleza humana nos conduciría a esperar. Llegará el tiempo cuando no habrá más decisiones ni alteraciones: en ese punto es donde el cielo y el infierno llegan a ser eternos.

Así es que no es que Dios se deleite torturando sádicamente e infligiendo dolor eterno. El dolor que experimenten los condenados se lo infligen ellos mismos. Y la eternidad de ese estado, de nuevo, se debe completamente a ellos y a su preferencia.

Un cuarto punto y final, papá, es este: Usted se preguntaba por qué Dios, después de un tiempo, no sacaba a los rebeldes de su miseria. ¿Por qué no hacía un acto divino de eutanasia y exterminaba a los condenados? Sepa que una buena cantidad de honorables teólogos evangélicos creen que esto es, precisamente, lo que enseña la Biblia. Afirman, sobre la base de un análisis del texto bíblico, que la misma Biblia enseña que Dios finalmente aniquilará a todos los que no están «en Cristo». Este castigo es «eterno» porque tiene efectos eternos no porque dure eternamente. Tales teólogos señalan que solo tal visión del infierno encaja con todo lo que se dice en la Biblia sobre los reprobados que «perecen», «que son destruidos», «quemados como la paja», etc. Los malos «serán como quien despierta de un sueño», y «como si nunca hubieran existido» (Salmo 73:20; Abdías 16).

En este cuadro, entonces, el juicio y la misericordia de Dios convergen sobre el mismo acto. Dios juzga a los rebeldes aunque su misericordia les quite la existencia, precisamente por eso ellos no tendrán que soportar lo que la visión tradicional del infierno dice que soportan.

Aunque encuentro este enfoque muy convincente sobre un nivel estrictamente racional, tengo algunas reservas exegéticas con eso. Pero me pareció que usted debería saber que si llega a aceptar esta posición, no lo pondrá fuera de una fe en la Biblia. Esta es, me parece, una opción viable.

Si se acepta esta postura de «aniquilación», obviamente no hay problema con su preocupación de que la coexistencia del infierno arruine la «fiesta» en el cielo. Si no se acepta, el problema persiste, aunque no creo que sea insuperable.

Hay cantidad de formas de concebir la situación para que los desesperados del infierno no sea una mancha que se note en el cielo. C.S. Lewis y otros, por ejemplo, han especulado que las dimensiones del cielo y del infierno podrían corresponder a las disposiciones espirituales de los habitantes de cada lugar. El amor es abierto, amplio, expansivo, inclusivo mientras que el egoísmo está dirigido hacia adentro, es pequeño, estrecho e insignificante. Desde la perspectiva de los que están en el infierno, su realidad es todo lo que tienen. Desde la perspectiva de los habitantes del cielo, sin embargo, la existencia del infierno es demasiado pequeña y demasiado insignificante para notarla. Por lo tanto, ellos están «como en un sueño cuando despiertan». ¿No es esta por mucho la clase de relación que la gente insignificante tiene con la gente «de verdad» en el día presente?

Bueno, dudo que le haya quitado todas las dificultades en torno a esta doctrina, pero espero que la pueda aceptar un poco más. Lo más importante acerca del infierno, papá, no es entenderlo o explicarlo: es evitarlo. Cualquiera que sea la teoría que uno suscriba al respecto, es una pesadilla que jamás se preparó para que los humanos la sufrieran. Y, sin embargo, nuestra raza es una raza tan caída, tan totalmente torcida, que la única forma de escapar de ese lugar es asirse del Salvador. Él es nuestra única esperanza, papá.

Piense esto: si Jesús murió voluntariamente para librarnos del infierno, estar en el infierno debe ser una experiencia aterradora. Lo extremado de la cura muestra lo espantoso de la enfermedad.

Con toda mi esperanza y oraciones,

Greg

CARTA 26

¿No es que la vida cristiana es imposible de vivir?

22 de junio de 1991

Querido Greg:

He estado revisando nuestras cartas de los dos últimos años, y debo decir que realmente hemos andado un camino largo. ¡Por fin he hecho una verdadera caminata! De vez en cuando despierto por las mañanas y no puedo creer que esté considerando seriamente todas estas cosas. Pero cuando me siento y pongo las cartas delante, tengo que considerar seriamente todo esto. Sigo teniendo una buena cantidad de preguntas y reservas. Pero puedo decir sinceramente que esto empieza a «sonar como verdad». Estoy empezando a pensar que ya he pasado lo más difícil en todo esto. Nunca pensé que alguna vez estaría diciendo esto. Gracias por tu persistencia, hijo.

Tu respuesta sobre el infierno realmente me ayudó. Ese era para mí el mayor obstáculo. Me gustó el punto de vista «aniquilacionista» que mencionaste. No conozco suficientemente la Biblia para compartir tus reservas exegéticas sobre eso, pero mucho hay que entenderlo sobre la base del sentido común. Siempre he creído que la eutanasia es lo mejor que se puede hacer en determinados casos, y nunca parecería más obvio que cuando uno está tratando con una persona que si *no* la matas, sufrirá por toda la eternidad. Pareciera ser la única alternativa amorosa. Dejar que una persona siga viviendo, incluso en tu visión revisada, me suena a sadismo. No, debe haber exterminio total. En esa clase de infierno yo puedo creer.

Basta con eso. Quisiera cambiar de tema. La pregunta que me he venido haciendo últimamente, Greg, no tiene mucho de filosófica pero sí mucho de práctica. Si voy a pensar en hacerme cristiano, necesito saber en qué me estoy metiendo.

Este es mi problema: ¿Cómo podría Dios esperar que vivamos según

sus ideales? Lo que quiero decir es que me considero una buena persona. Claro, he seguido mi propio camino más que nada para ayudar a los desvalidos. Sin embargo, me doy cuenta de que mi vida no es todo lo «santificada» que la Biblia idealiza. Ni jamás podría serlo. Pero ese ideal bíblico me parece totalmente impracticable y muy poco realista.

Por ejemplo, ¿no dijo San Pablo algo así como que pensar con lujuria es lo mismo que hacer la cosa? ¡Vamos! ¡Un mal pensamiento y ya eres adúltero! ¿Quién podría vivir libre de eso? Un montón de cristianos dicen que ellos sí pueden, pero no les creo.

La Biblia parece tener bastante obsesión en cuanto al sexo. ¿Por qué Dios va a matar a una persona porque esta se masturba? ¿No es eso una medida demasiado extrema? ¿Y es que Dios nos dio todos esos instintos sexuales e hizo el sexo algo tan agradable solo para caernos encima con todas sus leyes y reglas? ¿Y qué de la declaración de Jesús de que las personas que se vuelven a casar están cometiendo adulterio, que es la razón por la que tuve que anular mi matrimonio anterior para que Jeanne pudiera seguir en la Iglesia Católica? Me parece bastante poco práctico y poco realista.

Pero no es solo la rigidez de la ética sexual de la Biblia lo que me molesta. Recuerdo haber oído a un sacerdote predicar sobre el mandato de Jesús de amar a nuestros enemigos. Yo pensé para mí mismo que este mandato sería la ruina de una nación que tratara de cumplirlo. También Jesús dijo algo así como que si alguien te roba tu abrigo, ofrécele también tu camisa, o si alguien te golpea en un lado de la cara ofrécele el otro lado para que también te golpee ahí. ¡Vamos! ¡No creo que haya un cristiano en el estado de Florida que esté dispuesto a hacer eso!

Así que, Greg, hay una parte de mí que dice que el cristianismo es verdad y que debería creer en él. Pero también hay otra parte que me dice que no me preocupe porque de todos modos nunca podría vivirlo. Por eso, creo que preferiría ser un pecador con integridad que un santo con hipocresía. (Lo cual, dicho sea de paso, es porque nunca me he podido ver entrando en una iglesia, aun si llegara a ser cristiano.)

Ayúdame con esto si puedes. Estoy atento a tu palabra.

Con todo mi amor y aprecio,

Papá



2 de julio de 1991

Querido papá:

No sabe lo feliz que me siento al saber que está empezando a abrazar la fe cristiana. Recuerde siempre, papá, que lo importante no es lo que cree sino a quién cree. En los dos últimos años hemos tenido que discutir una gran cantidad de asuntos para allanar el camino para que esto suceda. Pero una relación salvífica con Dios no se forja por resolver determinados asuntos, sino por abrazar al Salvador como su Salvador. Confiélele su necesidad a él. Reciba el sacrificio que hizo por usted. Conságrole su vida. Eso es todo, papá. Todo lo demás del cristianismo fluye de este acto y es en realidad una nota de pie de página de él.

Vamos, ahora, a su carta. ¡Papá, usted está en lo correcto! ¡Nadie puede vivir la vida cristiana! Nadie puede ni podrá jamás (al lado de acá del cielo) vivir en un grado de perfección la vida cristiana. ¿Cree usted por un momento que yo, por que hago mi «rutina de santidad», soy mejor que usted? ¡Usted me conoce bien! Es tan imposible para mí como lo es para usted.

Pero este es, precisamente, el punto. Este es el motivo central de toda la enseñanza ética de Jesús. Somos incapaces de andar como Dios quiere que andemos por nuestra propia capacidad. Por eso necesitamos un Salvador. A través de su ministerio, Jesús tuvo que enfrentar a gente (como los cristianos que usted ha enfrentado) que creían que vivían vidas rectas delante de Dios sobre la base de qué buenos eran. No creían que necesitaban un Salvador. ¿Cómo los ayudó Jesús? Los ayudó mostrándoles cómo tenían que ser si querían vivir rectamente delante de Dios sin un Salvador. Por ejemplo, los fariseos estaban orgullosos porque no se creían tan pecadores como otros. Pero Jesús les dijo que necesitaban «ser perfectos como Dios es perfecto» (Mateo 5:48). ¡Buena suerte! Así también, algunos farisaicos se sentían orgullosos por no haber cometido adulterio nunca, pero Je-

sús (no Pablo) les dijo «cualquiera que mira a una mujer y la codicia ya ha cometido adulterio con ella» (Mateo 5:27-28). Dijo esto precisamente porque todos hemos pecado en el corazón. Por otro lado, a unos tipos religiosos que se sentían muy orgullosos porque no habían matado a nadie les dijo: «Si se enojan o aun le dicen “tonto” en su corazón a su hermano, ya están en peligro del fuego del infierno» (Mateo 5:21-22, la paráfrasis es mía). El punto, papá, es que en nuestras propias fuerzas, todos estamos «en peligro del fuego del infierno».

La lista de versículo sigue, pero el punto a señalar continúa siendo el mismo. Si usted se va a presentar delante de Dios sobre la base de su propia capacidad, papá, tiene que ser perfecto, porque Dios es perfecto. Cualquiera imperfección es eternamente incompatible con el carácter de Dios. Ser «relativamente bueno» no sirve. Ser «un poco bueno» no tendrá más valor en el cielo que ser una prostituta drogadicta. Es necesario tener la perfecta justicia del propio Dios, o no tener ninguna justicia que exhibir.

Pero esta justicia, papá, no se puede adquirir a través de nuestro propio esfuerzo. Esto es lo que Jesús está tratando de hacer realidad en nosotros mediante su enseñanza. Ser recto a los ojos de Dios no tiene nada que ver con «hacer» algo. No se trata de actuar ante él. Si lo fuera, como algunos pretenden, estaríamos todos perdidos. En cambio, la justicia de Dios solo se puede recibir como un regalo. Dios quiere dársela a usted, gratuitamente, sin ningún tipo de ataduras. Él quiere establecer una relación con usted, papá, una relación que se caracterice por un amor incondicional. Todo lo que usted tiene que hacer es aceptar que no puede hacer nada, y esto se hace sencillamente por aceptar su justicia. La Biblia nos dice que el propósito más importante de la «ley» fue traernos precisamente a este punto (Gálatas 3).

Así que, papá, oiga las éticas imposibles del Sermón de la Montaña, alce los brazos y confiese, «¡Yo no puedo hacerlo! ¡Me rindo! ¡Soy un pecador sin esperanza!» Lea tales enseñanzas en la Biblia, y reconozca con cuánta urgencia usted, como todos, necesita un Salvador. Y entonces simplemente acéptelo a él. Él murió en la cruz por sus pecados, de modo que ya nunca más el pecado se interpondrá entre usted y Dios. ¿Acepta este sacrificio?

Permítame cerrar mis palabras refiriéndome a otros tres asuntos que usted escribió en su carta. Primero, en la Biblia no hay registro alguno que diga que Dios mató a alguien por masturbarse aunque los niños católicos hayan crecido mirando por encima del hombro a la espera de algún rayo. Recuerdo haber oído

decir cuando estaba en tercer grado que la masturbación causa daños cerebrales. Ni siquiera sabía qué era masturbación, pero quedé ciertamente convencido de que nunca lo haría.

Bien, nada de eso hay en la Biblia. La Biblia no dice nada acerca de la masturbación. Posiblemente usted esté pensando en el caso protagonizado por Onán, quien cuando se llegaba a la mujer de su hermano, vertía en tierra por no dar descendencia a su hermano. Por extraño que este pasaje sea, de todos modos no tiene nada que ver con la masturbación. Onán estaba negándose a cumplir con su obligación de tener hijos con la esposa de su hermano Er, que había muerto, lo cual, desde la perspectiva de Dios, era algo importante en aquellos tiempos (Génesis 38:9). En cualquier caso, el problema fue el control de la natalidad como desobediencia a Dios y no el desperdicio de semen.

Segundo, sobre la aplicabilidad política de la ética de Jesús, usted tiene razón en el sentido de que una nación caería en un desastre si tratara de sobrevivir con una mentalidad de «poner la otra mejilla». Si Roosevelt y Churchill hubieran pensado de esta manera, actualmente tendríamos a los nazis. Pero quiero que quede claro lo que ya antes he dicho: el principal propósito de la ética de Jesús no fue implantar en este mundo caído un programa social más restrictivo. Él no estaba abogando porque se apedreara a cualquiera que siquiera pensara en el adulterio. Ni estaba diciendo que la posibilidad de divorciarse planteada en el Antiguo Testamento ya no tiene vigencia; ni estaba diciendo que los gobernantes deben poner la otra mejilla.

Lo que estaba haciendo era revelar lo pecaminosa que es nuestra situación. Jesús levantó los ideales de Dios para llevarnos a la cruz. Pero habiendo hecho esto, la función principal de su enseñanza idealista terminó. De modo que tiene razón, papá, en decir que los ideales bíblicos no son muy prácticos. En un mundo enmarañado como el nuestro, la mayoría de las opciones prácticas son, hasta cierto punto, pecaminosas. Y en cuanto a esto, no hay nada que hacerle.

Déjeme cerrar con un tercero y último punto. Supongo, papá, que usted está preocupado que aceptar a Cristo va a hacer que tenga que dejar ciertas cosas en su vida. Y no está seguro que pueda, o quiera, hacerlo. Me temo que usted crea que ser cristiano significa hacer una cantidad de cosas que de otra manera no haría, y dejar de hacer una cantidad de otras que de otra manera haría.

Déjeme decirle que nada está más lejos de la verdad. Usted, como yo, es un peca-

dor precisamente porque no hace lo que necesita hacer, y hace lo que no necesita hacer y eso le gusta. ¿Me entendió? Y por eso es que necesita un Salvador. Si pudiera limpiar lo que necesite limpiar en su vida por usted mismo, no necesitaría más que un apacible «apoyo divino» de vez en cuando. Pero usted necesita un Salvador que sufrió y murió una muerte horrenda y que está dispuesto y capacitado para hacerlo todo por usted.

De modo, papá, que llegar a ser cristiano solo significa confesar que lo necesita a él, precisamente porque usted es incapaz de hacerse justo ante Dios por usted mismo o cambiar su propia vida. Ser un cristiano no significa hacer lo que no quiere hacer; es permitirle a Cristo que cambie lo que usted quiere hacer. Déjelo a él, papá. Permítale que él lo ame como usted es. Él no va a esperar hasta que usted se haya limpiado. Quiere estrecharlo en sus brazos y limpiarlo de adentro hacia fuera, precisamente por amarlo como usted es.

La vida cristiana es imposible de vivir, papá. ¡Únase a mí en esto!

Con amor y esperanza,

Greg

CARTA 27

¿Cómo puede perdonarme la muerte de otro hombre?

14 de agosto de 1991

Querido Greg:

Lamento que haya sido un poco lento en responder a tus cartas últimamente. Créeme, no es que haya perdido interés en nuestra conversación. Más bien refleja la cantidad de pensamiento que necesito poner en cada una de tus cartas. La última fue bastante complicada. ¡Qué concepto más revolucionario ese de que las «reglas» están para llevarnos a aceptar la salvación como un regalo! ¡Nunca había oído una cosa así! En un sentido, suena como si alguien estuviera tratando de hacer de un vicio una virtud. Suena como si alguien dijera, «Bueno, ya que no puedo alcanzar estos altos niveles en mi vida, simplemente diré que el propósito de tales estándares es revelar el hecho que no puedo alcanzar el nivel de ellos». Pero en otro sentido, tu interpretación de las enseñanzas de Jesús para mí es muy convincente. Tiene el mérito de llevarme a entender algo que siempre he considerado que es verdad: sencillamente no hay manera de vivir en perfecta congruencia con los ideales de Cristo. Los que dicen que pueden lograrlo o son unos hipócritas declarados o se están engañando a ellos mismos.

Por eso, hasta donde lo entiendo, si tu interpretación está haciendo de un vicio una virtud, de todos modos nos vamos todos (cristianos incluidos) al infierno. Si no tienes razón, tener razón no importa para nada.

Pero tengo otra seria pregunta que necesito que me la respondas. A través de nuestra correspondencia, continuamente has dicho que «Jesús murió por sus pecados [los míos]». Tu mensaje parece ser que Jesús recibió el castigo por lo que yo hice, y que por creer en él puedo estar a bien con Dios. He oído esto antes, pero nunca lo había entendido. Solo que no entiendo cómo puede ser así. ¿Cómo por la muerte de un hombre hace 2000 años se me perdona? ¿Cómo puede un Dios de perfecta justicia castigar a Jesús por mis pecados y luego liberarme, sabiendo

perfectamente bien que sigo siendo completamente culpable? ¿Y por qué hacerlo pasar a Él por todo ese sufrimiento? Seguramente tiene que haber existido una manera más fácil.

Como siempre, espero tu respuesta.

Con el amor de siempre,

Papá



16 de agosto de 1991

Querido papá:

Me alegro que esté pensando mucho en nuestros diálogos recientes. No hay apuro, de modo que tómese todo el tiempo que quiera en digerir cada carta. Confío que todo vaya bien con usted y Jeanne. ¿Ha encontrado Jeanne un nuevo empleo?

Me gustó lo que dice en su última carta sobre los ideales de la enseñanza de Jesús en el sentido de que si no tienen el propósito de hacernos descansar completamente en la gracia, todos somos una causa perdida. Así es, en pocas palabras, papá. Una ventaja que obviamente personas como usted y yo tenemos sobre la persona «bien criada» en la religión es que tendemos a captar este punto central de la enseñanza de Jesús más fácilmente que esos religiosos. ¡Nosotros sabemos que no tenemos alternativa! Gente como los fariseos que mantienen una imagen de ellos mismos muy pulidita están mucho más aptos para pensar que son suficientemente santos y capaces de ganar la aceptación de Dios por un buen comportamiento. Están más inclinados a tomar las enseñanzas de Jesús como un reto a sus propios esfuerzos de justicia. Mientras más difícil la enseñanza, más laboriosos sus esfuerzos. Así que cuando oyen a Jesús decir «sean perfectos como Dios es perfecto», no se desaniman ni claman por misericordia sino que tratan desesperadamente de ser perfectos. Para ellos, la salvación depende de lo que hacen.

Esto no solo es un serio malentendido de las enseñanzas de Jesús sino que también es extremadamente destructivo. Si alguien realmente cree que su salvación

depende de su propia bondad, tiene que convencerse a sí mismo de que es suficientemente perfecto ante Dios. Pero como todos son pecadores, en su corazón y mente si no también en su conducta, el perfeccionismo hace que tal persona religiosa se transforme en un experto en vivir una vida de autoengaño. Como usted dice, constantemente está «tomándose el pelo». En forma sistemática suprime cualquier pensamiento introspectivo que pudiera decirle que no está a la altura del reto de Jesús. Por esto los legalistas religiosos son por lo general muy superficiales, especialmente los líderes, porque se han «probado a sí mismos» que tienen «éxito» en el juego de autoengañarse. Cualquiera cosa que no se acomoda a su imagen religiosa tratan de esconderla debajo de la superficie de su conciencia.

Esto es como una enfermedad. Significa que cada problema que es necesario enfrentar en la vida de una persona así, cada herida que necesite sanar, nunca puede enfrentarla ni curársela. Todas las enfermedades emocionales y espirituales las toma como una acusación y, por lo tanto, las cubre con apariencias religiosas. Obviamente, las consecuencias de esto son muy destructivas. Cada neurosis, dice Scott Peck, es el resultado de no querer enfrentarse a la verdad. Es posible cubrir temporalmente la realidad con una apariencia brillante, pero al final, la realidad siempre gana. Por esto los individuos y las iglesias legalistas son frecuentemente disfuncionales. Tapan todo lo que debiera tratarse abiertamente. Lo que ocurrió con Jimmy Swaggart, sospecho, es un típico caso de esto.

De todos modos, creo que queda perfectamente claro que el propósito central de la enseñanza de Jesús fue hacer lo opuesto a lo que el legalismo hace. En lugar de inspirar grandes proezas de esfuerzo propio que resultarían en la negación de la realidad pecaminosa de nuestras vidas interiores, Jesús trató de terminar con todo esfuerzo propio haciéndonos examinar la realidad pecaminosa de nuestra vida interior. Y esto resulta bien si la persona lo escucha a él correctamente.

Cuando uno oye de lo imposible de alcanzar que son los ideales de Jesús, cuando finalmente termina con sus propios esfuerzos de impresionar a Dios, cuando finalmente se da cuenta de que todo lo que es y será ante Dios se debe a la obra de Dios y no a la suya, uno puede ser sincero con lo que ocurre en su vida. Uno es libre de ser franco y sincero en relación con todas sus faltas, defectos, pecados, etc. Uno puede ver que nada se gana con fingir ser algo que no se es. Como un amigo mío (Jeff Van-Vondren) dice a menudo, «Solo cuando la manera en que lucen las cosas es irrelevante estas se pueden corregir y cambiar». Y esto, cualquier psicó-

logo se lo dirá, es el ingrediente central de toda salud mental y emocional (y espiritual).

Así que, en pocas palabras, solo por la Cruz de Cristo y la gracia de Dios uno puede con seguridad ser genuino, honesto y, por tanto, saludable ante Dios. Cómo una persona puede ser relativamente «buena» o «mala» está completamente fuera de este punto. La gracia es —como usted lo dijo tan elocuentemente, papá— «un tremendo concepto revolucionario».

Le pido disculpas por tantos sermones, pero creo que este principio es, además del más importante, el menos entendido del cristianismo. Pero déjeme ir ahora a su pregunta sobre cómo por la muerte de Cristo puede uno alcanzar el perdón.

Para serle franco, papá, no sé cómo ocurre esto. La Iglesia nunca ha llegado a una teología definitiva sobre cómo somos hechos justos ante Dios mediante la obra de la cruz (lo que se conoce como «expiación»). No creo, sin embargo, que deberíamos sorprendernos demasiado por esto. Si encontramos que la estructura fundamental de la realidad física es impenetrable a nuestra razón —la ciencia más y más está llegando a esta conclusión—, ¿tendríamos que sorprendernos si el acto central por el cual Dios redime al mundo está también nublado por el misterio? No creo. De todas maneras, hay dos cosas que me gustaría decir que quizá puedan echar luz sobre el asunto.

Primero, papá, es importante darse cuenta de que Jesús no fue solo «un hombre» cuya muerte hace dos mil años lo libró a usted de morir. Jesús no fue una inocente «tercera parte» a quien Dios castigó en lugar de castigarnos a nosotros. No. Jesús es Dios y hombre. Él no solo fue el que condenaron por el delito; él es la persona contra quien se cometió el delito y quien dictó la sentencia por el delito. El Juez mismo recibió el castigo. Así es que en esta transacción no hay una «tercera parte», papá. Hay solo dos partes: el Dios santo y la humanidad pecadora. Y Jesús que murió por nosotros es ambos. Esto no es injusticia, papá. Esto es amor incomprensible.

Segundo, sin tratar de explicar exactamente cómo ocurre la expiación o si tenía que ocurrir como ocurrió, me parece que la Biblia nos da bastante luz para que entendamos que todo ocurrió como tenía que ocurrir. Podemos decir por qué Jesús murió por nosotros sin tener que ir más allá de decir que tenía que morir por nosotros.

Creo que tres consideraciones nos ayudarán a entender la muerte de Jesús por

nosotros. Primero, Dios es un Dios todo santo. El pecado es, por tanto, fundamentalmente incompatible con él. Es contrario a su naturaleza, como lo es el arsénico a nosotros. Es más, como Dios es perfecto, tiene que tener congruencia propia. Si alguna vez Dios fuera incongruente con su propio carácter, estaría yendo en dirección de la imperfección. Por esto, Dios está perfectamente opuesto al pecado, y es perfectamente congruente e incalificable en esta oposición.

Pero, en segundo lugar, la santidad no es el único atributo de Dios; Dios es también perfectamente amoroso. «Dios es amor» dice la Biblia. Él creó otras criaturas por amor, y ha continuado amándonos apasionadamente aun cuando hemos caído universalmente en el pecado. A pesar de nuestro pecado, Dios quiere que vivamos eternamente con él.

Esto, sin embargo, presenta un problema serio, y esta es mi tercera consideración. El problema es, ¿cómo pueden unos seres creados, pecadores sin esperanza, ser declarados compatibles con un Dios todo santidad que está necesariamente opuesto a todo pecado? Voy a argumentar que dos cosas tienen que suceder.

1. Nuestro pecado debe ser expiado. No se le puede, sencillamente, pasar por alto. (Nuestra tendencia a pasar por alto el pecado se debe a nuestro carácter moral imperfecto; sin embargo, a veces nos sentimos agraviados cuando algunos delitos serios quedan sin castigo. ¡Debe hacerse justicia!)

2. Debemos ser cambiados en seres que sean compatibles con Dios y que, por lo tanto, sean perfectos. Si alguna de estas dos cosas quedan sin hacerse, nuestras vidas eternas serán como arsénico en el estómago de Dios.

Y aquí viene la pregunta del millón de dólares: ¿Cómo pueden ocurrir estas dos cosas? La enseñanza bíblica es que nunca podrían ocurrir por el esfuerzo de la propia humanidad. Nuestra situación de pecado es precisamente mucho más grave por esto. Si fuera por nosotros, ni siquiera querríamos «pagar» por nuestros pecados, pero si aún quisiéramos hacerlo, tendríamos que morir (eternamente) para hacerlo. Pero lo que es peor es que nuestra situación de pecado es tal que ni siquiera si quisiéramos cambiar nosotros mismos podríamos hacerlo. Nuestra esclavitud al pecado nos impide desear y mucho menos alcanzar la perfección de la santidad.

Por eso, si las dos cosas van a llevarse a cabo, Dios mismo debe hacerlas, no no-

sotros. Y esto, papá, es exactamente lo que la Biblia dice que ocurrió en la vida y muerte de Cristo. En Jesús, el amor de Dios absorbió su propia justicia. Por su amor hacia la humanidad, Dios satisfizo su propia medida moral absorbiendo dentro de Él el pecado de la humanidad y el castigo que tal pecado merecía. Como hombre, Dios «se hizo pecado para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en Él» (2 Corintios 5:20, paráfrasis del autor) En Jesús, la humanidad paga por sus pecados y Dios juzga en justicia ese pecado, porque Jesús es tanto Dios como hombre. Cristo cumple así la primera condición al hacernos eternamente compatibles con Dios.

Cristo también hace realidad la segunda condición necesaria para que la humanidad sea compatible con Dios: nos cambia eternamente. La Biblia dice que cuando una persona acepta lo que Dios ha hecho por él en Cristo, Dios le da su propia justicia perfecta, la única justicia que es compatible con la divinidad. En el libro de Romanos, Pablo dice, «mas al que no obra [que trata de ganarse el amor de Dios por su conducta], sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia» (4.5). Cuando usted confía en Cristo como su sola esperanza de salvación, papá, Dios no solo perdona todo su pecado pasado, presente y futuro (condición 1), sino que también le da su propia justicia perfecta (condición 2). Y él puede coherentemente hacer esto último porque ya ha hecho lo primero. A usted se le ha dado una nueva naturaleza divina. «Somos nuevas criaturas en Cristo Jesús», dice la Biblia. «Si alguno está en Cristo, es una nueva creación. ¡Lo viejo ha pasado, ha llegado ya lo nuevo» (2 Corintios 5:17).

Esto, obviamente, no significa que la gente sea perfecta desde el momento que da su vida al Señor. Al creyente se le da un «nuevo yo», un yo identificado con la justicia de Dios. Pero aun vive bajo una adicción a los pensamientos, emociones y conductas «del viejo yo», ese yo que se identifica con cualquier cosa menos con Dios. Por tanto, a los creyentes se les da una nueva naturaleza que es lo que verdaderamente son, aunque en diversos grados viven en contradicción con esta nueva naturaleza. Solo en el cielo el don de eterna justicia de Dios será perfecto. Solo entonces «el viejo yo» se revelará como la mentira que es. Nuestro tiempo en la tierra después de nuestra conversión es simplemente un lento progreso hacia ese final.

Mucho más podría decir sobre la obra de Cristo si contara con el tiempo para hacerlo. Mientras que el hacernos compatibles con el Padre fue, me parece, un motivo central de la obra de Cristo en la Cruz, hay también otros motivos. La

Biblia, por ejemplo, hace claro que la muerte de Cristo sobre la cruz de alguna manera asestó un golpe mortal a Satanás y sus fuerzas demoníacas que han tenido al mundo bajo sitio desde nuestra caída. (Véase Colosenses 2:14ss y Hebreos 2:14.) También es claro que Jesús vino a instruirnos, a hacer a Dios visible a nosotros, a darnos un ejemplo humano perfecto al cual imitar, así como a llevar a cabo una serie de otras cosas. Parece que se adecuó perfectamente a la sabiduría de Dios de matar muchos pájaros con un solo golpe. Pero no podemos entrar ahora en esos otros motivos.

Espero que todo lo que le he dicho resulte útil, papá. Permitame agregar una palabra final. La obra de Cristo es como una cuenta bancaria de un millón de dólares la cual Dios individualmente ha separado para que todos sus hijos hereden libremente. Y él quiere que cada persona sea uno de sus hijos. Pero ese millón de dólares permanecerá allí, completamente inútil mientras usted personalmente no reclame su patrimonio, papá. Usted debe decidirse a aceptar esta herencia. El hermoso plan de salvación de Dios no es nada si una persona no lo acepta como suyo. Pero cuando se hereda, se hereda todo lo que implica. Aunque usted es un pecador, en cuanto cree, instantáneamente Dios lo ve con la justicia de Jesucristo. No le halla ni una sola manchita. «Cuanto está lejos el oriente del occidente, hizo alejar de nosotros nuestras rebeliones» (Salmo 103:12). Usted puede enfrentar a su Creador, quien es también su Salvador, con gozo, no con temor.

Mi oración, papá, es que su entendiendo se convierta en acción y tome todo esto que es de verdad para usted. ¡Herede el reino!

Con todo mi amor y esperanza,

Greg

CARTA 28

¿Cómo puedo ser santo y pecador al mismo tiempo?

12 de septiembre de 1991

Querido Greg:

Gracias por tu pequeño tratado sobre por qué murió Jesús. Es muy informativo y echa luz sobre algo que, por un tiempo, ha sido complicado para mí.

Tu forma de entender la gracia de Dios es tan extraña, Greg, que casi creo que *ha tenido que ser* una revelación del Todopoderoso porque no me puedo imaginar que una persona pueda idear algo tan poco intuitivo. El sentido común dice que las personas van al cielo o al infierno según sean buenas o malas, y esto es lo que siempre pensé que creían los cristianos. Pero ahora dices que esto no está ni cerca de la verdad. ¿Te habré entendido correctamente? Estás adentro o afuera dependiendo de tu fe en Cristo. ¡Absolutamente revolucionario!

Yo aún no estoy en la posición donde quiero cambiar mi entendimiento en acción, como dices. Pero sospecho que esto es cuestión de tiempo. Cuando haga este compromiso, sé que será genuino. Pero siento que aun no es el momento.

Mientras tanto, tengo otra pregunta sobre este asunto de la salvación. Es básicamente esta: No puedo imaginarse cómo puedo ser totalmente santo ante Dios aun cuando todos los que me conocen saben que no lo soy. ¿Es Dios ciego o algo así? Quizá te he interpretado mal. Tú dices que nuestro pecado tiene que ser *perdonado* y que nosotros debemos ser *cambiados* si vamos a tener una relación con Dios. Bien, puedo entender cómo Dios perdona nuestros pecados pasados a causa de Jesús, pero no veo que los cristianos cambian *en el presente*. ¿Cómo los cristianos pueden ser perfectamente compatibles con Dios en el presente cuando aun no han sido perfectamente cambiados? Si el pecado nos separa de Dios, de qué me sirve que me perdone todos mis pecados pasados si meto las

patas todos los días. Así es que, dime Greg, cómo puedo ser santo y pecador al mismo tiempo.

Con todo mi amor,

Papá



3 de octubre de 1991

Querido papá:

Me gustó la pregunta de su última carta. No sé si se ha dado cuenta, pero nuestras cartas son una especie de «cambio de marchas». Ya no discutimos si el cristianismo es verdad o no (apologética). Ahora estamos discutiendo cómo el cristianismo es verdad (teología). Sus preguntas parecen venir más desde la perspectiva de la fe interior. Esto realmente me alegra. Es «solo cuestión de tiempo», como dice. Yo siempre lo he creído así.

¿Cómo podemos ser santos y pecadores al mismo tiempo? Se lo voy a explicar con esta analogía. Cuando al principio Dios creó al mundo, dijo: «Sea la luz» y fue la luz. Dijo, «Descúbrase lo seco» y hubo tierra seca. Y así sucesivamente. La palabra de Dios, vemos, crea la realidad de la que habla. Para usar una terminología filosófica, la palabra de Dios es «ontológicamente productiva». Crea.

La salvación no es menos el resultado de la palabra de Dios que lo es nuestra creación. Dios dice: «Todo el pecado pasado de Ed Boyd ya no existe», ¡y todo su pecado deja de existir! Y Dios dice, «Ante mí, Ed Boyd es perfectamente santo», y usted es perfectamente santo ante él. La palabra de Dios define lo que es real y lo que es verdad. Nadie ni nada pueden discutir con Dios. «Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?», dice el apóstol Pablo. «Es Dios mismo quien nos declara justos» (Romanos 8). Entonces, si Dios dice que usted es justo por su fe, papá, ¡usted es justo!

Pero la palabra salvadora de Dios difiere de la palabra creadora de Dios en un aspecto importante. Cuando Dios pronunció su palabra creadora, no había nada que se resistiera a ella. Solo había nada. Pero cuando Dios pronuncia su palabra salvadora, hay algo que se resiste a ella. Ya hay un Ed Boyd existente,

lleno de viejos días de pensamiento, acción, sentimientos, etc. y muchos aspectos de su «viejo yo» se oponen a lo que Dios dice de usted.

Pero Dios no va solo a aniquilar al «viejo» Ed Boyd y a crear a un «nuevo» Ed Boyd. Si él hiciera eso, no lo estaría salvando del todo: estaría creando una persona completamente diferente. Pero es a usted, con todo su viejo pecado, a quien Dios ama y quiere salvar. De esta manera, él actúa para recrearlo a usted, a mí y a cualquiera otro desde adentro hacia fuera. Cuando usted pone su confianza en el Salvador, papá, Dios declara en cuanto a usted su justicia eterna, su perfección inmaculada. Esa se convierte en «su verdad». Pero Dios no simplemente arrasa con lo que había en usted. Sencillamente lo declara «falso». Ya eso no es lo que en definitiva es verdad en cuanto usted. Por esto es que se le llama «el viejo yo». Con el tiempo, el «nuevo yo» sobrepasará al «viejo yo».

Así que somos hechos nuevas criaturas en Cristo en el momento en que creemos. Todo nuestro pecado queda absorbido en la Cruz y toda la justicia de Cristo se nos acredita a nosotros. Somos perdonados, y cambiados. Pero no manifestamos instantáneamente esta verdad en nuestras vidas. Nuestro «viejo» (y ahora falso) habitual estilo de vida se opone al cambio que Dios realiza en nuestro corazón. Nuestra antigua (y ahora falsa) identidad propia, definida por todas las anteriores experiencias e inclinaciones y sentimientos y ambiciones que hemos tenido, simplemente se tarda en morir. Solo en el cielo se manifestará sin mancha lo que «realmente somos».

Entonces, ¿cómo es que los creyentes son santos y pecadores al mismo tiempo? En términos de su esencia recreada, son santos, pero en términos de cómo se manifiesta la esencia en sus pensamientos, sentimientos y acciones, todavía son pecadores. En términos de la perspectiva de Dios de lo que llegarán a ser, los creyentes son santos; pero en términos de su perspectiva de lo que ahora son, son pecadores. En términos de lo que finalmente es verdad, tal como la define Dios, ellos son santos, pero en términos de lo que es en última instancia falso, como lo define cualquiera otra fuente, son pecadores. En términos de quiénes son «en Cristo» son perfectamente santos, pero en términos de quiénes son «en ellos mismos», aparte de Cristo, son completamente pecadores. ¿Entiende, papá?

Los cristianos, entonces, se parecen mucho a una mariposa en su capullo. La vida de belleza, de capacidad de volar, de gracia está allí adentro —es lo que realmente es— pero esta vida está encerrada dentro de algo que es inherentemente contrario a belleza, capacidad de volar y gracia. Ella va a volar, pero

mientras tanto su vida es una vida de transición. Es una mariposa en proceso de salir de su capullo.

Esto, me parece, es muy importante que usted lo tenga claro, papá, porque es la forma en que los cristianos se liberan en forma gradual de su «viejo» yo y no por sus propios esfuerzos sino permitiendo que el Señor forme y fortalezca la mariposa dentro de ellos. La única comida que las almas salvadas comen es el amor de Dios, y esta es la única forma en que nosotros podemos descansar en el amor que Dios nos tiene, aun mientras todavía estamos en el capullo y vamos recibiendo más y más fuerza y motivación para abandonar el capullo. Al dejar que Jesús nos ame tal como somos, más y más seguros estamos de que podemos ser librados del fracaso, podemos ser liberados, podemos volar.

Por eso, papá, no piense ni por un momento que se puede librar del capullo por usted mismo, ni que por su propio esfuerzo podrá ser libre. Tendrá motivación y fuerzas para vivir la vida de Dios solo cuando la vida de Dios ya esté residiendo en usted. La transformación es el efecto, no la causa, de la salvación.

De modo que lo único que tiene que hacer es dejar que la vida de Dios resida en usted, y esto lo podrá hacer confesando que es un pecador sin esperanza en usted mismo y aceptando a Cristo como Salvador. Deje que Dios lo ame y lo acepte tal como usted es, y poco a poco irá sintiendo el deseo interno y la fuerza para llegar a ser algo diferente de lo que es ahora. Permítale que lo salve. Es la única cosa de la que tiene que preocuparse. ¿Por qué esperar más, papá?

Espero que ahora las cosas las vea con mayor claridad.

Con amor, esperanza y expectativa,

Greg

CARTA 29

¿Cómo puedo estar seguro de que todo esto es verdad?

11 de noviembre de 1991

Querido Greg:

Confío que por estos días todo vaya caminando bien en la familia. Veo que en las dos últimas semanas han estado sepultados en nieve. Entiendo que tuvieron una tormenta de nieve para Halloween. Eso no me trae muy buenos recuerdos. El calor del verano puede ser malo aquí, pero a lo menos no tengo que romperme las espaldas para despejar la entrada a la casa. En cualquier caso, no tengo que decirte las ansias con que esperamos tenerles a todos por aquí el mes que viene, cuando hagan del viaje a Disney World «la madre de todas las vacaciones».

Muy bien, a nuestro «debate» (si todavía quieres llamarlo así). Tu última carta traía una carga pesada de teología, la que no estoy seguro de haber entendido completamente. Tu distinción entre «esencia» y cómo nos «manifestamos» es un poco difícil de comprender. O quizá el problema sea que suena demasiado bueno para ser verdad. No lo sé. De todas maneras, me siento inclinado a creerlo. A menos que algo como tu distinción sea verdad, nadie puede entrar al cielo por sus propios méritos.

Aquí es donde me encuentro, Greg. Quiero creer, pero me parece tan difícil hacerlo en forma genuina. Es decir, tú has presentado razones de tu fe que son sólidas como roca y has contestado a todas mis objeciones y preguntas. Pero sigo sintiéndome en el aire en todo este asunto y no estoy seguro por qué. ¿Cómo puedes estar seguro de que todo lo que dices es verdad? Se me ocurre pensar que quizá nos hemos olvidado de algo. Quizá haya un sofisma en tu argumento que yo he pasado por alto. A lo mejor hay algunos hechos relevantes en tu presentación histórica de Cristo que han sido omitidos o que quizá aun no se han descubierto y que lleguen a echar por tierra todos tus argumentos cuando se

descubran. ¿Por qué otras personas muy inteligentes, muchos de ellos eruditos, rechazan tus argumentos y por lo tanto rechazan el cristianismo?

Me siento como si estuviera frente al precipicio de la fe, pero aun no tengo la confianza de dar el gran salto. Sigo con dudas y no sé qué otra cosa podrías decirme que me dé algún alivio. Quizá necesite más tiempo.

Ayúdame.

Con todo mi amor,

Papá



22 de noviembre de 1991

Querido papá:

De verdad, aprecio su sinceridad a lo largo de toda nuestra correspondencia. También lo admiro por su integridad. A mí me gustaría tener más de ese carácter que resueltamente se niega a actuar con doblez.

Para ser sincero, no sé adónde podemos ir desde este punto en nuestra conversación. Mi papel como «apologista» parece haber llegado a su fin, pero quizá ahora se imponga una ayuda pastoral si no le molesta recibirla de su hijo. Déjeme hacerle algunas sugerencias.

Primero, en cuanto a las dudas intelectuales persistentes. Le recomiendo que repase de vez en cuando nuestra correspondencia. A veces, la fuerza de un argumento puede debilitarse con el tiempo. Uno puede olvidar por qué encontró un argumento convincente y las dudas sobre eso surgen de nuevo. Eso me pasa a mí a cada rato en muchos asuntos. Cuando tal cosa sucede, vuelvo atrás y reviso. A veces encuentro que, en realidad, algo se pasó por alto y el caso se vuelve a abrir. Otras veces reconfirmo lo que originalmente había aceptado como verdad. De

todos modos, es bueno volver atrás. Si descubre que algo se pasó por alto, definitivamente hay que reabrir el caso.

Segundo, me pregunto si ha entendido bien la clase de certidumbre que envuelve la fe. No importa lo que la gente crea, papá, su creencia irá más allá de lo que la evidencia requiere para creer. Por eso es que es fe y no certidumbre. Esto es verdad si una persona cree que el cristianismo es verdadero, o si cree que el cristianismo es falso. En un nivel intelectual, ambas posiciones encierran algún grado de riesgo. Uno sencillamente no puede tener la clase de certeza que tiene con las matemáticas. La pregunta no es cuál fe requiere la evidencia, sino cuál fe tiene la mejor evidencia respaldándola. Yo creo, y me imagino que usted también, que el cristianismo tiene mucho más que ofrecer como cosmovisión que cualquiera otra alternativa. Pero nadie comete una contradicción lógica si lo niega.

Por lo tanto, siempre hay un «salto de fe» al creer algo. Pero lo que quiero ver, papá, es que usted ya está dando ese «salto». Una persona que decide no creer o que solo pospone el juicio está corriendo un gran riesgo, un tremendo «salto de fe» porque puede estar equivocado y esto puede tener consecuencias graves para él. Es como estar dentro de una casa y alguien desde afuera grita «¡fuego!» Usted puede decidir si le cree o no le cree a través de pesar la evidencia cuidadosamente (¿Huele el humo? ¿Ve las llamas?) Usted puede decidir creerle y salir corriendo de la casa aun a riesgos de hacer el ridículo si se trata de un chiste, o quedarse adentro y morir quemado. Si decide posponer la decisión, se arriesga a ambas cosas. Esta no es una posición «libre de riesgo», ni siquiera una posición de no tomar una posición.

Para cambiar de metáfora, me parece que la vida es muy parecida a cierto viaje en tren. Vamos todos en un tren que se dirige a toda velocidad hacia un precipicio. No sabemos cuándo vamos a abandonar el tren, pero estamos seguros de que en algún momento lo haremos. Algunos en el tren dicen que lo que usted cree le permitirá sobrevivir al descarrilamiento, otros dicen que no. Todos vamos a morir. Usted tiene una cantidad de tiempo no especificado para decidir. Decidirse a no decidirse es decidir, porque uno depende de lo que cree (si la gente que dice esto está en lo correcto). Así es que usted pesa todas las evidencias disponibles en cada cosa, considera todas las opciones y considera todos los riesgos mientras el tren aumenta su velocidad. El precipicio está más y más cerca. ¿Cuál será su decisión?

La cosa más razonable que puede hacer, papá, es creer. La evidencia es fuerte. Las alternativas son relativamente débiles. Y el riesgo de no creer es mucho ma-

yor que el riesgo de creer. Como dijo Blaise Pascal (en su famosa Apuesta de Pascal), si el cristianismo es falso, no habrá perdido nada. Si es verdad, habrá perdido la eternidad. El cristianismo, por tanto, es claramente la mejor opción para apostar.

Pero déjeme agregar una cosa más a esto. La incertidumbre de fe es mucho mayor para una persona en sus zapatos que para alguien en los míos. Porque una vez que uno llega a ser cristiano, una vez que acepta a Cristo como Salvador y empieza a cultivar una relación con él, la certidumbre de fe crece. Cristo llega a ser una realidad viviente. Uno lo conoce a él no solo (ni siquiera primariamente) sobre la base de la evidencia, sino sobre la base de una relación de experiencia.

Por eso le imploro, papá, que apueste su vida a Cristo. Si le parece «riesgoso» ahora, le parecerá menos con el tiempo. Y, después de todo, no hay nada que perder y todo para ganar.

Tengo un último pequeño consejo «pastoral». Estoy seguro de que muchas de sus reservas sobre el cristianismo no tienen nada que ver con la evidencia, sino que más bien con el hecho de que esto es bastante nuevo para usted. Le parece «irreal» porque nunca había pensado como está pensando ahora. Es una nueva manera de verse a usted y ver el mundo. Es una nueva manera de vivir. De modo que no es sorprendente que tenga reservas al respecto.

Le ayudará, papá, si empieza a «entrar» poco a poco en la forma de pensar y vivir como cristiano. Esto es también parte de «la apuesta». Comience rindiéndose completamente, porque esta es la mejor jugada y gradualmente va a ir aceptándolo como una realidad.

Le estoy mandando algunas cintas de música cristiana de las que me gusta oír a mí. Escúchelas cuando le sea posible. Le ayudarán a desarrollarse en el andar cristiano. Al escucharlas, piense en la letra. Trate de imaginarse el mensaje que están cantando. Deje que la belleza de Cristo se haga realidad en usted a través de la música y va a descubrir que gradualmente empezará a sentir amor por Cristo.

También le estoy enviando una Biblia y algún material para lecturas devocionales. Esto también le ayudará a crecer en la fe. Le sugiero que comience leyendo el Evangelio de Juan. Léalo despacio, piense en el contenido, pero no se preocupe si hay cosas que no entiende. Trate de entender lo que pueda. Haga lo mismo con el material devocional. Trate de entender lo que pueda.

También le sugiero que busque en el sector donde vive una iglesia que esté cimentada en la Biblia. Sé cómo se siente en cuanto a las iglesias, así es que quizá no sea bueno que haga esto por ahora. Déjelo para más adelante, pero es de gran ayuda reunirse para adorar con personas de la misma fe.

Finalmente, papá, trate de hablarle a Dios cuando sienta hacerlo. Esto no tiene que ser como una conversación formal. Yo sé que tiene una destreza para hacer esto desde sus días de católico. Pero háblele en la misma forma como me estaría hablando a mí. Hasta donde le sea posible (aunque no es absolutamente necesario) cierre sus ojos e imagínese a Jesús. Háblele en una forma totalmente natural. Sé que si hace esto, con la música cristiana suave como fondo, dará resultado. Al principio le parecerá extraño y embarazoso, pero con el tiempo, descubrirá que es muy positivo.

La oración sencilla con que comienza todo, papá, la oración que la Biblia dice que conduce a la salvación, va más o menos así:

Señor, sé que soy pecador y lo siento. Creo que moriste por mis pecados para que yo pudiera vivir eternamente contigo. Ahora quiero aceptarte como mi Señor y Salvador. Ven a mi vida, Señor Jesús, y haz de mí lo que quieres que sea.

Esta es la oración que todos los cristianos oran cuando deciden entregar sus vidas a Cristo. Esta sencilla oración es lo que instantáneamente hace a una persona sin mancha ante Dios el Padre. Nada que usted pudiera hacer en su vida lo hará más perfecto ante Dios que el momento en que hace esta oración. Y cuando tal cosa sucede, papá, quizá no se sienta diferente, pero la Biblia dice que todos los ángeles en el cielo y el Señor Dios mismo irrumpirán en regocijante celebración. ¡Y puede apostar que yo uniré mi gozo al de ellos!

De modo, que la pregunta no es cuánto está arriesgando al creer en Cristo, sino cuánto arriesgaría al no hacerlo. Dé el salto. Nunca se va a arrepentir.

Seguiremos en contacto. Espero que la próxima vez que le escriba ya no tenga que cerrar la carta diciendo «con esperanza», sino «con gozo».

Usted sabe cuánto lo quiero.

Sinceramente con esperanza,

Greg

EPÍLOGO

Yo creo

Una nota por Greg Boyd

Después de mi carta respuesta del 11 de noviembre, la correspondencia entre mi padre y yo fue exclusivamente una correspondencia telefónica. Nos llamamos una cantidad de veces e incluso le visité en los dos meses siguientes a nuestra última carta. La fe cristiana fue siempre el tema (y muchas veces el único tema) de conversación. Y con cada conversación, mi padre fue menos resistente a entregar su vida a Cristo. Finalmente, el 15 de enero de 1992, Edward K. Boyd «se rindió» y aceptó a Jesucristo como su Señor y Salvador personal.

La siguiente es parte de la carta que me mandó enseguida de su experiencia de conversión.

21 de enero de 1992

Querido Greg:

Bien, como te dije por teléfono, finalmente, «di el salto». ¡Aleluya! Sentado aquí y leyendo toda nuestra correspondencia me parece imposible cómo he podido cambiar de un asno vanidoso y sabelotodo a un verdadero creyente. ¡Jeanne tampoco lo puede creer! Es probable que hasta el perro se declare incompetente para entender lo que ha pasado. A lo mejor esos ángeles que tú dijiste que se regocijarían deben estar saltando de alegría. ¿Le contaste a Anita? Te apuesto que se va a caer de espaldas.

Mirando atrás, parece que las cosas realmente empezaron a cambiar para mí cuando me convenciste de la inspiración de la Biblia y me ayudaste a entender lo del infierno. No estoy seguro por qué, pero creo que fue en este punto que realmente empecé a «ver la luz». Empecé a con-

vencerme de que mi escepticismo no era más que una causa perdida. Al llegar a esta conclusión me sentí confundido y un poco temeroso, pero al mismo tiempo emocionado. Ahora no quepo dentro de mí. Nada habría ocurrido sin tu persistencia, hijo, por eso quiero que sepas que te amo y aprecio todo lo que hiciste.

Como sabes, todavía tengo muchas preguntas, pero estoy seguro que las haremos picadillo. Mi disposición ha cambiado por completo. Ya no quiero ser un escéptico sino un creyente. Ya no tienes que terminar tus cartas con el «con esperanza».

Seguimos en contacto y ora por mí. Últimamente he estado leyendo mucho la Biblia y empiezo a entenderla. Pero cualquier material que pudieras enviarme lo apreciaré y agradeceré. Todavía me cuesta orar pero siento que lo lograré con el tiempo. No estoy ansioso por eso. Estoy perdonado.

Con todo mi amor y fe(!)

Papá